

UNIVERSIDAD

AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

GENERAL DE BIBLIOTECA

CC

FOUCHARDIERE

EL CRIMEN
DE BUIF

P02623
.A27
C78



1020026993



UNIVERSITY OF TORONTO
DIRECTOR GENERAL



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
RICARDO COVARRUBIAS



G. DE LA FOUCHARDIERE

EL CRIMEN DE BUIF



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

G. DE LA FOUCHARDIERE

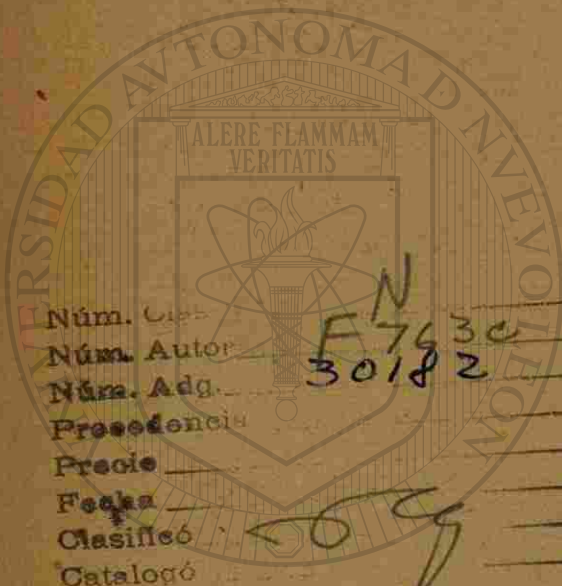
EL CRIMEN DE BUIF

(NOVELA)

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS

POR

MARCIAL AGUIRRE



098954

30182[®]

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

M. AGUILAR

EDITOR

MARQUÉS DE URQUIJO, 39
MADRID

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SALTILO, COAHUILA DE ZARAGOZA
1960

843
R.

PQ2623

-A27

C78



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

mp. de J. Pueyo. Luna, 29
a. 14-30. M.—MADRID

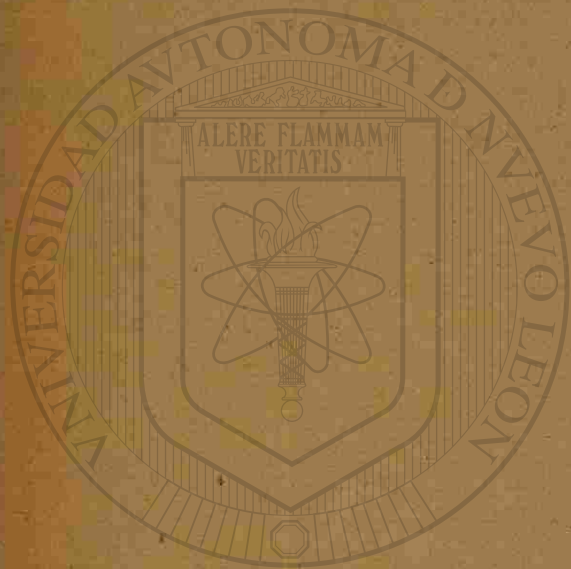
A MI AMIGO

ETIENNE CHARLES

Homenaje de agradecimiento y afecto.

G. DE LA FOUCHARDIERE,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ADVERTENCIA A LOS LECTORES

Al público de los hipódromos, y más especialmente al público de la pelouse, dedico esta horrible historia, para escribir la cual se ha inspirado el autor en los métodos de Ponson du Terrail y de Xavier de Montepin. Estos dos maestros han muerto y no han sido reemplazados. No tengo la ambición de imitarles, sino únicamente de seguir sus huellas a una distancia respetuosa.

A los que no admiren su genio, a los que no sepan saborear su estilo original y fuerte, les aconsejo que no sigan adelante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





PRIMERA PARTE

Temis sigue una pista equivocada.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO PRIMERO

EL ÁRBOL FATAL

ACABABAN de sonar las seis en el reloj de la iglesia de Maisons-Laffitte, aunque ello no era prueba de que fuesen las seis. El reloj de la iglesia se atrasa con frecuencia, si bien, para ser veraces, diremos que no siempre atrasa; pero en tal caso es que adelanta.

El parque, el viejo parque de Maisons-Laffitte, estaba silencioso. Los que sólo visitan Maisons-Laffitte los días de carreras no tienen idea de cuán tranquilo es este pueblo cuando ellos no están allí.

Los árboles, los viejos árboles seculares del parque, estaban inmóviles. Sólo los pájaros, al despertar en las añosas ramas, dejaban oír sus matinales cantos.

Ya habrá comprendido el juicioso lector que no eran las seis de la tarde, sino las seis de la mañana.

Y nos encontrábamos en el día 18 de mayo. No damos esta fecha por un pueril deseo de aparecer

exactamente documentados, sino porque es importante, importantísima para nuestra historia. Anotadla, pues, cuidadosamente.

Un hombre de veinticinco a cuarenta años, aproximadamente, avanzaba rápido hacia la avenida de los Plátanos. Este hombre no era un guarda del parque, pues no llevaba uniforme; no era un mozo de cuadra, pues carecía de bigote; no era millonario, pues la extremidad de sus botas se abrían como dos mandíbulas de caimán, dejando ver dos calcetines que, a su vez, no estaban herméticamente cerrados, y, por los agujeros de un pantalón verdoso, podía un observador comprobar la ausencia de calzoncillos... A menos que los agujeros del pantalón correspondieran exactamente a los de los calzoncillos, cosa no imposible.

Pues bien: como en Maisons-Laffitte sólo hay guardas del parque, mozos de cuadra y millonarios, sobran motivos para preguntarse quién era aquel misterioso personaje, que no pertenecía a ninguna de las tres mencionadas categorías, y qué hacía en la avenida de los Plátanos. Digámoslo inmediatamente.

Aquel hombre se llamaba Alfredo Bicard, apodado *Buif*, por la única razón de que no se quiere llamar a las personas por su nombre y se le da un apodo cualquiera.

Y Bicard, alias *Buif*, iba a las seis de la mañana a sus asuntos, de los que a nadie tenía que dar cuenta.

Pasó por delante del hotelito del doctor Boudon, bordeó el parque del conde Lardillon de Lestriviè-re y se detuvo de pronto, no como el hombre que ha llegado al sitio a que se dirige, sino como el caballo que, trotando, se encuentra ante sus narices con un obstáculo de *steeple-chase*.

Sin embargo, no había nada de muy extraordinario en el camino de *Buif*: un mozo de cuadra (no era posible confundirlo), firme sobre sus piernas arqueadas, prisioneras en unas polainas de cuero; cubría su cabeza una gorra muy grasienta, y su rostro coloradote estaba totalmente embrutecido.

Sus saltones ojos azules a flor de piel reflejaban en aquel momento una intensa sorpresa, un profundo atontamiento. Su mirada dirigiase hacia las profundidades del parque.

El mozo silbaba infatigablemente tres notas, contemplando algo que Bicard no podía ver.

—¿Qué hará en mi camino ese pájaro?—murmuró *Buif*—. No me gusta tropezar con ese sucio individuo. Dejamos de ser compañeros desde que le propiné dos «tortas» por haberme dado dos martingalas falsas... Bueno; voy a pasar delante de él, con la cabeza bien alta, como un hombre honrado, y si me mira de través le soltaré una tercera «torta».

Animado de estas buenas intenciones avanzó *Buif* algunos pasos. Llegado a la altura de su enemigo, volvió la cara hacia la derecha para averi-

guar qué era lo que intrigaba al mozo de cuadra.

Según las confidencias que más tarde hizo a sus amigos, *Buif* quedó «de una pieza», o, empleando términos más académicos, viendo visiones. Luego se echó a reír.

—¡Vaya una idea de hombre borracho! Para ocurrírsele semejante cosa, el ciudadano debía tener una «cogorza» más que regular.

El mozo de cuadra seguía silbando y moviendo la cabeza.

Buif continuó con el tono de persona entendida:

—Cuando se está a «medias velas», se tienen ideas muy originales... A mí se me ocurrió, un sábado por la noche, robar un maniquí de madera de la puerta de una tienda y acostarlo conmigo. Al día siguiente yo estaba más sorprendido que él.

El mozo seguía silbando.

Buif extendió el brazo hacia los árboles, hacia el sitio en que se encontraba la cosa.

—Sí, en esos momentos a mí se me ocurren cosas extraordinarias; pero jamás, jamás me hubiera pasado por la cabeza ir a una carnicería a descolgar una ternera y venir a colgarla en un árbol del parque de Maisons-Laffitte.

Entonces cesó de silbar el mozo; volvió hacia *Buif* sus dos ojos empañados y dijo:

—¡No!

—¿Por qué dices que no, amigo Wilson?...

Bicard no pensaba ya en su resentimiento; había encontrado un problema interesante.

—Entonces, según tú, ¿no es una ternera despellejada lo que cuelga allí? Me es igual, después de todo.

Buif avanzó algunos pasos bajo los grandes árboles, seguido del inglés. Grandes moscas azules que cubrían los flancos del cuerpo despellejado, volaron zumbando.

—Ahora veo lo que es... Si no es una ternera... es un cerdo. Apuesto dos a que es una ternera y cuatro a que es un cerdo.

El mozo, sin la menor aprensión, se aproximó al objeto, suspendido con una gruesa cuerda a la rama de un roble; le hizo dar la vuelta sobre sí mismo con un ligero golpe, y contestó a *Buif*:

—Apuesto tres contra uno a que no es ni ternera ni cerdo.

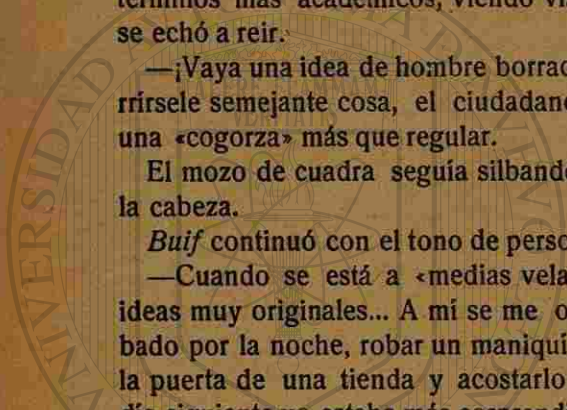
—Van cinco francos (no puede ser otra cosa, pues es demasiado gordo para cordero). Pero precisemos un poco; enseñame el dinero, ciudadano. Yo no apuesto sin asegurarme de que existe el dinero.

—¡Oh, mío portamonedas es quedado en casa!

—¿Entonces para qué hablas?—gritó *Buif*, furioso—. ¡Se necesita «tupé»! ¡Vaya con estos pobretones que pretenden engañar a la gente honrada!

La indignación de Bicard era natural. Precisamente él tenía en el bolsillo cuarenta céntimos justos.

—¡Vamos!—continuó—. ¿Por qué no vienes en



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO V. PESQUERA
APDO. 1005, MONTERREY, MEXICO

vez de estar ahí como un idiota? Estamos perdiendo el tiempo los dos.

—Los tres—dijo gravemente el inglés señalando el objeto causa de la discusión—. Olvidas al señor...

Buif se echó a reír de muy buena gana, pues la broma le parecía ingeniosa; pero no tardó en quedarse con la boca abierta. La frase del mozo de cuadra suscitaba en él un orden de ideas inconcebible, monstruoso, y mirando el cuerpo desollado, la broma se transformaba en siniestra realidad.

Lo que tenía ante sus ojos era el cuerpo de un ser humano.

Un cuerpo despojado de su piel, lo que no hubiera bastado para impedir que lo reconociera el ojo menos prevenido, si los cuatro miembros no hubieran sido seccionados casi a ras del tronco, si el rostro, sin nariz, sin ojos, sin orejas, sin cuero cabelludo, no ofreciera el aspecto de una simple bola encarnada, de un sangriento queso de Holanda.

El conjunto ofrecía el aspecto y la apariencia de los animales preparados para exponerlos en las carnicerías. Era carne como la que vemos corrientemente, carne apetitosa para el consumidor colocado desde el punto de vista comestible. Sólo devenía horrible si se reconocía la forma humana. Y realmente había que saberlo antes para adivinarla, porque jamás, jamás se hubiera podido imaginar semejante horror.

Buif, aterrado, dejóse caer al pie de un árbol; sus ideas se embrollaban por completo; jamás había experimentado una sorpresa igual desde el día en que vió al *jockey* Bautista Bourdalé recibir las felicitaciones de Mr. Fallières, después de haber ganado en las carreras de Auteuil el premio del Presidente. Y cuando recobró conciencia de lo que ocurría manifestó su sorpresa de la misma manera que solía hacerlo en el hipódromo, es decir, invocando enérgica y repetidamente el santo nombre del Señor, y luego, al sentirse más dueño de sí mismo, evocando copiosamente el recuerdo de un gran general francés que se inmortalizó en Waterloo. Este general encontró, el día de un gran desastre militar, la palabra a propósito para servir de conclusión, en los hipódromos, a la derrota de los favoritos, y también en otras circunstancias de la vida.

—¡Y además lo han colgado con la cabeza abajo—exclamó *Buif* cuando se cansó de repetir las mismas palabras.

El hecho de haber colgado así aquel cuerpo despedazado parecióle a Bicard la principal circunstancia agravante del crimen que acababa de descubrir.

—En todo caso hay que avisar a los gendarmes. Por la carretera pasaba un ciclista a moderada velocidad.

—¡Ehl... ¡oye!

—No llevo dinero suelto, hermano.

—¡Yo no te pido nada!— replicó *Buif* indignado—. ¡Detente, hombre! Se trata de que vayas a la gendarmería de Maisons y digas que venga una pareja inmediatamente.

—¿Para qué?— preguntó, desconfiado, el ciclista, pues Bicard no tenía aspecto de un personaje que moleste a los gendarmes, a menos que no sea para efectuar su propia detención (pero en este caso es raro que el interesado los mande llamar espontáneamente).

Bicard quedó un momento indeciso.

—Parece demasiado curioso, y si le digo la verdad querrá ver el cuadro, y no acabaremos nunca.

Buscó, pues, un pretexto y encontró varios que se puso a enumerar sucesivamente.

—Le dirás a los gendarmes que me han robado la cartera... No, diles que hay un señor que se ha sentido enfermo en el Parque... y que está en una posición interesante... ¡Se encuentra muy grave el tal señor!... O mejor es que les digas a los gendarmes que les llama el conde Lardillon de Lestrivière con motivo de un robo.

Hay que suponer que el ciclista era un cándido, pues montó en su bicicleta y contestó simplemente:

—Bueno, allá voy.

En Francia hay una infinidad de gentes muy amables que ruedan por las carreteras.

Lo difícil es tropezar con ellas.

Bicard volvió junto a Wilson, al que encontró encendiendo una pipa y al que reconvino con du-

reza: primero, por una acción tan inconveniente en las circunstancias en que se encontraban; luego, porque podía prender fuego al parque y no había medio de avisar a los bomberos, y por último, porque Bicard no podía soportar el olor del tabaco cuando él no tenía qué fumar.

—Mejor harías diciéndome por qué no corrió ayer *Galipette*. Los periódicos decían que tomaría parte en las carreras, y yo se la recomendé a todos mis clientes... ¿Por qué la anunciaron? ¡*Galipette* está en casa de tu amor!

—¡Oh!, *Galipette*, encontrada herida dentro de la cuadra, por la mañana, antes de las carreras..., pero no tenía herida.

—¿Qué lío es ése?

—Sí, verdaderamente... La paja del animal estar manchada de sangre, salpicaduras de sangre en la cuadra... El patrón, mister Hexam, decir: «¡Pobre animal!... Está herido.» Y luego examinarlo y decir: «No tener herida encima del cuerpo. Echar sangre por la nariz... entonces.» El mozo de *Galipette* no vigilarla durante la noche..., irse de juerga. Entonces, claro, decidir no correr *Galipette*... Pero próxima semana ganar, seguro... Usted darne la propina por la noticia.

—Bueno, amigo, ya veremos eso.

Entretanto *Buif* no se encontraba muy tranquilo ante la perspectiva de la llegada inminente de los gendarmes. No sentía un excesivo entusiasmo por estos representantes de la autoridad, aunque los

prefería a los guardias parisienses, a los que trataba de *guindillas* y otros remoquetes parecidos. Los gendarmes hacen numerosas preguntas más o menos indirectas y *Buif* tenía ideas muy estrictas sobre el secreto profesional, es decir, sobre el secreto de las cosas relacionadas con su profesión. Esto, como se verá, constituía un tema de conversación sobre el cual no le gustaba detenerse. Golpeó suavemente en las espaldas del mozo y dijo:

—Bueno, Wilson; yo tengo una cita urgente con un alto funcionario... Tendré que dejarte y tú te encargarás de poner la mercancía entre las manos de los gendarmes, que ya no deben tardar. ¿Sabrás explicarte, eh?

Durante un minuto consideró a Wilson con una mirada llena de indulgencia.

—Eres un zoquete y hablas el francés como un guindilla español..., pero para tratar con los gendarmes no hace falta más.

Y Bicard se alejó majestuosamente, llenando su propia pipa con el tabaco que, cinco minutos antes, creía el mozo de cuadra haber metido en su bolsillo.

CAPITULO II

LA VERDAD EN MARCHA

PARA Maisons-Laffitte es un día de luto. Siguiendo las instrucciones del comisario de policía, el cuerpo despedazado fué trasladado al pueblo y, a falta de depósito, colocado en un pequeño pabellón dependiente de la alcaldía.

La primera persona llamada a examinarlo fué el doctor Boudon, médico de Maisons-Laffitte.

El doctor Boudon era, físicamente, un hombre de cuarenta años, canoso, alto y de fría mirada detrás de sus lentes. Entre la clientela rica de Maisons pasaba por hombre muy entendido en su profesión, porque su aspecto era distinguidísimo y mostraba una gran sangre fría en las circunstancias graves; pero entre la gente pobre no gozaba de popularidad a causa de su reserva, pues sólo despegaba los labios para decir lo estrictamente necesario. Y el pueblo no gusta de los médicos que hablan poco, pues parece que le estafan a uno el precio

de la consulta cuando hay que arrancar las palabras como con un sacacorchos.

El doctor Boudon vivía en un claro del Parque, en un chalet vecino de la propiedad del conde Lardillon de Lestrivière, muy próximo al sitio donde había sido encontrado el cadáver.

El comisario de policía llamó al doctor para que procediera a un primer examen del cuerpo despedazado.

De este examen, que fué breve, el médico formuló tres conclusiones que registró la instrucción:

1.^a El tronco despedazado había pertenecido a un hombre adulto.

2.^a El «trabajo» debía estar hecho por un carnicero o, al menos, por un individuo conocedor de la anatomía animal.

3.^a La muerte remontaba a treinta horas aproximadamente. Como aquel día era la mañana del lunes, el crimen se debió perpetrar en la noche del sábado al domingo.

Luego de consignar por escrito estas observaciones, el doctor Boudon salió de la alcaldía, a la puerta de la cual esperaban unas cincuenta personas, ávidas de noticias. *Buif*, que peroraba rodeado de un círculo de curiosos, se interrumpió para interpelar al galeno.

—¡Qué! ¿Cómo va su cliente?

Y una buena mujer, que tomó en serio esta pregunta, insistió en el mismo sentido, cogiendo al doctor por un botón de la americana.

—¿No hay ninguna esperanza, doctor?

El doctor Boudon comprendió que había que contestar algo para no aparecer ridículo, y replicó:

—¡Ah, señoral! A menos de un milagro...

Y siguió su camino... *Buif* había encontrado su cabeza de turco y se puso a convencer a la comadre de que se trataba de un suicidio; un suicidio por amor, afirmaba.

Entonces, la buena mujer refirió que, en su juventud, un joven con el que ella no había querido casarse se arrojó al canal de San Martín y no se ahogó, porque afortunadamente sabía nadar.

Hacia las tres de la tarde llegó el Juzgado. Como irreverentemente decía Bicard, las carreras podían empezar porque ya estaban presentes el *starter*, los comisarios y el jurado.

Se llamó primero a Wilson.

—¿Su nombre y apellidos?—preguntó el fiscal.

—Wilson Joë Harry.

—¿Su edad?

—Veintiocho años.

—¿Su profesión?

—Mozo de cuadra en casa de *master* Hexam.

El comisario de policía se inclinó hacia el fiscal y le murmuró a su oído:

—Hexam es el entrenador del conde Lardillon de Lestrivière, propietario de una de las mejores cuadras de caballos de carreras. Vive aquí...

—Lo sé, lo sé—dijo el fiscal—. Casaca rosa ra-

yada de rosa y negro. Tengo razones para conocer su cuadra. ¡Me cuesta muy cara!

El comisario hizo un discreto gesto y el interrogatorio continuó:

—¿Cómo descubrió usted el cadáver?

—Yo atravesar el Parque en busca del primer mozo... Yo ver urracas y cuervos que estaban en reunión para cantar encima de un árbol. Yo mirar y ver la cosa.

—¿Estaba usted solo?

—Primero yo estar solo. Luego yo ver *master Buif*, que pasar tiempo rondando dentro del Parque. *Buif* venir y apostar si la cosa ser ternera o cerdo...

—Poco a poco. El atestado del brigadier de la gendarmería dice que le encontró a usted solo junto al cadáver, y no hace referencia a nadie más. Escribano, déme el atestado... Vea usted...

Y entonces, habiendo requerido al gendarme Biunche para que nos acompañara simultáneamente, nos personamos en el Parque conjuntamente, en el lugar situado en la parte trasera del chalet del señor Boudon, y a derecha correlativamente de la propiedad del conde de Lestrivière; que hemos encontrado un individuo cerca del cadáver (a tres metros y medio aproximadamente), el cual nos ha declarado haber perdido un paquete de tabaco, y ha entremezclado, por sospecha, una denuncia contra un tal Buif que podría ser el autor de la sustracción del citado paquete de tabaco.

... En efecto, aquí se menciona a un tal *Buif* a propósito de un asunto de tabaco, totalmente incidental, pero no se alude a su presencia en el lugar, del hallazgo.

El comisario de policía frunció el entrecejo.

—Tomaremos declaración a ese individuo que por lo demás, es sospechoso; pero antes convenría interrogar al guarda de la propiedad del conde Lardillon de Lestrivière.

Este interrogatorio no dió gran resultado. El guarda afirmó, sin embargo, que sus perros habían aullado durante toda la noche que precedió al descubrimiento del cadáver.

—Es muy curioso—observó en voz baja el magistrado—. Cada vez que se comete un crimen en cualquier parte, todos los vecinos declaran que sus perros han aullado durante la noche precedente... y lo creen. Dígame, amigo mío, ¿el conde Lardillon de Lestrivière habita actualmente su propiedad?

El guarda pareció vacilar.

—Actualmente vive en París—contestó—. Yo le vi aquí el jueves por última vez. Ahora está de viaje.

Cuando hubo salido el testigo, el comisario de Maisons dió confidencialmente al fiscal algunos detalles.

—Al conde de Lestrivière—explicó—no le gusta que se sepa lo que hace o deja de hacer. Entre nosotros, es un incorregible juerguista, a pesar de sus

cincuenta años. Como es casado, se sirve de su villa de Maisons-Laffitte y de su cuadra de caballos para encubrir sus aventurillas.

—¿Cómo?

—Cuando tiene una conquista abandona París diciendo a su esposa que se viene aquí a pasar unos días para vigilar el entrenamiento de los caballos. Su mujer, por indulgencia y por dignidad, aparenta creer...

—Y el conde de Lestrivière—concluyó el fiscal—se «larga» a Mónaco o Trouville, según la época del año, con una golondrina emigrante cazada en cualquier *music-hall*. Yo le he encontrado en sitios muy especiales...

—En donde usted se encontraba cumpliendo deberes profesionales, ¿verdad?—dijo el comisario sin aparentar segunda intención.

Y continuó:

—Por lo demás, estos últimos tiempos venía real y asiduamente a Maisons-Laffitte... Tenía sus razones... Se dice que la mujer de Hexam, la esposa de su entrenador...

Mientras aquellos graves señores hablaban agradablemente cambiando palabras picantes, una voz aguardentosa se dejó oír afuera:

—¿Pero es que esos compañeros van a tenerme aquí de «plantón» mucho tiempo?... Cuando se saca a un hombre honrado de sus negocios, no es para tener la escupidera a los guardias de la puerta, mientras esos señores se entretienen dentro. ¡Si

al menos los «guindillas» me invitaran a tomar una copal

El comisario de policía se levantó y fué él mismo a abrir la puerta.

—¿Eres tú quien arma ese escándalo, Bicard?

El cabo de la gendarmería se echó a reír estrepitosamente al ver que su superior estaba de buen humor, y quiso aparecer ingenioso:

—... Que el llamado Bicard debería entonces ser hospedado permanentemente en la cárcel... y que si hubiera en el pueblo tres individuos como el tal Bicard, habría que triplicar el número de gendarmes.

Al oír lo cual, Bicard afirmó con gracia exquisita que, en efecto, los gendarmes deberían salir por docenas..., que sólo se les debería ver los meses que no tienen *r*, y de esta manera se viviría tranquilo durante la mitad del año.

Seguidamente penetró en la sala donde estaba reunida la justicia. Entró quitándose la gorra y diciendo con suma urbanidad:

—¡Buenos días tenga la compañía!

El fiscal adoptó, para interrogarle, una actitud completamente oficial.

—¿Su nombre?

—Alfredo Bicard.

—¿No le llaman también *Buif*?

Bicard tuvo una sonrisa de piedad.

—Usted sabe tan bien como yo que las gentes no saben qué inventar para molestar al prójimo...

Me han bautizado con el apodo de *Buif*, porque los *buif* son los que peor calzan; y como mis botas no tienen nunca suelas y si las tenían les faltan los empeines... Es como si, por un suponer, a usted, señor juez, porque está calvo (no se enfade, que eso no es un deshonor) le llamaran sus compañeros del Tribunal *Cabeza de Elefante, Melón, Patata* o...

—¡Bueno, basta!—exclamó el magistrado, que se arrepentía de haber formulado una pregunta imprudente, mientras los gendarmes adoptaban un aire extraordinariamente feroz para ocultar sus ganas de reír.

—¿Su edad?

—Treinta y dos años... Ya empiezan a poderse contar.

—¿Domicilio?

—Por el momento, Maisons-Laffitte.

—¿Profesión?

—Perdone; no he oído bien la pregunta—dijo *Buif*, que, por el contrario, la había oído muy bien, pero que hubiera preferido no contestar.

—¿Su profesión?

Pues... he hecho de todo un poco, votante en otro tiempo (ahora ya no quieren darme mi tarjeta de elector). He sido comerciante en turrónes en los hipódromos... Me he dedicado a negocios de publicidad... de publicidad, sí: me paseaba por los bulevares metido entre dos bastidores, sobre los cuales pegaban carteles de teatro. Es un oficio muy

distinguido, pero tiene el inconveniente de que en el verano no se hacen negocios, porque los teatros cierran... También he sido «espectador-figurante» en obras escritas por millonarios.

El magistrado pareció impacientarse.

—Lo que yo le pregunto es su profesión actual.

—¡Ah, bueno! Es que no había comprendido bien... Ahora soy *pistador*.

—¿Cómo?

—El señor Bicard—explicó el comisario de Maisons—quiere decir que vende martingalas para ganar en las carreras.

—He dicho lo que he dicho—rectificó *Buif* con gran dignidad—. Tal vez el señor sea duro de oídos. Soy *pistador*. Espío, sigo la pista de los caballos durante su entrenamiento por la mañana... Es un oficio que no todos pueden hacer, porque hay que tener pupila... y produce más puntapiés que pesetas. A los entrenadores no les gusta que les espíen, y cuando le descubren a uno detrás de un árbol, se la gana... También sigo la pista de los mozos de cuadra en las tabernas, les invito y, cuando están a medias velas, les sonsaco a veces el nombre del caballo ganador... Y cuando lo consigo (y hasta cuando no lo consigo) voy a la entrada de los hipódromos y vendo la martingala a todos mis clientes... Yo tengo una antigua clientela, ¿sabe? Cuando se tiene una honorable razón social...

El fiscal golpeó nerviosamente con su mano sobre la mesa.

—¡Estamos perdiendo el tiempo de una manera ridícula!

El comisario de Maisons guiñó un ojo, significando que, por el contrario, la conversación de *Buif* podía ser muy instructiva, y se dispuso a dirigirla.

—¿Era también para espiar el entrenamiento de los caballos—preguntó amablemente el comisario—por lo que se pasea durante la noche por el parque de Maisons?

—¿Yo me paseo de noche por el parque?

—El doctor Boudon, obligado a salir a toda hora del día y de la noche cuando le reclaman sus enfermos, nos decía hace un momento que le ha encontrado a usted tres veces en seis semanas a horas que varían entre media noche y las cuatro de la madrugada.

—El doctor Boudon es un charlatán, y desde este momento dejo de ser cliente suyo—dijo furioso *Buif*—. No está prohibido que las gentes tomen el fresco a las horas en que hay más sitio para ello... Además, yo tengo que retirarme forzosamente tarde cuando vuelvo de ver a mi mujer.

—Pero ¿es usted casado?—dijo el comisario sorprendido.

—¡Ya lo creo!... La prueba es que mi mujer es vendedora ambulante de legumbres en París. Está autorizada por la Prefectura; pero da la casualidad de que está autorizada como viuda, y no debo aparecer demasiado por su casa, porque acabarían

por descubrir que todavía no estoy enterrado... Además, francamente, no se puede uno entender con una mujer si se vive siempre a su lado. Una vez a la semana, bueno... Usted que es casado, señor comisario, ¿no le parece que tengo razón?

—¡Hum!... Volvamos a nuestro asunto... ¿Cómo descubrió el cadáver?

—¡Yo no he descubierto nada! No quiero quitarle ningún mérito a Wilson... Si el objeto no lo reclama nadie dentro de un año y un día, a él le corresponde, según la ley.

—¡Bicard, le requiero para que sea más respetuoso! ¿En qué medida tomó usted parte en el descubrimiento hecho por Wilson?

—Yo tomé parte, aunque sin tomar, haciéndole apagar su pipa... No está bien fumar una pipa delante de un difunto... Una vez que se le ha enterrado, ya es otra cosa, y se puede fumar cuanto se quiera... Yo estoy por las conveniencias...

—¿Y por eso robó usted a Wilson su tabaco?

—¿Quién se atreve a...? Tal vez, bajo el peso de la emoción, lo toqué maquinalmente... Como toco estos cigarros ahora...

El comisario había cometido la imprudencia de dejar sobre la mesa su petaca, y *Buif*, a manera de demostración, se apoderó de un puro bien seco y se lo puso en la boca, mirando distraídamente a otra parte.

—Esto es exactamente lo que hice...—dijo con el tono de un hombre satisfecho.

—Explíquenos también por qué huyó precipitadamente sin esperar a los gendarmes.

—Muy sencillo. Los señores gendarmes no sienten por mí una gran simpatía. Siempre que el cabo me encuentra me dice con tono de reproche: «¿Pero todavía tú?» Y por eso me eclipsé discretamente, como hombre bien educado.

CAPITULO III

EL DIFUNTO SIMONS

EL interrogatorio de *Buif*, que no dió ningún resultado a pesar de las esperanzas que en él tenía puestas el comisario, fué interrumpido de una manera brusca y trágica.

Resonaron en el patio de la alcaldía gritos desgarradores de una mujer y sollozos interrumpidos a intervalos por el rumor lastimero de la multitud.

El cabo de los gendarmes apareció, pálido, en el umbral de la puerta.

—Señor comisario, es la mujer del mozo del señor Hexam... Dice que su marido ha desaparecido desde hace tres días, y sospecha que es él a quien... a quien han encontrado tan... estropeado.

Los magistrados adoptaron una actitud apropiada a las circunstancias.

—Me extrañaría..., me extrañaría —dijo *Buif* pensativo—. Y, después de todo, ¿para qué sirve toda

esa algarabía? Con eso no reunirán los pedazos del difunto... Además, no era un matrimonio modelo... Cuando él vivía, ella no pensaba más que en deshacerse de él. Y ahora...

—¡Y ahora no le pedimos su opinión!—gritó indignado el comisario—. ¡Cállese! ¡Cabo, haga salir a este hombre!

El cabo condujo a *Buif* a la puerta de la alcaldía, y le dijo amablemente:

—¡Y ahora, lárgate! ¡De prisal... A menos que las botas no te hagan daño—añadió lanzando una irónica mirada al lamentable calzado de *Bicard*.

—¡Ca, nada de eso!—contestó graciosamente *Buif*, que quería a toda costa decir la última palabra—. No son mis botas las que me molestan, sino las de usted; pero estando libre para correr, las puedo soportar muy bien.

Al gendarme no se le ocurrió qué contestar, y regresó a su puesto.

Llevaron a la señora de *Simons* ante el cadáver mutilado, y la prueba fué terminante.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Es él, lo reconozco!—exclamó.

Los magistrados no se preguntaron cómo podía reconocerse un ser querido en aquellos restos informes, pues sabían que se puede confiar en ese admirable instinto de la esposa, que, como la voz de la sangre, no engaña jamás.

Sin embargo, por esa prudencia tradicional, norma de nuestra magistratura, esperaron, antes de ex-

tender el acta de defunción, las declaraciones del entrenador *Hexam* y de su esposa.

El entrenador *Hexam* dió explicaciones comedidas y razonables, pues el día no estaba muy avanzado y sólo había bebido siete u ocho *whiskys* después del almuerzo. Dijo que se dió cuenta de la ausencia de su mozo *Simons* el domingo por la mañana, al descubrir que el caballo *Galipette* confiado al cuidado de *Simons*, había sufrido un accidente en la cuadra. Se informó y supo que *Simons* no había sido visto por el personal de las cuadras desde el sábado por la noche.

No obstante, el dueño de un bar situado no lejos de las cuadras afirmaba que el mozo *Simons*, borracho ya, había estado en su establecimiento hacia las once de la noche, acompañado de un individuo de aspecto sospechoso. Como negóse a servirles bebidas, *Simons* sacó de su bolsillo un puñado de billetes de banco, y con la fanfarronería demostrativa de un borracho los mostró gritando que tenía con qué pagar. Luego, los dos hombres se marcharon.

La esposa de *Hexam* confirmó los informes dados por su marido. Esta mujer era bonita y rubia (algunos hasta la encontraban demasiado rubia), muy parisíen de raza y de aspecto, y había hecho la felicidad de muchos deportistas antes de hacer la de su marido.

Según se decía, *Hexam*, apenas desembarcado de América, se había casado con ella en un mo-

mento de locura; pero, en realidad, lo que hizo fué un excelente negocio. La cabellera rubia, los labios rojos y las aventuras anteriores de su esposa hicieron inmediatamente un gran reclamo a su establecimiento de entrenamiento.

Si tenía en su casa los caballos del conde de Lestrivière, todo el mundo estaba al corriente de que ello se debía a una encornadura de buena ley. Sólo él creía que era gracias a sus propios méritos... Hexam ganaba mucho siendo cornudo.

En el momento en que su señora se presentó, para declarar, ante los magistrados, no estaba muy hermosa. Pálida, abatida, con los ojos hinchados de una persona que no ha dormido o que ha llorado mucho, parecía inferior a sus aventuras. Era natural que así fuera. Estas historias son muy desagradables para un ama de casa. Además, la compasión que sentía la señora Hexam por la desgracia de la de Simons, denotaba un buen corazón.

De haber quedado alguna duda sobre la identidad del difunto, habría desaparecido con el descubrimiento de la gorra del desgraciado mozo en el parque de Maisons. La gorra, manchada de sangre, fué encontrada por un guardia.

—¡Vaya! No hemos perdido el tiempo—dijo satisfecho el fiscal—. El juzgado está aquí desde hace hora y media, y ya ha sido identificada la víctima.

Naturalmente, el fiscal felicitábase de buena fe de su perspicacia, y continuó:

—El móvil del crimen es seguramente el robo,

pues toque Simons guardaba en sus bolsillos billetes de banco. Habrá que averiguar de dónde le venía ese dinero. Y ahora sólo nos falta descubrir al asesino.

—Tengo una idea sobre este particular—dijo el comisario—. Con los datos que le reservo, el juez que se encargue de la instrucción hallará fácil su tarea... Lo único que me desorienta un poco es que lo hayan despedazado. ¿Para qué? El asesino tenía que suponer que la víctima no tardaría en ser identificada.

—¡Vaya usted a saber! Hay criminales que ponen siempre en su trabajo una curiosa preocupación artística y algo de fantasía... Son verdaderos *dilettantes*, amigo mío...

Un ordenanza de la alcaldía se acercó a los magistrados, con una tarjeta de visita en la mano.

—Es un señor que viene de París para hablar con ustedes.

El comisario de policía miró la tarjeta y la tendió, haciendo un gesto despectivo, al fiscal.

ERNESTO LAFRITA

Redactor de *El Gran Diario*.

—Ya se nos han echado encima los periodistas. ¡Qué plaga! ¿Cómo han olido el crimen? Parece increíble... Digale a este señor que... que hemos salido.

Pero Ernesto Lafrita se adelantó en persona, con un aparato fotográfico en una mano y la sonrisa en los labios.

Ernesto Lafrita era un hombrecillo de unos treinta años, con una barbilla en punta, de mirada aguda y penetrante, aspecto resuelto y nervioso y de una increíble vivacidad de movimientos...

—Señores, me envía *El Gran Diario*. Hemos tenido noticia del sensacional crimen de Maisons, y quisiéramos obtener detalles y algunas fotografías.

—¡Cierre eso inmediatamente!—gritó indignado el comisario señalando la máquina fotográfica—. ¡Es capaz de enfocarnos a nosotros! ¡Qué desfachatez!

El fiscal intervino diciendo friamente:

—Caballero, la justicia sigue su curso. Ejercemos nuestra profesión y no tenemos por qué ayudarle en la de usted... No, no verá el cuerpo, es inútil... Dentro de un cuarto de hora sale un tren para París... Adiós, caballero.

Ernesto Lafrita se encontró en la calle.

—¡Y pensar que de esta *interview*—murmuró— he de sacar seis columnas de prosa para mi periódico... ¡Delicioso! Comenzaré por ir a fotografiar el lugar del crimen.

La primera persona que encontró le indicó el camino, pues todo el pueblo lo había visitado ya.

Cuando penetró en el Parque vió a *Buif*, que iba delante de él, con la cabeza baja.

—¡Bicard!

—¡Buenos días, Lafrita!

El periodista frecuentaba mucho los hipódromos, donde perdía regularmente todo el dinero que tenía, y hasta el que no tenía. En los hipódromos suburbanos había conocido a *Buif*, que le sedujo por su pintoresca manera de ser y al que no dejaba de comprarle, por veinte céntimos, sus martingalas infalibles... que algunas veces eran ciertas. Cuando no lo eran y el caballo se quedaba a mitad de la pista, no le guardaba rencor.

—¿No va hoy a Saint-Ouen, señor Lafrita?

—No... Con este crimen, he tenido que venir aquí... Y creo que he perdido el tiempo.

—Como yo... Esos señores de la policía querían celebrar una entrevista conmigo... Porque yo estaba en el lugar del suceso cuando se descubrió el cadáver... Todos se empeñan en que es Simons... un mozo de cuadra de Hexam... A mí lo mismo me da, pero es una idiotez... Después de todo, esos señores no han estado muy correctos conmigo.

Lafrita, que, por lo que a él se refería, opinaba lo mismo, preguntó a *Buif* algunos detalles y, hablando, pasaron la villa que habitaba el doctor Boudon.

Bicard y el periodista penetraron en el bosque. El día comenzaba a declinar.

—En ese árbol estaba... con la cabeza abajo— dijo *Buif* estremeciéndose y bajando la voz—. Todavía están las moscas alrededor del árbol... ¡Qué animales más cochinos!

Mientras el repórter tomaba una fotografía, Bicard se bajó de pronto para recoger algo.

—¡Calla! ¿Qué es este chisme? ¡Qué gracia tiene! Es un artefacto que jamás había visto. ¡Y justo en el sitio en que estaba colgado ese pobre tipo!

Lafrita se acercó inmediatamente y, cuando hubo examinado el objeto, quedó tan sorprendido como *Buif*.

—Sería curioso—murmuró—. Pero habiendo pasado tanta gente por aquí, ¿cómo no lo ha recogido nadie?

—Es que estaba clavado en el suelo y parecía una piedra debajo del pie; lo he visto por casualidad... Si hubiera sido un billete de mil, tenga la seguridad de que no lo habría encontrado... ¿Pero qué es?

—Oye—dijo Lafrita, contestando con una pregunta—, ¿sabes si el mozo Simons usaba dentadura postiza?

—¿Qué?

—Si sus dientes eran falsos.

—¿Falsos? Tenía una «barra» que los dentistas se morirían de hambre si hubiera muchas como la de él. ¡Qué estupenda caja de dominó! Era capaz de moler la cebada de sus caballos. ¿Pero por qué me pregunta eso?

—No, por nada—contestó el periodista metiéndose el objeto en el bolsillo.

Y recurrió a un subterfugio infalible para desviar la curiosidad de *Buif*.

—Oye, Bicard. ¿Hay un café cerca? ¿Quieres tomar una pequeña copa para reponerte de tantas emociones?

—Si le es igual tomaré dos grandes—se limitó a contestar *Buif*.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FALFONES 121237
Año 1926 MONTERREY, MEXICO

30182



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO IV

LITERATURA

COMO repórter dependía Lafrita, en *El Gran Diario*, directamente del señor Bidasse.

El señor Bidasse era un gran cretino que tuvo un día una idea genial.

Con el director de *El Gran Diario* contrató, por un tanto alzado, la sección de Sucesos del periódico, y cuando se perpetraba un asesinato en París, un estupro, una fechoría de cualquier sátiro, el señor Bidasse debía llenar la primera página de *El Gran Diario* con el relato detallado del crimen. Cumplía admirablemente esta misión, dando detalles capaces de poner los pelos de punta o de hacer ruborizar el trasero de un mono, según los casos. Todo ello acompañado de las fotografías de los artistas, asesinos y víctimas. Si no se registraba en París ni asesinato ni estupro, ni se revelaba ningún sátiro, el señor Bidasse debía poner en jue-

go su imaginación para ofrecer un suceso sensacional a sus lectores. El plato del día era obligatorio en el *menú* del periódico.

Claro está que el señor Bidasse no realizaba solo este trabajo. Había contratado una docena de pobres diablos, reporters sin empleo, que recorrían sin descanso París y sus alrededores, y que eran el terror de los comisarios de policía. El señor Bidasse les retribuía generosamente con 150 francos mensuales.

Los artículos iban ideductiblemente firmados con un nombre conocido: «M. Lecoq», aunque estaban escritos por oscuros reporters; pero el señor Bidasse les ponía la salsa, que era su especialidad.

El señor Bidasse estaba en su despacho cuando llegó Lafrita a *El Gran Diario*. Lafrita estaba encantado del día. Guardaba en sus bolsillos una preciosa pieza de convicción que, ciertamente, hubiera sido deber suyo llevar al juez instructor; pero éste le había recibido tan mal, que Lafrita decidió, según la fórmula del mismo fiscal, ejercer su oficio sin preocuparse de ayudar a los magistrados en el desempeño del suyo.

Así, pues, dejó que la instrucción se orientara como pudiera, y decidió emprender averiguaciones por cuenta propia. De esta manera, cuando hubiera adquirido una certidumbre y determinado la verdadera identidad de la víctima, daría un golpe de teatro y, con un artículo sensacional, revelaría su talento de escritor y su genio de policía. Toda

su carrera estaba sin hacer... Mientras tanto, se encontraba bajo las órdenes del señor Bidasse.

—¿Ha ido a Maisons?—preguntó éste.

—Ahora llevo.

—¿Supongo que traerá usted la fotografía del cuerpo?

—No me han permitido verlo.

—¿Cómo? ¡Menos mal que yo pienso en todo, y se me ha ocurrido que tomaran una fotografía del escaparate de un carnicero! Y fuera de eso, ¿qué noticias trae usted? ¿Ha entrevistado a los padres de la víctima, al portero del asesino y al comerciante que vendió el cuchillo?

—A ellos precisamente... no.

—¡Es indispensable! Bueno, redacte en seguida lo que sepa, y veremos.

Lafrita escribió rápidamente lo que había visto y oído, y entregó su artículo al señor Bidasse, el cual a las primeras líneas se puso a vociferar:

—¡Quién me manda tomar a memos como usted para redactores! Esto ni tiene estilo, ni color, ni sentido de la información... ¡Vaya una prosa! ¡Oigan ustedes!

¡A esto le llama usted un título!

Unos transeuntes descubrieron en el Parque de Maisons-Laffitte un cuerpo horriblemente mutilado... Comenzadas las diligencias inmediatamente (¡idio-

tal), se ha comprobado que el cuerpo era el del mozo de cuadra Simons, al servicio de... El robo parece haber sido el móvil... ¡Dios mío, qué memol)

... y así continúa durante doscientas líneas. ¡Le voy a enseñar a usted cómo se hace un reportaje bien hecho!

El señor Bidasse cogió la pluma, de la que tan noble uso hacía, y una hora después había producido una obra maestra de literatura criminal, de la que damos a continuación algunos extractos:

EL MISTERIO DEL PARQUE SANGRIENTO

Un crimen horrible, que recuerda los más sangrientos de Crilles de Rais y de Jack el Destripador, acaba de cubrir con una sábana de sangre la riente localidad de Maisons-Laffitte, alegrada, en estos días de primavera, por los gritos y cantos de los entrenadores, de graciosas inglesas y de los mejores ejemplares de nuestra raza caballar.

Un honorable inglés, Mr. Wilson, y un conocido propietario de Chantilly, el señor Bicard de Buif, paseábanse, conversando, bajo los umbrosos árboles del Parque, cuando, de pronto, sintieron atraída su atención por los siniestros graznidos de los cuervos. Estos cuervos disputábanse los pedazos de un cadáver, del que los dos amigos, a pesar de su perspicacia, no pudieron determinar, en un principio, ni la edad ni el sexo... Se aproximaron... ¡Horror! ¡Aquel cadáver, devorado por las aves de presa, buceadoras de los espacios celestes, era el

de un hombre, el de un semejante! El tórax estaba abierto y, detalle horrible, al cuerpo le faltaban los cuatro miembros.

Cuando llevaron el cadáver a la Alcaldía de Maisons-Laffitte, su corazón había dejado de latir, y a pesar de los solícitos cuidados del doctor Boudon, no pudo ser vuelto a la vida.

El distinguido fiscal que dirige las diligencias nos ha dado a conocer amablemente los primeros resultados de su trabajo, y podemos asegurar que la detención del asesino sólo es cuestión de horas.

Hemos visitado a la señora de Simons, la viuda infortunada de la víctima, y, a pesar de la discreción impuesta por las circunstancias y el tacto que requiere la necesidad de no entorpecer con informaciones indiscretas la marcha de la instrucción, le hemos preguntado algunos detalles sobre las costumbres del difunto, sobre el tabaco que fumaba habitualmente y sobre los platos que prefería para desayunarse.

—¡Ay!—nos dijo la desgraciada y joven mujer, levantando hacia el cielo sus hermosos ojos azules bañados en lágrimas—, desde la pérdida cruel que me ha causado el crimen de un odioso monstruo, mi boca ha olvidado la sonrisa. Aquí tienen ustedes, señores, la cubeta en la cual, aún no hace tres semanas, tomó su último baño de pies, un baño con mostaza, pues mi esposo era propenso a las congestiones después de las comidas... Y cuando recuerdo que el miércoles último, en la alcoba conyugal...

Entonces nos despedimos discretamente, dejando a la pobre mujer entregada a su dolor y a sus recuerdos...

—¿Qué les parece a ustedes?— exclamó el señor Bidasse mirando triunfalmente a sus redactores—; apasionador, ¿verdad? Una vez recibí una carta de felicitación de la cocinera de Paul Bourget, por la forma literaria y dramática que sé dar a los relatos de crímenes.

Lafrita contuvo una sonrisa, pues era él quien había escrito esta carta.

El señor Bidasse volvió a leer su obra...

—Falta algo al final... ¡Ah, ya encontré! La nota especial que da al relato cierto sabor picante para el público hastiado que nos lee.

Y escribió:

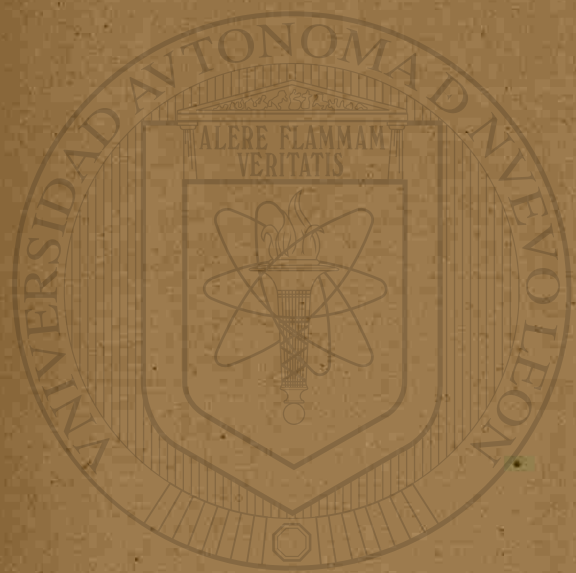
Las conjeturas son numerosas sobre los móviles del crimen. Según informes particulares, creemos poderlo atribuir a uno de los sátiros que rondan el parque de Maisons-Laffitte, en acecho de saciar sus innobles instintos.

—¡Eso sí que no se me hubiera ocurrido a mí!— exclamó Lafrita.

—Joven— contestó el señor Bidasse, que había tomado la frase como un elogio—, gracias al trabajo se puede ir muy lejos; pero para hacer lo que yo hago se necesita poseer dotes... Bueno, esta no-

che vaya a la comisaría de Epinettes, pues han detenido en la avenida Clichy a un borracho que gritaba: «¡abajo los guindillas!». Recoja todos los detalles y redacte un suelto. Un trabajo así está al alcance de usted.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA
"ALFONSO BARRÓN"
Año. 1925 MONTERREY, MÉXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO V

EL «PISTADOR» DESPISTADO

BUIF parecía preocupado en el tren que le llevaba a las carreras de Saint-Ouen. Contra su costumbre, permanecía silencioso.

Incluso dejó pasar sin protesta varias herejías deportivas proferidas por algunas de las personas que viajaban en el mismo vagón.

En el espacio de cinco minutos, una vieja señora se atrevió a decir que los hermanos Pantall preparaban sus caballos metiéndoles cabezas de ajo no sé en qué parte, y que los caballos castrados devenían, al envejecer, excelentes garañones.

Para que *Buif* no amenazara a la vieja con arrojarla por la ventanilla o, por lo menos, le aconsejara callarse y no decir disparates, era preciso que, realmente, se sintiera preocupado.

El suceso de la víspera le preocupaba. Hubiera preferido mil veces haber encontrado el nombre

del caballo ganador del *handicap*, que aquel tronco de hombre despedazado, con el que soñó toda la noche. Además, acabó por creer que el cuerpo era realmente el de Simons, puesto que todo el mundo lo decía, y Simons era un camarada suyo. Por último, aquella misma mañana, había sentido en Maisons-Laffitte pesar alrededor de él una atmósfera de malevolencia y hostilidad. El doctor Boudon no había contestado a su saludo, los gendarmes habíanle mirado de reojo y, en la estación, un grupo de individuos que hablaban mirándole disimuladamente, se callaron al aproximarse él.

De no ir tan preocupado, *Buif* habría notado que dos señores, por una coincidencia sospechosa, seguían exactamente sus pasos desde aquella mañana y le vigilaban cada vez más de cerca.

Aquellos señores, muy sobrios al parecer, nada habían bebido en las diferentes tabernas que *Bicard* honró con su visita (es lo mejor, antes de las carreras, para tener las ideas lúcidas); pero, plantados en la acera de enfrente, miraban muy interesados cómo tomaba *Buif* las copas.

Luego, a la hora de la salida para Saint-Ouen, se instalaron en el departamento vecino, en el que, con su actitud, despertaron una intensa curiosidad entre los viajeros. En efecto, no sacaron de sus bolsillos *La Suerte*, ni *El Eco de las Carreras*, ni el más insignificante *memento* manuscrito; no entablaron conversación sobre las hazañas de los caballos que tomaban parte en la fiesta aquel día, y cuando,

amablemente, alguien preguntó a uno de ellos si creía que el ganador sería *Ruidoso*, contestó:

—¡A mí qué me importa!

Lo que produjo un verdadero escándalo entre todos aquellos aficionados.

—¿Qué es, pues, lo que les interesa en la vida? —murmuraron—. ¿Y a qué van a las carreras?

Cuando el tren paró, se apearon.

Lo mismo hizo *Buif*. Pagó sus tres francos de entrada, mientras sus dos seguidores parecían estupefactos de la enormidad de la suma que se les exigía.

Sin embargo, no tardaron en tranquilizarse.

—¡El Estado paga! —dijo uno de ellos.

—¡Tienes razón! —contestó el otro.

Por su aspecto, receloso y marcial a la vez; por sus grandes bigotes, por sus imponentes bastones, se podía decididamente pronosticar que eran policías.

Entretanto, nuestro amigo *Bicard* había sacudido su melancolía y se había dicho que, ante todo, hay que vivir. Se dirigió a su oficina, como él decía, y comenzó sus trabajos preparatorios. Es decir, que sacó de sus bolsillos una inmensa hoja de papel plegada en cuatro dobleces, una botellita llena de un líquido azul y un pincel que todavía conservaba algunos pelos.

En un árbol de la *pelouse*, árbol admirablemente a propósito, puesto que se encontraba en el paso del público, entre la entrada y las taquillas del Mu-

tual, *Buif* fijó con dos clavos su hoja, totalmente desplegada. Luego, mojando el pincel en la tinta azul, se puso, según el procedimiento japonés, a confeccionar un artístico anuncio:

A
 ALERE FLAMMA
 VERITATIS
 TODAS
 LAS PERSONAS
 INTELIGENTES
 EL REY DE LAS MARTINGALAS
 DA
 LA SEGURIDAD MATEMATICA
 DEL CABALLO GANADOR
 DEL
 PREMIO DE LAS CEVENNES

Buif retrocedió unos pasos y examinó su obra con aire satisfecho, inclinando la cabeza y guiñando un ojo, como el pintor que ha conseguido un afortunado efecto.

Algunos aficionados se acercaron, quedando con la boca abierta... Los dos caballeros que habían seguido a Bicard como a su propia sombra aprovecharon para colocarse modestamente en segundo lugar.

Buif completó su cartel:

DE
 14 HANDICAPS
 CORRIDOS
 DESDE EL COMIENZO DE LA TEMPORADA
 EL REY DE LAS MARTINGALAS
 PREDIJO

Buif reflexionó un instante buscando una cifra que fuera a la vez sensacional y verosímil, y acabó por escribir:

13 GANADORES

—¡Eso no es verdad!—gritó una voz indignada—. Yo le he comprado todas sus martingalas durante ocho días seguidos y sólo he ganado un premio de 7,50.

Buif escribió tranquilamente algunas palabras complementarias en el cartel y se volvió hacia el público.

—Mi honorable contradictor se equivoca seguramente—dijo con acento de absoluta lealtad—. Señores, lean mi cartel... Prometo el nombre del caballo ganador exclusivamente a las personas inteligentes. Jamás, ni a peso de oro, habría aceptado yo dar los informes que poseo a este caballero, que parece un melón de primera calidad... No, caballero; con toda seguridad no soy yo quien vendió a usted esos informes falsos de que usted se queja con razón. No es culpa de usted, pero su cara dice

bien claramente que es usted un *primo*... Aunque usted me hubiera ofrecido mil francos por mis martingalas, no se las hubiera dado al ver su cara de tonto...

—¡Sí, sí; fué usted! ¡Le reconozco!

—Veamos—dijo *Buif* con tono conciliador—: ¿cuánto pagó por las martingalas?

—¡Se las pagué a veinte céntimos!

Bicard, con aire triunfante, descubrió su cartel y señaló la frase que acababa de escribir:

EL PRECIO DE LA MARTINGALA
ES SIEMPRE
DE
50 CENTIMOS

—¡Si usted compra martingalas de saldo, suya es la culpa si resultan falsas!

Mientras el desgraciado contradictor, saludado por las risas de la asistencia, se iba lamentablemente en busca de otro martingalista, *Buif*, juzgando que su público era ya bastante numeroso, desarrolló su programa:

—Queridos amigos, vosotros me conocéis desde hace tiempo y sabéis cuál es mi divisa.

Buif levantó sus brazos.

—¡Nada de pamplinas!... ¡Nombres de caballos ganadores! Vosotros sabéis muy bien que el jugador librado a sí mismo pierde hasta las pestañas. Que el jugador no tiene defensa, es un error... Os

hablo con conocimiento de causa, pues también yo he sido jugador y tan tonto como vosotros en mi juventud... Pero un día reflexioné y llegué a la conclusión que el dinero que perdía yo lo ganaban otros. Entonces cavilé, exprimí mi cerebro...

Y Bicard, con el dedo índice, señalaba su preciosa cabeza, en la que había florecido la mirífica combinación que iba a exponer.

—Me exprimí el cerebro y me dije: «Amigo mío, las gentes que recogen la *pasta* que tú pierdes son gentes que apuestan al caballo ganador, mientras que tú lo haces a los caballos que se quedan a mitad de la pista... Si no eres un *primo*, no tienes más que hacer como ellos.»

Este razonamiento tan luminoso y lógico impresionó mucho al auditorio.

Buif se dió cuenta de que había dominado a éste y continuó, bajando la voz:

—Vosotros sabéis como yo (me dirijo a los que no son tontos de remate) que existe una asociación secreta, una banda negra, cuya finalidad consiste en hacer trampas en las carreras y preparar los golpes. En esta asociación figuran los *jockeys*, los entrenadores y los periodistas... A veces, raramente, invitan a los propietarios... Las reuniones se celebran por la noche, unas veces en Chantilly, otras en Maisons y otras en París, y en ellas se decide los caballos que han de ganar al siguiente día.

Entre los asistentes se dejaron oír fuertes mur-

mullos de aprobación... Eran verdades que nadie podía negar.

—¡Pues bien! Yo que os hablo he ido a instalarme en Maisons-Laffitte, me he mezclado entre los mozos de cuadra y estoy en íntima relación con los entrenadores, y no se prepara golpe alguno sin que se me invite. Yo quiero haceros partícipes... (¿Por qué se ríe ese idiota?) ¡Ya lo creo que estoy como en mi propia casa en todas las cuadras de Maisons-Laffitte! ¡Lo digo y lo pruebo!

Y *Buif* sacó triunfalmente de su bolsillo varios sobres, cuyas direcciones decían:

Para Simons.

En casa del señor HEXAM,

Entrenador.

Maisons-Laffitte.

Los dos policías que le espiaban aguzaron los oídos.

—¿Has visto?—dijo el más joven a su compañero—. El nombre de Simons está escrito en la parte superior del sobre. ¡Se necesita ser cínico para enseñar papeles de su víctima!

—¡Aún hay algo más sospechoso! Entre los papeles que ha sacado hay un recorte de *El Diario* de hoy, con el artículo del crimen. Lo he reconocido por la fotografía.

—Entonces... ¿le echamos el guante?

—Espera un poco.

Buif estaba muy ocupado en la liquidación de un *stock* de papelitos azules, cuidadosamente plegados y cerrados, conteniendo el nombre precioso del caballo ganador. Su bolsillo se llenaba, a cambio de estos papelitos, de monedas de 50 céntimos, cuyo peso parecía soportar alegremente.

—¡Dense prisa, caballeros! ¡Sólo me quedan para diez personas!

Pero seguía sacando nuevos puñados de papelitos, a medida de las necesidades.

—Cuando los termine—dijo el policía de más edad a su compañero—tendrá que marcharse y lo detendremos fuera del hipódromo. Es más correcto y discreto.

Buif, cuando hubo vendido todas sus martingalas, no pensó en marcharse, ni mucho menos, aunque esto hubiera sido lo más prudente; pero como hay un proverbio que dice que «el dinero del jugador ni tiene tapa ni tapador», *Buif* se apresuró a ir a las taquillas de apuestas, donde compró al por mayor todo el importe de sus ventas al por menor.

Echó un vistazo a las barracas en las que los números de los billetes expuestos anunciaban el premio probable de cada caballo, y se dijo:

—¡Qué curiosos! Todos apuestan por *Stokes*, como si fuera seguro. Debe haber en esto una gran martingala... ¡Qué tontos son los jugadores! Por lo demás, *Stokes* es el caballo que yo he recomenda-

do a mis clientes... pero yo no lo quiero ni gratis. Me dan ganas de apostar algo por *Remue-Menage*... Es seguro que ganará. Además, no me gustan los caballos cuyas propietarias son señoras: Clara Procureur, Mme. Ricatti, Camila Blanc...

Y *Buif* se dirigió nada menos que a la taquilla de 50 francos.

—¿Has visto—dijo uno de los policías—la mancha que lleva en la manga del abrigo? Parece de sangre.

—Sí, sí la he visto... ¡Pero si está apostando cincuenta francos! ¿Lo detenemos? ¿Para qué vamos a esperar que terminen las carreras?

—Espera... No tengas tanta prisa... ¿No te parece que es un tipo que realmente debe conocer muchas martingalas? A los *jockeys* los conoce, puesto que ha matado a uno... Desde el momento que apuesta cincuenta francos por el once, es que va a ganar... ¿Llevas dinero encima?

—Quince francos justos.

—Y yo, nueve setenta... Podíamos arriesgar veinte francos... Allá voy... ¡No pierdas a nuestro cliente de vista!

Dos minutos después, nuestros detectives tenían en el bolsillo cuatro billetes de cinco francos cada uno, jugados a *Remue-Menage*, ganador.

—¿Entonces esperamos que terminen las carreras para detenerlo?

—¡Clarol

Para seguir la carrera, *Buif* fué a apostarse en

la meta del hipódromo, y lo mismo hicieron sus dos guardias de corps.

Dieron la señal de salida.

—¡*Parfremet*, ganal ¡Animo, *Parfremet*!—exclamó una buena mujer, bigotuda, antes de que los caballos hubieran avanzado cinco metros.

—¡En casa, fregando platos, es donde debía estar usted!—dijo *Buif* encogiéndose de hombros.

Los caballos terminaron la primera vuelta. *Stokes* iba el primero; *Remue-Menage* seguía al pelotón a alguna distancia del penúltimo.

—¡Ah, ese Camilo Blanc!—exclamó con amargura uno de la entrada general.

—¡Déjelo!—replicó *Buif*, para tranquilizarse a sí mismo—. ¡Déjelo! Mejor es que al principio no sea el primero. ¡Ya sabe él lo que hace! ¡Ya verá usted!

Y lo que se vió fué que *Remue-Menage* llegó el último, mientras *Stokes* lo hacía el primero.

Los dos policías se miraron.

—Entonces ¿hemos perdido?... ¡Hemos perdido veinte francos!

—Hay criminales que no se contentan con asesinar a sus víctimas y cortarlas en pedazos, sino que, además, hacen perder el dinero a honrados padres de familia.

—¡Te has caído!—exclamó uno de los Sherlock Holmes, colocando una de sus manos sobre el hombro de *Buif*.

—¿Qué, qué?—exclamó éste sorprendido—. ¡Pero si yo he aconsejado *Stokes* a todos mis clien-

tes! ¡La certeza matemática del rey de las martin-galas!

—¡Nada de discusiones! ¡De lo contrario, tendremos que ponerte las esposas! Tenemos orden del juez de instrucción de detenerte. ¿Adivinas ahora de lo que se trata?

Fríamente, *Buif* tomó su partido.

—Lo adivino. Estoy cogido. Es un contratiempo que me metan en la sombra en plena temporada, cuando mejor andan los negocios. Pero, después de todo, dentro de un mes me dejarán en libertad.

—¿Un mes?

—¡No pueden imponerme más de un mes por eso!... Seis semanas, por reincidente, si se empeñan en ser pelmas...

Los detectives cambiaron una mirada. ¿Es que aquel bandido les tomaba el pelo?

—¡Está bien, está bien! Ahora empieza por seguirnos y ya veremos si ante el juez también te haces el listo... Después de todo, no lo es tanto como parece. ¡Mira que apostar a un caballo que llega el último! Más hubiera valido que le hubiésemos echado el guante esta mañana, y así no habrían pasado las cosas que han pasado.

Cosa increíble. Bicard pareció muy vejado de esta alusión, y trató de disculparse achacando lo ocurrido a una falta de táctica de René Sauval. Y sin embargo, ¿qué importancia tiene esto para un hombre acusado como autor de un crimen horrible?

Los policías hicieron subir a *Buif* a un automó-

vil que casualmente, al parecer, avanzó a su encuentro.

—¡De primera! Hacéis las cosas como es debido—dijo el criminal—. Habéis hecho arreglar el coche celular, desde la última vez que tuve el honor de subir en él. Habéis puesto a los asientos muelles muy confortables.

Buif se arrellanó en el asiento.

—¡Jamás había sentado mis nalgas en un *somnier* tan confortable! No olviden de transmitir mis felicitaciones al prefecto... Pero, ahora que pienso, ¿adónde vamos?

—Ya lo sabrás cuando llegues.

—Está bien, está bien. No me acordaba que en los raptos en automóvil nunca se dice a la joven el lugar de su destino.

Sucesivamente refirió a sus guardianes que su abuela había sido plumajera; que murió de indigestión por consumo exagerado de embutido, al que era muy aficionada la buena señora; que él prefería la mortadela con una buena botella de vino blanco; que jamás había bebido mejor vino blanco que en una taberna de Charonne que frecuentaba cuando era elector; que ahora no era elector y que estaba fichado por la policía.

Tomaba aliento para referir una nueva serie de detalles biográficos, cuando se dió cuenta de que estaban entrando en Versalles.

—¡Estupendol! ¿Y para qué me traen a Versalles?

—Para alojarte en el palacio, probablemente—

dijo uno de los policías, que se puso a reír estrepitosamente su ingeniosa respuesta.

El otro agente respondió con solemnidad:

—Es en Versalles donde se encuentra el juez de instrucción encargado del asunto. Es un lince... Se llama Chennevert y conoce su oficio a maravilla. No te aconsejo que te hagas el listo con él.

El coche se detuvo.

—Baja. El juez ha dicho que te interrogaría inmediatamente que te echáramos el guante.

Hicieron subir a *Buif* algunos peldaños de piedra. Le obligaron a seguir unos corredores interminables (los corredores de los tribunales de justicia son siempre interminables) y le hicieron esperar en una antesala, bajo la vigilancia de uno de sus guardianes, mientras el otro iba a anunciar al magistrado la llegada de *Buif*.

Cumplida esta formalidad, el detenido penetró en el despacho del juez. El señor Chennevert era un hombrecito hundido en el fondo de un inmenso sillón y cuyos redondos ojos, detrás de los lentes, adoptaron una expresión de espanto al ver entrar al acusado.

—Pero... pero... ¿cómo no le han puesto las esposas?

—¡Oh! ¡Era inútil!

Buif explicó él mismo:

—Es como con los caballos, ¿comprende? A los ariscos les ponen anteojeras y a los mansos...

El juez le miró estupefacto y, a partir de aquel

momento, *Buif* tuvo la sensación de que no era un juez inteligente y adoptó hacia él ese tono, a la vez indulgente y molesto, que se emplea para explicar las cosas a los niños.

—¿Usted se llama Alfredo Bicard?

—Precisamente... Ha dado usted justo en el clavo.

—Bicard, está usted acusado...

Bicard le interrumpió:

—Sí, sí... Ya sospecho de qué... Es el viejo de los mercados el que le ha venido con el soplo, ¿verdad?... O a lo mejor, al tomar el tren en Maisons, algún *chivato*... ¡Qué lástima! ¡Por tres miserables conejos!...

—Bicard—dijo severamente el juez—, le aconsejo que no simule la locura. La manera como ha cometido su hazaña demuestra, por el contrario, la más monstruosa sangre fría... Procederemos por orden en el interrogatorio.

Lentamente, deletreando las sílabas, el señor Chennevert dijo:

—Está usted acusado de haber asesinado a John Simons, asesinato que debió perpetrarse en la noche del sábado 17 al domingo 18 de mayo.

Buif miró a su alrededor como buscando un rostro simpático a quien confiar sus impresiones y, a falta de otro mejor, se dirigió al escribano que escribía en su rincón, serio como un asno.

—¿Qué le parece? ¿Ha oído usted? Más vale oír

esto que estar sordo... Está bien... Entonces, está bien...

Y repitió varias veces que estaba bien, sin poner en ello la menor ironía. El rostro de *Buif* se alegraba por momentos y parecía encantado del giro que tomaban las cosas.

—Si sólo me acusan de haber matado a Simons... entonces está muy bien. No hay motivo para hacerme mala sangre. Temía que me acusaran de...

—¿De...?

—De nada, de nada—se apresuró a decir *Buif*, vuelto de pronto muy prudente—. Son cosas que no le interesan, señor juez.

—No intente—dijo el juez, frunciendo las cejas—, no intente despistar a la justicia. Los cargos que existen contra usted son numerosos y aplastantes... y aplastantes—repitió el juez, satisfecho de haber encontrado esta palabra nueva y haciendo con sus cortos brazos un gran gesto, con el que parecía querer aplastar al culpable.

—¡Mucho cuidado, señor juez, mucho cuidado!—exclamó solícito *Buif*—. Por poco vierte el tintero sobre su pantalón. Sería una lástima. Algunas personas dicen que se quitan las manchas de tinta con sal de acederas, pero...

—¡Bicard! ¿Qué hizo usted la noche del 17 al 18?

—Probablemente dormir como un angelito... No sé si usted es como yo, pero en seguida que caigo en la cama me duermo como un tronco... Le voy a dar una buena receta para el caso de que no

duerma bien. Comience por tomar un *grog* bien cargado...

—No me desviará de mi camino, Bicard... Le voy a decir lo que hizo usted la noche del 17 al 18. A las nueve de la noche estaba usted en una taberna de Maisons-Laffitte con el infortunado Simons.

—¡Calle! ¡Pues es verdad! Ahora recuerdo... ¿Pero cómo sabe usted eso mejor que yo?...

El inspirado de pronto, *Buif* exclamó:

—¡Ya caigo! Es que usted también estaba allí aquella noche.

—¡Bicard! ¡Le ordeno que sea respetuoso! De lo contrario me verá obligado, según me autoriza la ley, a interrogarle fuera de su presencia.

(Es increíble a lo que se llega con los nuevos procedimientos de instrucción.)

—Continúo... Hacia las diez salió usted en compañía de Simons, el cual cometió la imprudencia de dejarle ver el contenido de su cartera.

—Sí—dijo *Buif* pensativo—; llevaba un buen puñado de billetes. No quiso decirme de dónde los había sacado... Debía ser de alguna martingala de las carreras... el día que *Clystère* ganó. ¡Nada me dijo el granujal!...

—Salieron de la taberna... La patrona de usted ha declarado que aquella noche no fué usted a dormir. Por otra parte, existe un testimonio más grave: al amanecer le vieron a usted con un saco de tela gris al hombro, procurando disimularse detrás de los árboles del parque... ¿Qué? ¿No contes-

ta usted? En la noche del domingo al lunes, noche durante la cual fué llevado el cuerpo mutilado al sitio en que fué hallado, le volvieron a encontrar en el Parque, cargado con el mismo saco... El saco parecía lleno...

El juez hizo una pausa y continuó con lúgubre entonación:

—¡Aquel saco parecía pesado!... La acusación sostendrá que usted asesinó a Simons para robarle; que guardó el cuerpo durante veinticuatro horas en un sitio que todavía ignoramos y que luego, ante la imposibilidad de ocultarlo durante más tiempo, se deshizo de él llevándolo al Parque... Bicard, ¿qué contenía ese saco?

Buif adoptó un aire perplejo.

—Podía contener patatas; podía contener castañas; podía contener muchas cosas... Vamos, no es usted lógico... ¿Por qué escoge usted, entre todas las suposiciones, precisamente la que menos me conviene?

—Bicard, su actitud en el momento de descubrir el cuerpo fué más que sospechosa. Sus contestaciones al comisario de Maisons-Laffitte resultaron confusas. En uno de sus bolsillos guarda usted recortes de periódicos relacionados con el crimen.

—¿Pero es que, después de todo, no puede interesarme?... Si cortan en pedazos a uno de sus compañeros, ¿qué de particular tendrá que tome usted un par de tijeras y corte usted mismo el relato que hace el periódico?

—¡Está bien! Pero explíqueme de dónde vienen las manchas de sangre que hay en su traje.

Buif se rascó la cabeza. Su confusión fué tan visible, que el escribano levantó la vista para observarle.

—¡Estupendol—dijo Bicard—. Yo mismo acabaré por creer que soy el asesino... Los que no estén en el secreto de la martingala podrían apostar diez contra uno que yo soy el asesino... Así es que si me envían ante el Jurado, los doce infelices que lo componen tomarán todo esto por una certidumbre matemática. ¡Y vaya usted a reclamar luego!

Buif parecía, por primera vez, tomar en serio su situación.

Reflexionó un instante y dijo al juez:

—Pero aun suponiendo que yo haya asesinado a ese pobre Simons, ¿para qué despedazarlo como a un cerdo? A ver, explíqueme esto, usted que todo lo sabe. ¡Yo no tenía necesidad de detallarlo después de su muerte!

—¡Esperaba usted que así no sería identificado! Esperaba, además, dividirlo en fragmentos lo bastante chicos para conseguir la completa desaparición arrojándolos al Sena o enterrándolos en sitios alejados entre sí... Pero no ha tenido la paciencia ni el valor necesarios para llevar hasta el fin su horrible empresa...

—¡Oh! —dijo *Buif* un tanto desconcertado.

Y considerando al juez, movió por tres veces la cabeza de arriba abajo.

—¡Vaya, vaya! ¡Ni que hubiera usted estado detrás de la puerta!

El señor Chennevert tomó esto por un elogio. Se arrellanó y formuló su última pregunta:

—No he hecho mención de sus antecedentes... Ha sido usted condenado ya varias veces: embriaguez con escándalo público, insulto a los guardias, caza furtiva...

—Eso prueba en mi favor... Yo tengo mi dignidad de hombre, ¿verdad? Nada pido a nadie, y cuando me pago unas copas es con mi dinero. Entonces, ¿por qué los guardias no quieren comprender que la calle es de todos? No soy yo quien va a su encuentro; si tropiezo con un farol del gas, no es el farol el que se estropea... Pero los guindillas no comprenden nada de esto y vienen a mi encuentro. Pues bien, mi dignidad de hombre me obliga a ponerles en su lugar, a hacerles comprender que son unos haraganes, a ilustrarles sobre su triste misión... Y luego, al día siguiente, el señor presidente de la Correccional me propina una quincena a la sombra... ¿Cree usted que esto es justo?

Buif fué puesto entre las manos de dos agentes de la policía de Versailles, pero no quiso salir del despacho del juez sin hacer antes una breve recomendación:

—¿Quiere hacer el favor de decirle a su secretario que haga constar que acabo de pasar una horita con usted?... A veces, más tarde, pueden acusarme de haber cortado un hombre en pedazos, hoy,

entre cuatro y cinco de la tarde, y eso me serviría para demostrar...

Una vez solo, el juez se abismó en el estudio del proceso. Era un juez concienzudo. Aunque el asunto le parecía muy claro, la actitud de *Buif* le había trastornado un poco... Ni por un momento se le ocurrió la idea de que se había burlado de él; pero sentía que en la actitud del acusado había algo nada corriente.

Reflexionaba desde hacía una hora, cuando llamaron en la puerta del despacho. Como no hacía nada a la ligera, todavía reflexionó un momento, y la conclusión de sus reflexiones fué que debía haber alguien detrás de aquella puerta.

Satisfecho de haber llegado a esta ingeniosa deducción, todavía reflexionó lo que debía hacer. Sopesó el pro y el contra y, por último, tomando una decisión en su alma y conciencia, gritó:

—¡Entre!

Y entró un empleado de la cárcel de Versailles, llevando un sobre cerrado en la mano derecha.

—Señor juez, el director de la cárcel me envía a traerle este sobre. Según parece, es muy importante.

—¡Cómo! ¿Me escribe el director de la cárcel?

—¡Perdone, perdone! No es él quien ha escrito la carta. Lo ocurrido es lo siguiente: acabábamos de encerrar a Bicard. Antes de registrarle, según ordena el reglamento, se le había dejado unos minutos en la oficina, y entonces sacó de su bolsillo

papel y un lápiz, escribió una palabras y lo encerró en un sobre que llevaba preparado... Sus bolsillos estaban llenos de papel y sobres que, según los agentes que lo han detenido, vendía en el hipódromo.

—Yo lo sé... ¿Y qué más?

—Y luego, con la mayor naturalidad, cuando yo iba a llevarlo a su celda, me entregó disimuladamente el sobre diciéndome: «Compañero, debes enviar esto inmediatamente a Pepe, el camarero del café Berlioz, calle de Clichy. Ya sabe él de qué se trata. Yo pagaré el viaje cuando me devuelvan mi dinero, y para ti habrá un durillo...» Yo corrí a dar cuenta al director y éste me ordenó que le trajera el sobre inmediatamente.

—Ha hecho usted muy bien, joven. Ha prestado usted un gran servicio a la justicia, que gracias a usted poseerá una prueba decisiva, equivalente a una confesión. No hay duda de que Bicard escribe esta carta a un cómplice para prevenirle que ha sido detenido y encargarle que haga desaparecer ciertas cosas comprometedoras...

El juez abrió el sobre y sacó un papel en el que había escrito lo siguiente:

Compañero: En estos momentos estoy muy ocupado y no puedo pasar a verte. ¿Quieres jugar por mí a

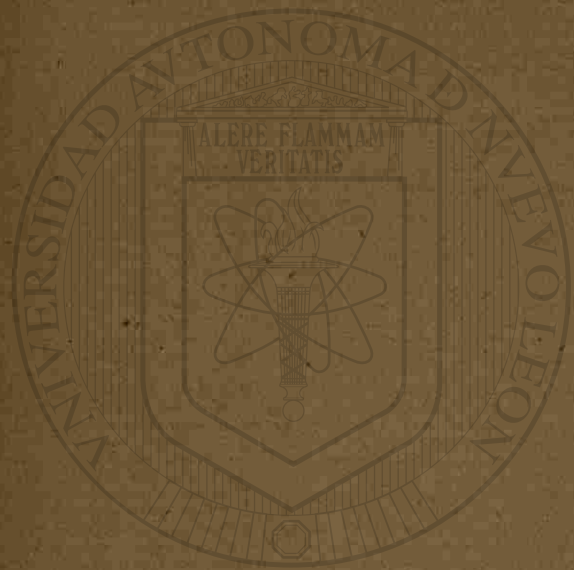
BOMBÓN ROSA

*2,50, ganador; 2,50, colocado?
Si gana, apostar lo que produzca a
MISTINGUETTE, en el Handicap.
Gracias adelantadas. Te la estrecha*

BICARD.

P. D.—Estoy de vacaciones en Versalles. No puedes imaginarte hasta qué punto son idiotas las gentes de aquí. Principalmente en la magistratura abundan los ejemplares de esta clase.

—No es natural—dijo el señor Chennevert, luego de reflexionar profundamente—. Este criminal no goza de todas sus facultades... Voy a ordenar que un médico examine su estado mental.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO VI

LAFRITA SE PASEA...

ESTE crimen será el asunto sensacional de esta temporada!—había pronosticado, a propósito del asesinato descubierto en Maisons-Laffitte, el eminente señor Bidasse, jefe de la sección de «Crímenes y Sátiros» de *El Gran Diario*.

El señor Bidasse no se equivocaba jamás. El cadáver de Maisons-Laffitte había, en efecto, aumentado la tirada del periódico, y la detención de *Buif*, verdadero golpe de teatro, apasionó al público.

Pero el pobre Lafrita, que según la opinión de su jefe habíase mostrado muy inferior a las circunstancias cuando se descubrió el crimen, fué condenado a no intervenir más en el asunto, para seguir el cual se designó a otro *repórter*, jovencuelo de gran porvenir, cuyo principal mérito consistía en una admiración religiosa por su jefe, del

cual imitaba con tal perfección la literatura, que sus artículos solamente eran retocados por mera fórmula.

He aquí algunos extractos del último número:

«Todo hace creer que el autor del monstruoso crimen descubierto en el parque de Maisons-Laffitte está ya en poder de la justicia, ante la cual comparecerá para dar cuenta de su odiosa fechoría.

Desde el momento en que fué descubierto el cuerpo del infortunado Simons, el señor Chennevert, probo juez de Versalles que perpetúa en la villa del Rey-Sol las tradiciones del Gran Siglo, unidas a los medios que pone a su disposición nuestra época democrática de luz y progreso; el señor Chennevert, decimos, había puesto en movimiento los más hábiles policías.

Las sospechas recaían de una manera aplastante sobre un tal Bicard, alias *Buif*. Desde el comienzo de este sensacional suceso ya habíamos llamado la atención sobre este innoble individuo, un reincidente de los más peligrosos. Mucho antes del día en que fué perpetrado el crimen, conocíamos nosotros al culpable; pero, como se comprenderá, por motivos de alta conveniencia y por respeto a la familia tuvimos que imponernos la más absoluta discreción.

Bicard es uno de esos siniestros individuos que, por desgracia, tanto abundan alrededor de nuestras grandes ciudades, colmenas laboriosas santificadas por la labor diaria de nuestros trabajado-

res, que constituyen la fuerza viva de la nación, cosa que no vacilamos en afirmar aunque pueda darse a nuestras palabras una torcida interpretación.

Los padres de Bicard, gentes honradas muy queridas en su barrio, siempre vivieron angustiados por los malos instintos que su hijo demostraba desde la infancia, sin que caricias ni castigos consiguieran enmendarlo... Desgraciadamente, no hemos podido hablar con ellos, no obstante nuestros esfuerzos, para obtener sobre la juventud de Bicard detalles precisos... ¡Han muerto, por fortuna para ellos! ¡Qué tristeza hubiera sido para sus días de vejez ver a un hijo convicto y confeso del más horrible de los crímenes!

Sin embargo, en la casa misma donde nació hemos recogido de la boca de la portera algunos detalles característicos sobre el criminal.

—¿Alfredo Bicard?—nos dice la portera—. No me sorprende lo que ha hecho. Era un granujilla incorregible, y sólo de recordarlo me estremezco. ¿Creerá usted que ese monstruo, a la edad de diez años, se introducía en la portería y ataba al cordón de la puerta los ratones muertos que encontraba en la calle? Se comienza por los ratones y se acaba por los hombres. ¿Y cuando compraba, siempre que tenía diez céntimos, dos docenas de caracoles para organizar carreras en la acera? ¡Y apostaba con los otros muchachos a cuál de los doce caracoles llegaría el primerol... Si he de decirle la verdad, desde pequeño demostró ya malos instintos.

Poco después de cumplir sus deberes militares,

Bicard se casó con una encantadora morena que ejercía la profesión de vendedora ambulante... La desgraciada, harta sin duda de los malos tratos, tuvo que abandonar el domicilio conyugal, y todo hace suponer que su inmundo marido quería prostituirse.

La detención de Bicard fué uno de esos episodios accidentados y trágicos en los que los más humildes policías arriesgan su vida obscura y heroicamente para salvaguardar la seguridad pública.

Bicard se encontraba en las carreras de Saint-Ouen, engañando a pobres incautos con falaces promesas de pretendidas martingalas que conocía directamente de entrenadores y *jockeys*, cuando uno de los agentes le puso las manos sobre los hombros:

—Bicard, en nombre de la ley queda usted detenido!

Bicard, dotado de una fuerza hercúlea, opuso una resistencia desesperada a los representantes de la ley. Sacó de su bolsillo una gran navaja de muelles y dos revolvers cargados. Sonaron seis detonaciones. Los cuatro primeros proyectiles hirieron gravemente a inofensivos empleados de las taquillas de Apuestas Mutuas, y los tres siguientes perforaron los billetes que tenían en las manos unos espectadores. Cuanto a los otros proyectiles, pasaron silbando junto a las orejas de los *jockeys* que se encontraban corriendo en aquellos momentos.

El criminal, no obstante, pudo ser dominado gracias a la intervención de una brigada de agen-

tes, un soldado de marina, que ayudó a la autoridad, y a Dossetto Best, el conocido *sportsman*, que fueron a buscar expresamente al preso.

Conducido inmediatamente a Versalles, e interrogado sin pérdida de momento, el culpable ha confesado su crimen.

Leyendo estos horribles detalles, Lafrita, que sabía mejor que nadie a qué atenerse, rió de muy buena gana.

—¡Ese Bidasse es una acémila... Afortunadamente para él, tiene un cinismo sin igual. El día en que se demuestre que es otro el culpable... y otra también la víctima, sostendrá triunfalmente que él ha sido el primero en denunciar el error judicial... Mientras tanto, es preciso que yo trabaje para que pongan en libertad a ese pobre *Buif*.

Lafrita estaba libre como el aire aquel día. El señor Bidasse le había encargado de una serie de reportajes que habrían ocupado la jornada de diez hombres de haberla tomado en serio; pero Lafrita, con los solos recursos de su inventiva, tenía trabajo para veinte minutos, bordando sobre los siguientes temas que le dió su jefe:

«1.º *Un dramático salvamento*.—Ayer, hacia las dos de la madrugada, un tal Julio Bonnad, que acababa de tomar el aperitivo en compañía de varios amigos, cayó involuntariamente en el canal de San Martín. El joven Honorio Dubois, de diez años de edad solamente, que se dirigía a la escuela, es-

cuchando sólo su valor, consiguió salvar al desesperado, cuya identificación no ha podido ser establecida. Todo se reduce a algunos daños materiales.

2.º *Dramático suicidio.*—Devorada por disgustos íntimos, la señora viuda de Resducat se ha arrojado por la ventana de su habitación, situada en un cuarto piso, quedando instantáneamente muerta. Interrogada por el juez, ha declarado que su acto de desesperación obedecía a que su marido le había prohibido que se disfrazara de zuavo en Carnaval.

3.º *Un innoble individuo.*—Una respetable rentista llamada Estefanía Guibol, de sesenta y cinco años de edad, fué llevada a los fosos de las fortificaciones por un desconocido con la promesa de que le daría caramelos. El feroz sujeto sació por tres veces su pasión en la desgraciada víctima. Interrogado por la policía, declaró que es de oficio deshollinador. Ha sido detenido.

4.º *Batalla de apaches... (ad libitum).*»

Y dos sucesos más que debían titularse: «Una hazaña de los perros policías» y «Un nacimiento en la Comisaría».

El señor Bidasse había dado los títulos y Lafrita tenía que inventar los hechos y situarlos en el distrito que mejor le pareciera.

El *repórter* quedó bien pronto libre de su deber profesional, y entonces se ocupó de información por su propia cuenta y de una manera más concienzuda.

El autobús de Clichy-Odeón le condujo al final de la avenida Clichy, y una vez encontrada la calle de Fragonard, llegar al número 16 de la misma, era, como decía el señor Bidasse, un juego de niños.

—¿La señora de Bicard?—preguntó al portero.

—En el fondo del patio, entresuelo... Acaba de llegar precisamente con su coche.

—¿Con su coche?—dijo Lafrita sorprendido; pero en seguida recordó que la señora de Bicard era vendedora ambulante.

Precisamente ésta había oído pronunciar su nombre y gritaba con voz más fuerte que armoniosa:

—¿Quién pregunta otra vez por mí?

La esposa de *Buif* era fuerte, de encendido rostro y parecía mujer emprendedora y decidida.

—¿Es la policía? ¿Es que no van a dejarme tranquila?

—No, señora; no soy de la policía, aunque en muchas ocasiones lo lamento, porque los policías siempre se las arreglan para ser recibidos en todas partes, mientras que a mí me ponen de patitas en la calle con demasiada frecuencia. Soy periodista, señora.

—¡Me lo figuraba! Mañana todavía dirán los periódicos nuevas tonterías sobre mí. En el barrio me llaman ya «la mujer del asesino»; me piden entradas para ver guillotinar a mi marido, y hasta un viejo cochero me ha propuesto casarse conmigo... ¿Es que ya soy viuda? ¿Quiere hacer el favor de dejarme en paz?

—Perdone, perdone. Le he dicho que soy periodista; pero no vengo a ver a usted como tal. Vengo como amigo de su marido...

No debía ser este título una buena recomendación, pues la señora de Bicard exclamó despreciativa:

—¡Buenos están los amigos de mi marido!... ¡Todos son unos borrachos!

—Le juro, señora, que jamás bebo nada entre las comidas... ¡Oh, gracias!... pero no insista, no tomo nada... Sólo vengo para ayudar a su marido, pues estoy convencido de su inocencia.

—Pues es usted el único entre todos los periodistas...

—Así es, y quiero sacar a Bicard del mal paso en que está metido.

La mujer de Bicard miró bien de frente a Lafrita, y dijo, cambiando de tono:

—Mire usted, esto que quede entre nosotros; pero no me explico cómo Bicard no se las arregla él solo... ¡Si esa acusación no tiene pies ni cabezal

—Se equivoca usted. Las apariencias le condenan; pero me alegro de ver que los dos opinamos lo mismo, y que usted defiende a su marido.

—¡Poco a poco! No lo defiende porque sea mi marido. Como marido, reniego de él... ¡Es insostenible, hasta el punto que he tenido que liquidar con él... Nos vemos de vez en cuando, como buenos amigos; pero de esto a vivir con un pájaro como él...

Lafrita hizo un discreto gesto, significando que no quería averiguar los secretos del matrimonio.

Pero su interlocutora continuó:

—No es que quiera decir que es un mal hombre... Todo lo contrario. Tiene un corazón de oro y es incapaz de hacer daño a una mosca... Un día hasta me dijo que se debía prohibir a los *jockeys* que usaran espuelas y látigo, pues no era humanitario para los caballos... Para demostrar a usted su buen corazón, le diré que, aunque estamos separados y soy yo quien guarda a nuestro hijo, cuando dispone de unas monedas me las envía en seguida, pues no quiere que carezcamos de nada... Pero esto no quita que sea imposible vivir con él...

Y contando con los dedos enumeró los defectos de Bicard.

—Primero, no es que sea perezoso; es un rematado gandul. Yo le he visto comenzar su semana de trabajo un miércoles por la mañana, y darla por terminada el jueves a mediodía... ¡Qué rabia da esto cuando pienso que yo he de tirar todo el día de mi carrito cargado de hortalizas!... Segundo, cuando entraba en la taberna no se sabía nunca cuándo saldría, y lo peor no era que bebía, sino que el señor hablaba, el señor hacía de orador mientras yo esperaba hasta las tres de la mañana. Y tercero y último, cuando el señor se decidía a meterse en la cama, no se dignaba darse cuenta que allí había una mujer. El señor estudiaba las carreras y los caballos en *París-Sport*.

Lafrita dejó pasar esta peroración y volvió al punto que le preocupaba.

—¡Pero todo eso no prueba que haya cometido un crimen!

—En cuanto a eso, nadie me lo hará creer... Por lo demás...

—Sí, pero las apariencias están en contra suya. No puede justificar dónde pasó el tiempo la noche del crimen, ni durante la que precedió al descubrimiento del cuerpo...

La mujer de Bicard se echó a reír.

—Yo le voy a decir qué es lo que hizo esas noches.

—¿Es posible?—pensó Lafrita—. Voy a saber lo que quería saber.

—Muy sencillo. Mi señor esposo tiene otra manía ahora, o, mejor dicho, otro oficio, un oficio de gandul, claro está. Cuando trasladó su establecimiento de martingalas a Maisons-Laffitte, descubrió que en el parque abundaban los conejos. Como él sabe muy bien cazar con lazo (¡no sé dónde diablos lo ha aprendido!), durante la noche se dedica a la caza furtiva, y luego mete en un saco los conejos que han sido lo bastante tontos para dejarse cazar.

—¡Ahora comprendo!—exclamó Lafrita.

—¿Qué es lo que comprende?

—Que he sido un imbécil, pues debí haber adivinado eso. ¡Si era claro como la luz del día!... Las salidas nocturnas..., el saco..., las manchas de san-

gre en sus vestidos... Pero dígame, ¿su esposo que tanta compasión le inspiran los animales?...

—Dice que los conejos del parque no son animales..., que es... caza, y que así les evita ser muertos a tiros cuando se termina la veda... En todo caso, cuando tiene unos conejos en el saco viene a París, los pasa de matute y los vende a un amigo suyo, empleado en los mercados. Este amigo se las arregla para venderlos a dueños de restaurantes o a clientes que les gusta comer conejo en tiempo de veda...

—¿Pero entonces por qué Bicard no le ha contado al juez todo esto?

—¡Sus razones debe tener!... Porque ya sabe usted que mi marido no tiene pelo de tonto. Para mí que él se ha dicho: «Es mejor que me acusen de un crimen que no he cometido, en vez de acusarme de una cosa de la que realmente soy autor, pues un día u otro no tendrán más remedio que soltarme, mientras que si encuentran un motivo serio tengo, a causa de la reincidencia, para tres años de cárcel.

—Me parece muy justo lo que dice. Además, si el asunto sigue adelante, siempre está a tiempo para decir la verdad.

—También hay otra cosa, y es que no quiere comprometer a su amigo de los mercados. Ya le he dicho que con los amigos siempre hace el primo, y se dejaría cortar en dos por el verdugo antes que causar molestias a uno de ellos.

—Entonces todo se arreglará, pronto o tarde, aunque nosotros tuviéramos que tomar cartas en el asunto.

—No es que me queje de verlo encerrado... En su situación es lo mejor, pues así no va a la taberna y tiene tiempo de reflexionar... Todas las tonterías que ha hecho es por falta de reflexión... Bueno, adiós, señor; tengo que irme a reponer mis mercancías. Si ve a mi esposo déle recuerdos de mi parte.

Lafrita pensaba, yendo a tomar el autobús:

—En total, he perdido el tiempo buscando una certidumbre que ya tenía... Ahora hay que probar la identidad del cadáver, y *Buif* será puesto en libertad... Está en la cárcel por haber matado a Simons. Hay, pues, que probar que Simons vive o, por lo menos, que el cadáver no es el suyo.

CAPITULO VII

DENTISTAS Y MÉDICOS

LAFRITA hizo sucesivamente a sus compañeros de redacción una pregunta muy extraña:
—¿Cuáles son los diez primeros dentistas de París?

—¿Para qué lo quieres saber?—le contestaron—. Con uno basta y, a veces, sobra.

—Es para... una estadística, para un negocio de publicidad, para un concurso muy divertido entre los lectores de *El Gran Diario*—había contestado, según los casos.

—¡Ah! Entonces es diferente.

Y le dieron direcciones. Así pudo Lafrita hacer una selección razonada y una buena clasificación.

Al dejar a la esposa de Bicard se dirigió directamente a casa del señor Rodgers, médico-dentista, que ocupaba el primer lugar en la lista.

—Es el camino más directo—pensaba—. El apa-

ratito que recogí en el Parque de Maisons es un objeto de gran lujo, una verdadera joyita de oro y platino. Sólo puede haberlo confeccionado uno de los primeros artistas de la prótesis dental... Visitando sucesivamente a estos caballeros acabaré por encontrar al autor de esta maravilla..., y como la función crea el órgano, remontaré fácilmente del creador al propietario del objeto.

Lafrita fué introducido en el suntuoso salón donde el señor Rodgers hacía patientar a sus clientes mientras llegaba la hora exquisita del sillón mecánico y del gatillo americano.

El repórter observó con gran sorpresa que todos aquellos elegidos estaban dotados de un carácter melancólico. No se oían allí ninguno de esos ingeniosos chistes mediante los cuales las gentes mundanas procuran brillar cuando se encuentran reunidas en un salón, ni se observaban esas sonrisas que procuran hacer creer a los demás que el tiempo pasa agradablemente.

Ni siquiera tarareaba nadie el último fox.

—¡Decididamente, el viejo buen humor francés desaparece!—observó Lafrita.

Esta observación pudo hacerla con toda tranquilidad, pues transcurrieron dos buenas horas antes de que llegara su turno para ser admitido a la presencia del señor Rodgers. Uno tras otro penetraban los clientes y no volvían a reaparecer.

—Suponiendo que necesite dos horas por dentista—se dijo el repórter—, y que tenga que ver

los diez antes de dar con el que busco, no es posible que pueda terminar hoy.

El cálculo era exacto, pues el reloj marcaba las cuatro de la tarde.

Por fin el señor Rodgers se mostró en el umbral del salón por octava vez, y dijo con acento que se esforzaba en hacer americano:

—¡El señor que no tenía tomada hora!

Lafrita miró alrededor de todo el salón, y como no había nadie pensó juiciosamente que era él «el señor que no tenía tomada hora».

No sin un pequeño escalofrío, siguió al dentista a su gabinete, lleno de instrumentos de tortura.

El señor Rodgers le indicó un inmenso sillón, muy lujoso y complicado, que recordó a Lafrita los grandes progresos que en nuestra época ha realizado el *confort*, pues en la Edad Media ataban a los pacientes sobre un simple colchón de cuero para extraerles las muelas.

—¡Siéntese!—le dijo el dentista.

—Es inútil. Yo venía para...

—¡Siéntese!—repitió imperativamente el señor Rodgers.

Lafrita calculó que no sería prudente desobedecerle, se sentó en el imponente sillón y se fué sintiendo echado hacia atrás hasta que las puntas de sus botas alcanzaron la altura de sus hombros.

—¡Abra la boca!—ordenó el dentista.

Lafrita obedeció, pero fué para gritar:

—¡Cuidado! ¡Basta de bromas! ¡No he venido para enseñarle mis dientes!...

Interiormente había pensado:

—Este pajarraco es capaz de extraerme, antes de que me dé cuenta, un par de molares.

En efecto, el dentista había empuñado un instrumento de acero que lo mismo podía ser un cascanueces que un gatillo, pero quedó estupefacto al oír la exclamación de Lafrita; tan estupefacto, que perdió bruscamente el acento americano, al cual debía su boga.

—¿No viene para enseñarme los dientes? ¡Ah, ya comprendo! Es que a última hora siente usted miedo y quisiera marcharse.

Y con una alentadora sonrisa añadió:

—Es cuestión de un momento nada más. Mientras usted cuenta hasta diez... ¡crac, crac y ya está! Sin dolor alguno... sólo unas ligeras cosquillas... muy agradables.

Lafrita saltó rápidamente del sillón.

—¡Pero qué pelmazo! ¡No le estoy diciendo que no vengo para nada que se refiera a mis dientes!

—¿Entonces?...

—Es para los dientes de otro.

Y Lafrita sacó de su bolsillo la monísima dentadura de oro y platino que le vimos recoger en el parque de Maisons, en el sitio mismo en que fué descubierto el cadáver.

—Vengo a propósito de esta dentadura—dijo— que me he encontrado... en la calle.

—¿Y a mí qué me cuenta usted?

—¡Espere un pocol Yo he encontrado esta dentadura perdida por su propietario. Es un objeto de valor. ¡Oh, yo sé apreciar el trabajo de un artista!... He ido a llevarlo a la Prefectura de Policía, a la sección de objetos perdidos, y allí me han dicho: «Caballero, no admitimos objetos de esta índole, pues una larga experiencia nos ha demostrado que sus propietarios, por falso pudor, no los reclaman jamás.» Y como al oír esto me quedé con el objeto en la mano sin saber qué decisión tomar, el empleado añadió: «¿Sabe lo que puede hacer? Esa dentadura está tan admirablemente comprendida, que seguramente ha salido de las manos del gran dentista Rodgers. Vaya a verle y él le dirá para qué cliente la hizo. Luego, va usted a ver al cliente, que le dará una buena recompensa.»

El señor Rodgers, visiblemente interesado en su amor propio, adoptó entonces un tono más amable y una actitud más hospitalaria.

—¡Siéntese usted!—dijo a Lafrita, mostrándole un sillón que no era el sillón de los clientes.

Lafrita se sentó. Ya no se trataba de extracciones sin dolor.

—Vamos a ver esa dentadura—dijo el señor Rodgers examinándola—. No... no está hecha por mí. Esto, caballero, es un aparato de puente alveolar, y yo sólo construyo aparatos de presión hipertérmica, premiado, caballero, por las Academias dentales de Boston y San Francisco. Mi aparato,

caballero, tiene de notable que el maxilar superior...

Lafrita se permitió interrumpir:

—Dispéñeme, pero tengo prisa... ¿Cuál es el dentista que construye los aparatos de puente... ¿cómo le llama usted?... celular?

—Esos aparatos los construye mi colega Spencer... un dentista a la antigua que ignora los métodos modernos.

Lafrita pensó:

—Figura en mi lista: Chaussée d'Antin, 127. Corro sin perder tiempo.

Y dijo:

—Adiós, caballero, y gracias por el informe.

El señor Rodgers le acompañó hasta la puerta, y una vez llegados a ella, recobrando su acento americano, le dijo tendiéndole la mano:

—El precio de la consulta es 20 francos.

Lafrita se registró los bolsillos del chaleco:

—¡Diablol Sólo tengo cinco... Ahí van, señor Rodgers, y lo que falta anótelo en mi cuenta. Dentro de unos días volveré por aquí, cuando tenga ganas de arrancarme un par de dientes.

Lafrita fué a casa del dentista Spencer y tuvo la suerte de ser recibido inmediatamente, pues la hora de la consulta había pasado ya.

Para no tener que esperar en casa de los dentistas y de los médicos, hay que presentarse siempre a las horas en que no reciben.

El dentista Spencer era un viejecito muy amable, de una cortesía obsequiosa, cuya clientela era

poco numerosa, pero eminentemente aristocrática.

Lafrita le refirió el mismo cuento que a Rodgers, y el señor Spencer tomó el aparato que le presentaba el repórter.

—En efecto, en efecto, esta dentadura está hecha por mí... ¿Pero cómo diablos ha podido perderse?

—Es probable—explicó Lafrita—que su propietario sea un hombre muy alegre o muy triste, y que haya reído de una manera desordenada o bostezado hasta descoyuntarse la mandíbula, y entonces su dentadura cayó en la calle. No puede ser otra cosa.

—En todo caso—dijo bromeando el señor Spencer—, si usted le devuelve la dentadura me causa un gran perjuicio, porque necesariamente, de no encontrarla, me encargaría otra... En fin, venga a mi laboratorio y le mostraré los moldes de las mandíbulas de mis clientes. En seguida averiguaremos a quién pertenece el aparato que usted ha encontrado.

En efecto, al cabo de cinco minutos quedó identificado: número 6.527...

—Veamos ahora en el libro-registro a quién corresponde este número. En todas las profesiones son necesarios orden y método... número 6.520... número 6.540... ¡ah!, es que hay que mirar más atrás... ¡número 6.527! Ya está, caballero. Si quiere usted tomar nota del nombre y dirección...

Lafrita se aproximó, arrojó una rápida mirada al

libro y retrocedió lanzando un grito de asombro:

—¡Imposible! ¡No es posible!

—¿Cómo que no es posible?

—¿Está usted completamente seguro que es para esta persona para quien usted hizo esa dentadura?

—No puede existir error. Hace seis años. ¿Pero qué es lo que le sorprende?

—Es que... es que yo conozco algo a ese señor y jamás hubiera creído que...

—¿Que llevaba dentadura postiza?—dijo el señor Spencer—. Es que yo imito a la naturaleza... Igual que la naturaleza.

Lafrita se despidió. Sus ideas estaban en un completo desorden.

—Es increíble, no puede ser... Sin embargo, existe una serie de coincidencias: vivía en Maisons-Laffitte y además... ¡Pero no, no! Estoy sobre una pista falsa. El hecho de que la dentadura se encontrara allí no quiere decir necesariamente que se desprendiera del cadáver... El propietario ha podido perderla paseándose, y es lo bastante rico para haberse consolado fácilmente y no ponerse en ridículo dando parte a las autoridades de Maisons.

Un vendedor de periódicos pasó junto a Lafrita gritando:

—¡La Noche! ¡Compre La Noche! ¡Últimas noticias del crimen de Maisons! ¡Horribles detalles!

Lafrita compró el periódico. En el centro de la primera página figuraban las fantasías que ya conocía: confesión de Bicard al juez; detalles biográfi-

cos del desgraciado *Buif* tomados de la encuesta del señor Bidasse, alias *Lecoq*; interviús con diversos entrenadores de Maisons que aseguraban haber ignorado hasta el último momento la existencia del *Rey de las martingalas*...

Lafrita buscó en la «Última hora» y allí encontró algo interesante:

«El famoso médico forense, señor Páncreas, ha sido encargado de examinar el cuerpo y hacer la autopsia. Aunque se muestra muy reservado por lo que a la identidad de la víctima se refiere, sus conclusiones son, al parecer, muy diferentes de las formuladas en un principio por el honorable médico de Maisons-Laffitte, señor Boudon. El señor Páncreas ha solicitado autorización para interrogar a algunas de las personas que conocieron al mozo de cuadra Simons. El asunto no está puesto en claro, ni mucho menos, y hasta creemos que reserva grandes sorpresas.»

—¡Admirable!—se dijo Lafrita—. Yo no hubiera ido a consultar al doctor Boudon, que me parece un cretino; pero el doctor Páncreas debe saber a estas horas cosas interesantes sobre el cadáver de Maisons. Voy a ir a visitarle y sabré a qué atenerme.

El repórter, lamentando los cinco francos que había dado al señor Rodgers y que le hubiesen permitido pagarse un buen bock de cerveza (pero ya encontraría el medio de hacérselos reembolsar

por el señor Bidasse!), atravesó a pie los barrios que le separaban del domicilio del doctor Páncreas.

Un servidor de uniforme le abrió la puerta.

Durante los diez primeros años de su carrera, Lafrita se había dejado intimidar por los criados de uniforme; pero ahora ya no le causaban más efecto que un ministro, un general o que un vendedor de castañas.

—¿El doctor Páncreas?

—Aquí es, caballero. ¿A quién anuncio?

—Al señor Lafrita, que quiere hablarle sobre el crimen de Maisons.

El criado tomó la tarjeta del repórter y le dió vueltas y más vueltas con cierta desconfianza.

—No sé si el doctor querrá recibir a un periodista... ¿Es para preguntarle detalles de la autopsia?

—No, al contrario.

Y Lafrita escribió con lápiz en la tarjeta:

... que le trae un testimonio importante sobre la identidad de la víctima.

—Si el señor quiere hacer el favor de pasar...

El señor entró, y en el salón de espera tuvo la sorpresa de encontrar al entrenador Hexam. Lafrita, como buen aficionado a las carreras, conocía de vista a Hexam, conocía de vista a Simons y conocía de vista a todos esos señores pertenecientes al mundo del entrenamiento. Hexam, como Lafrita,

esperaba su turno, y hasta debía esperarlo desde hacía tiempo, pues sus bostezos, primero razonablemente espaciados por intervalos de un minuto, se hicieron tan frecuentes que casi no valía la pena de cerrar la boca entre cada uno de ellos.

Hexam había agotado todas las distracciones posibles: sucesivamente había aplicado su rubicundo rostro a cada uno de los cristales de cada ventana, y había pegado su ancha espalda a cada uno de los sillones del doctor Páncreas. Hasta llegó a abrir una revista colocada sobre la mesa de dorados bordes; pero al leer el título del primer artículo: «Fisiología de los microbios», la cerró con un respeto rayano en el terror.

No le quedaba más que bostezar. Y bostezó.

Lafrita sabía por experiencia personal que los entrenadores dirigen raramente la palabra al común de los mortales, que sólo se dignan contestar a los propietarios (¡y no siempre!), y que se parecen a los reyes en que la exactitud es su única cortesía: cuando las carreras están anunciadas para las dos, no hay que llegar a las dos y media.

Pero Hexam parecía aburrirse tanto, que Lafrita juzgó posible una tentativa de conversación.

—¿Qué asunto el crimen de Maisons!—dijo el repórter.

—¡Jamás lo hubiera creído!—respondió Hexam—. ¿Ese mozo, ese Simons, hacer una cosa parecida! ¿Cree usted que es razonable, para un hombre bien educado, una posición semejante?

—¿Qué posición? No comprendo...

—La posición en el árbol... sin ni siquiera haber guardado la piel para cubrirse. ¡Le digo a usted que es indecente, impropial De no haberlo visto con mis propios ojos hubiese creído que se trataba de una broma pesada... Realmente, ese mozo sólo pensaba en sí mismo.

—No veo la ventaja que Simons ha sacado de...

—Sí; si ese imbécil de Simons no hubiera sido un egoísta que sólo pensó en hacer hablar de él, habría reflexionado en las molestias que causa a un honorable entrenador, a un caballero, a su patrón... No sé cuántas veces me han molestado ya con este maldito asunto... molestado por el comisario, molestado por el juez, que me ha presentado al asesino... ¡Oh, el asesino es un individuo bien desagradable! ¡No es, ni mucho menos, un *gentleman*!

—¡Ahl! ¿De modo que le han careado con Bicard?

—Sí, el juez me ha preguntado si yo le conocía. Yo le he dicho: «He visto a este individuo alrededor de mis caballos, pero jamás le he hablado.» Entonces el asesino ha dicho...

Lafrita se echó a reír y completó la frase:

—«El «individuo» lo será usted. ¡Procure ser bien educado, pedazo de cerdo fresco!»

—¡Calla! ¿Cómo ha podido adivinar usted...?— dijo Hexam estupefacto.

—Le conozco un poco...

—A continuación—dijo el entrenador—me acusó terriblemente de haber hecho perder la carrera

la semana última, en Saint Cloud, a *Sulfuro y Hojadelata III*, y me ordenó que si no era un granuja debía devolverle los cinco francos que apostó; que él era un hombre honrado y yo un renegado, y que me prohibía que le dirigiera la palabra. Luego, ordenó al juez con ademán majestuoso: «¡Haga salir a este hombre! ¡Quítemelo de la vista!...» Y esto es todo lo que hablamos del asunto de Simons. Se dirá lo que se quiera de éste, pero yo mantengo que su asesino es un hombre verdaderamente desagradable.

—No se haga mala sangre—dijo Lafrita—. Usted tiene la conciencia tranquila...

Hexam adoptó una actitud de mártir.

—Sí; pero... ¿cree usted que el conde Lardillon de Lestrivière se conduce como un *gentleman*?

Lafrita se preguntó si es que Hexam iba a referirle sus desventuras conyugales; pero a Hexam le preocupaba muy poco que su mujer le engañara con el conde Lardillon de Lestrivière o con cualquier otro. Como ya hemos dicho, Hexam sacaba gran partido de su condición de cornudo, y a la infidelidad de su esposa se debía en gran parte la popularidad de que gozaba en el mundo del entrenamiento.

Las preocupaciones de este digno entrenador eran—hay que decirlo en su honor—de orden puramente profesional.

—El conde de Lestrivière compromete sus caballos a tontas y a locas... Allá él... Pero cuando los

caballos están comprometidos, se larga de juerga y no se le vuelve a ver durante todo el tiempo que está bajo la influencia de su sexo... ¿Cómo quiere usted que yo me las arregle solo para decidir los caballos que han de correr y los que no, entenderme con los *jockeys*...? Mañana tengo que elegir para la carrera de la Copa entre dos caballos: *Celestino* y *Floridor*... Si elijo *Celestino* y no gana, el lunes recibo un telegrama de Niza, o de El Cairo, o de donde el conde se encuentre: «Debió elegir *Floridor*.—CONDE DE LESTRIVIÈRE.» El propietario ignorante es una cosa terrible...

Hexam fué súbitamente interrumpido en su conversación. La puerta del gabinete del doctor Páncreas se abrió violentamente y el célebre médico forense apareció en el umbral, acompañando al doctor Boudon... acompañándole como al que se pone de patitas en la calle. La discusión comenzada en el gabinete continuaba desprovista de toda amabilidad mientras atravesaban el salón de espera y hasta el recibidor.

—Sí, señor—gritaba el doctor Páncreas—. ¡Ha faltado al más elemental deber profesional! Un estudiante del primer año de medicina hubiera examinado el cuerpo con más cuidado; usted identifica al mozo Simons, que es un hombre que no llega a los treinta años y que mide 1,55 metros, mientras el cadáver pertenece a un hombre que ha pasado de los cincuenta, corpulento y de una estatura superior a 1,70 metros. ¡Tenía usted miedo

a ensuciarse las manos, caballero! ¡Cuando se tiene el honor de ser médico, no debe importar...!

Glacial y desdenguado, como siempre le había visto Lafrita, el doctor Boudon contestó, sin ni siquiera levantar la voz:

—Mi querido compañero, nuestras conclusiones son diferentes, y lo lamento; pero creo que usted se deja llevar por la pasión... científica, y temo que el calor que usted pone en rectificar el posible error de un médico de pueblo sea interpretado como un deseo de reclamo... ¡muy equivocadamente, desde luego!... Creo que olvidaba aquí mi paraguas... Gracias por su amable acogida, y adiós.

Cuando se hubo marchado el doctor Boudon, el médico forense llamó a Hexam. Este no tenía, probablemente, gran cosa que decir o preguntar, pues cinco minutos más tarde introdujeron a Lafrita.

—¿Quería usted hablarme?—dijo el doctor Páncreas con un tono que no era el que empleaba con sus clientes—. ¿Qué tiene que decirme? Pronto, que tengo prisa.

—Acabo de oírle decir a usted que el cadáver de Maisons-Laffitte no es, según usted, el de Simons. Le felicito por haber descubierto detalle tan importante; detalle que, por mi parte, ya había puesto yo en claro desde el primer momento.

—¿Cómo?

—El primer día—repitió tranquilamente Lafrita—. Y todavía existen otros pequeños detalles que

yo conozco y usted no... Por ejemplo, ¿no se ha dado usted cuenta de que al cadáver le faltaba algo?

—Le ruego que termine esta broma.

—En serio. No me refiero ni a los brazos ni a las piernas; pero, además de los miembros, ¿no le faltaban algunos molares superiores, por ejemplo, cuatro a la izquierda y cinco a la derecha?

El doctor Páncreas adoptó un aire molesto.

—¡No se puede confiar en la discreción de nadie! ¡He comunicado el resultado de la autopsia al juez de instrucción, a nadie más, y ya conocen mis conclusiones los periodistas!... A menos que el doctor Boudon...

—No acuse a nadie. Si yo lo sé, es sencillamente, porque tengo en mi bolsillo los dientes que faltan al cadáver de su ex cliente. Aquí los tiene usted. La pieza, por lo demás, pertenece a la justicia.

El doctor Páncreas arrancó vivamente el objeto de las manos de Lafrita y exclamó:

—¿Cómo ha llegado esto a su poder? Necesariamente...

—Necesariamente soy yo el asesino, ¿no?—dijo Lafrita riendo—. En fin, no me lo agradezca usted... de tan calurosa manera. Es un regalito que le hago a usted.

—Tal vez sepa usted más de lo que dice... Por ejemplo, el nombre de la víctima.

—Dispense; pero hace un momento me ha dicho

usted que tenía mucha prisa y no quiero robarle tiempo... ¡Adiós, caballero!... Mañana podrá leer usted cosas muy interesantes en *El Gran Diario*... ¿No ha observado usted que la prosa del señor Lecoq es interesantísima?

Bajando las escaleras Lafrita se decía:

—¡No me había equivocado!... ¡Qué golpe la revelación del nombre de la víctima en el artículo de mañana! ¡El señor Bidasse quedará literalmente apabullado!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CAPITULO VIII

PRESENTACIÓN

LA tarde de aquel día tan fecundo en resultados Lafrita, al llegar a la Redacción, celebró una conferencia con el director de *El Gran Diario*. No quería, bajo ningún pretexto, emplear como intermediario al señor Bidasse, que no habría dejado de adornarse con plumas de ganso y recoger para sí todo el provecho del golpe de teatro que se preparaba.

El sensacional artículo de Lafrita debía ser compuesto a última hora, a fin de evitar indiscreciones, y el *repórter* se regocijaba por adelantado del estupor y de la rabia del señor Bidasse, jefe de la sección de «Crímenes y Sátiros», cuando leyera al día siguiente, al mismo tiempo que los seiscientos mil lectores de *El Gran Diario*, la importante noticia salvada de la rúbrica y de la autoridad del señor Lecoq.

Lafrita se sentía tan alegre a la idea de la jugareta de que sería víctima su tirano y lo que semejante éxito representaba para su carrera, que resolvió divertirse aquella noche, y al salir recogió en la caja una entrada para el Cristal Palace.

El Cristal Palace, como todo el mundo sabe, es un lujoso *music-hall* en el que se exhiben dos señoras soldadas entre sí por la base, y una de las cuales toca el violín, cosa ya de por sí enternecedora, mientras la otra mece a un niño, producto indiviso de ambas.

En la heráldica caballar ocurre, a veces, que la paternidad es indecisa entre dos productores; pero en cuanto a la maternidad la cosa es muy precisa, y en el *Stud Book* sólo figura una única madre. Esta sencilla comparación hará comprender cuán milagroso es el fenómeno que se puede admirar en el Cristal Palace.

En este *music hall* también se puede admirar un mono que se conduce en la escena como los hombres en su casa, y hombres que se conducen en el *promenoir* como los monos en sus jaulas del Jardín de Plantas.

Antes de ir al teatro, Lafrita decidió cenar en una de esas *brasseries*, tan eclécticas por el *menu* como por la clientela, en las que el parisién enterado puede, por una módica suma, hartarse de anchoas, de ternera, de porquerías variadas, mientras que, junto a él, el noble extranjero paga un poco más cara la botella de *champagne* y la sopa de

cangrejos... de ochenta a ciento sesenta francos, según las dimensiones del sombrero de la dama que le acompaña. Y mientras tanto, el *jazz* aúlla incesantemente, lo que dispensa a los comensales de toda conversación, con lo cual todo el mundo sale ganando.

Se encontraba Lafrita mano a mano con una *choucroute* bien guarnecida de legumbres, cuando llamaron su atención las risas un tanto ruidosas de mujeres, risas que iban acompañadas de un estrépito de vajilla rota. Volvió la cabeza hacia el lugar de donde venía el tumulto, y en aquel preciso instante sintió el paso de un proyectil que le rozó la frente. Al ver aplastarse el proyectil en el cráneo de un viejo sentado cerca de él, reconoció su naturaleza: era un huevo duro.

Los huevos duros surgían por docenas, y Lafrita tuvo la prueba de ello viendo volar a través de la sala un segundo y un tercero y un cuarto, etc., etcétera.

Era visible que su trayectoria buscaba al director de la orquesta, que, impasible, continuaba rascando su violín.

Pero la mayoría de los huevos fueron a estrellarse contra los espejos, y en los vasos de los comensales cayó una verdadera lluvia de pedazos de cáscaras.

Las mujeres redoblaron sus risas, y los camareros, con la servilleta al brazo y sonrientes, parecían encontrar aquel juego muy divertido.

El caballero viejo, cuyo cráneo y dignidad habían sido simultáneamente ofendidos, se levantó, rojo de cólera, con la servilleta en la mano, como un ministro que va a pronunciar un discurso al final de un banquete político.

Sólo pudo articular, mejor dicho, rugir, una palabra:

—¡Mozol!

—¿Qué desea, señor?... ¿La cuenta? ¡En seguida, señor!

—¡El encargado, que venga!

Llegó el encargado, con la sonrisa en los labios, y como el bombardeo continuaba, un huevo duro fué a estrellarse en el centro de su pechera. La sonrisa del encargado se acentuó e inclinóse como saludando la buena puntería del tirador.

—¡Esto es indigno!—dijo el viejo—. ¿Pero qué broma es ésta? ¿Es que admiten ustedes aquí borrachos y apaches?... ¡Llame a la policía y mande detener a esos individuos que...!

—¡Oh, caballero!—exclamó el encargado abriendo los brazos, con un gesto que era, a la vez, indulgente e indignado—. ¡Detener a lord Buckingham, el potentado inglés que nos hace el honor de ser cliente nuestro y venir aquí a distraersel

—¿A distraerse?

—Sí, señor. Su Honor es muy alegre y muy joven de carácter, busca distracciones deportivas y ha imaginado el tiro con huevos duros. Todas las noches viene hacia las ocho, desde hace una se-

mana; pide una fuente llena de huevos duros y abre el fuego contra la orquesta.

—¿Y toleran esto?

—Caballero—contestó el encargado como si empleara un argumento decisivo—, lord Buckingham da al terminar doscientos francos al jefe de la orquesta..., y la cuenta que paga en la caja, comprendido lo que rompe, no baja nunca de quinientos francos. También es muy generoso con el personal. Claro es que es muy original, pero se le puede dispensar..., mucho más si se tiene en cuenta que alegra y anima el restaurant.

El viejo no escuchó hasta el final esta apología. Tomó su sombrero y salió, luego de pagar su cuenta, pero sin dejar un céntimo de propina.

El encargado se dirigió entonces a Lafrita. En aquel momento había una suspensión de hostilidades, y este armisticio se debía a la falta de municiones. Un camarero corrió en busca de una nueva provisión.

—¿Lord Buckingham?—repetía Lafrita con aire escéptico y moviendo la cabeza—. Creo recordar... Espere...

—Ve usted...—dijo el encargado, triunfante.

—Sí, ya caigo. Lord Buckingham vivió hacia el año 1610, bajo el reinado de Carlos I de Inglaterra... Pero debe haber fallecido a estas horas.

—Tal vez sea otro—dijo un tanto molesto el encargado.

—¡Oh, no! Me extrañaría... Si existiera actual-

mente un lord Buckingham en Inglaterra, se sabía.

—Pero no está en Inglaterra, está aquí—explicó el encargado, molesto ante la lenta comprensión de aquel cliente—. Y la prueba es que nos está bombardeando con huevos duros.

Lafrita, poco sensible a este argumento, indiscutible sin embargo, se levantó y fué a ver, en el fondo de la sala, a aquel ilustre sucesor de milord de Arsouille, que se daba a conocer por los golpes que propinaba.

Desgraciadamente para Lafrita, lord Buckingham se encontraba en galante compañía, teniendo delante de él dos mujeres que llevaban unos sombreros que eran verdaderos jardines. El periodista apenas si pudo distinguir, entre los dos sombreros femeninos que ocultaban al personaje, un fragmento de rostro encarnado y la parte superior de un sombrero de copa que oscilaba de una manera verdaderamente rara.

Lafrita salió del restaurant, fumó un puro paseando por el *boulevard* y luego entró en el Cristal Palace. Desde el *promenoir* miró si había en el patio de butacas algún conocido y descubrió a quien menos podía sospechar.

En el fondo de un palco estaba el magistrado que había comenzado las diligencias cuando se descubrió el cadáver en Maisons, el que tan amablemente le había puesto en la calle; pero ahora mostraba una cara sonriente, libre de la seriedad profesional, una cara de hombre que ha cenado

bien. No estaba solo. Junto a él y ofreciendo a sus miradas un abundante descote, se encontraba una de las mujeres habituales del lugar. No era, ciertamente, la más bonita; pero sí, indiscutiblemente, la más gruesa.

El magistrado sabía emplear su dinero, pues por la misma cantidad tenía un volumen mayor... Y en esta ocasión había que reconocer que estaba abundantemente servido.

—¡Ah, el hipócrita!—pensó Lafrita—. Forma parte de la magistratura en activo; pero actualmente no hay duda de que está en expectación de destino y que aspira a ejercer sus funciones en la cama...

En aquel momento sintió Lafrita que una mano se apoyaba en su brazo y un fuerte perfume de trébol hirió su olfato.

Sin ni siquiera volverse, emitió un pronóstico justo.

—¿Eres tú, Josefina? ¡Qué pesada eres, hijal!

La joven a quien el periodista trataba con tanta familiaridad había sido la hija de la portera de Lafrita antes de hacer la felicidad de algunos parisienses y no pocos provincianos; pero desde que había adquirido cierto valor en alquiler, no había vuelto a ser hija de portera. Era hija de un capitán al que en tres años, por ascensos vertiginosos, hizo pasar de capitán retirado a general de división, pasando de la artillería de marina a la caballería ligera y de ésta al servicio aéreo, con una sorprendente facultad de adaptación.

Al apóstrofe de Lafrita contestó ofendida:

—No me llamo Josefina, me llamo Gab Estrella.

—¡Ah, sí, lo había olvidado!... ¿Y tu señor padre aspira a llegar pronto a ministro de la Guerra? Ya debe tener el Gran Cordón de la Legión de Honor. A propósito de cordón, debías interponer tu influencia para que tu madre tire más de prisa del de la puerta de la calle cuando me retiro por las noches.

—¡Cállate! ¡Qué groserial! Además, que me puedes causar mucho daño si oyera esas cosas lord Buckingham.

—¡Otra vez lord Buckingham!

—¿Lo conoces?

—¡Ya lo creo! ¿Qué clase de pájaro es?

—Lord Buckingham es un señor muy bien educado. No es en Francia donde se encuentran aristócratas como él... ¡Y tan generoso y tan distinguido! Todas las noches viene aquí y ofrece *cocktails* a las mujeres que tienen sed; las que no tienen, también manda que les sirvan *cocktails* y lleva la galantería hasta beberse los él mismo.

—¿Y hay muchas mujeres que no tengan sed?

—¡Oh! Viene a beberse una docena de *cocktails* de los que dejan, sin contar los que se hace servir para él.

—¡Caramba!

—Y no es nada orgulloso. Es un verdadero *gentleman*. Tiene una cuadra de caballos. Tal vez lo conozcas...

Lafrita comenzaba a divertirse. Al mismo tiempo

le intrigaba la personalidad de aquel bromista que estaba tomándole el pelo a todo el mundo.

—¿Una cuadra de caballos?... ¡Ya lo creo que la conozco!

—Y, además, nos da a conocer martingalas para ganar en las carreras. ¡Martingalas verdad!... Y tiene un «yachte» de vapor... Nos ha invitado a hacer un crucero a Egipto... ¡Y está chiflado por mí! ¡Hasta habla de abandonar a su familia para casarse conmigo!

—Son cosas que suelen ocurrir—dijo Lafrita seriamente.

—¡Yo, lord...! Ahora que pienso, ¿cuál es el femenino de lord?

—Lady.

—Bueno, no me tomes el pelo ni me digas patrañas. No me engañas fácilmente. Yo no sé mucho inglés, pero tal vez sepa tanto como tú. ¡A ver si me tomas por primo!

Gab Estrella sabía recordar, llegado el momento, con su vocabulario, que había nacido en una portería... Pero de pronto cayó su cólera y agarró por el brazo a Lafrita.

—¡Miralol! Ahora entra lord Buckingham... ¡Ah, qué acémilal! ¡Viene con mujeres! ¡Como si no pudiera estar seguro de que aquí encontraría más de las que le hacen falta!...

Entre las dos mujeres de primaverales sombreros que Lafrita reconoció por haberlas visto en el restaurant en que cenó, avanzaba el inglés, borracho

como una cepa y sosteniéndose en pie gracias a sus dos compañeras, que, como dos vigorosas cariatides, le sostenían por los brazos.

Al ver al pretendido lord Buckingham, que ahora aparecía en plena luz, Lafrita lanzó un grito de estupefacción y, seguidamente, dejándose caer en una silla que, por fortuna, había colocado la Providencia exactamente detrás de él, prorrumpió en una carcajada homérica, inextinguible.

—¡Oh!—dijo el inglés dirigiéndose hacia el reportero, no obstante los esfuerzos de sus abnegadas compañeras—. Usted ser un divertido y yo también ser un divertido.

Y con la entonación exacta de los *clowns* en los circos:

—¿Querer usted se divertir con mí?

—Me parece muy bien—contestó Lafrita secándose los ojos—. ¿Pero qué distracción piensa ofrecerme? Aquí no hay fuentes llenas de huevos duros. Y además nos pondrían de patitas en la calle...

—¡Aahl!—dijo el inglés—. Haber aquí un truco divertido...

Y con un gesto de borracho señaló una de esas estatuas de dinamómetro que se encuentran en todos los lugares de recreo y que representan un negro que lleva en la grupa un tope sobre el cual los aficionados pueden, mediante diez céntimos, aplicar una vigorosa patada. Si ésta es lo bastante fuerte, el negro suena, y un cuadrante colocadó un poco más arriba registra la victoria del atleta.

—¡Una distracción muy aristocrática!—dijo Lafrita volviéndose hacia todas aquellas mujeres, que asintieron con graciosas sonrisas.

—Yo apostar dos docenas de *cocktails* a que yo dar más fuerte—decidió lord Buckingham.

Pero cometió la imprudencia de abandonar sus protectoras y avanzar solo hacia el negro con propósitos amenazadores, y apenas intentó levantar el pie, se inclinó hacia atrás y se cayó al suelo cuan largo era.

Mientras le levantaban se le ocurrió a Lafrita una idea diabólica. Acababa de ver al magistrado que conoció en Maisons-Laffitte, el cual, aprovechando un entreacto, había salido del palco que ocupaba, y fumaba un cigarro, de espaldas a Lafrita y en una posición... exacta a la del negro.

—Ese negro no es nada divertido—dijo el reportero a lord Buckingham cuando consiguieron levantarlo—. Hay que probar con un hombre de verdad que la empresa del Cristal Palace pone a disposición de los aficionados.

—¿Ser verdad?

—Ya lo creo, hay un empleado especial para esto; soporta los golpes y cuando están bien dados toca una campana. ¡Mírelo! ¡Es ese hombre que está delante de usted, ese que fuma un cigarro!... ¡Vaya, comience! No tenga miedo a caerse, apóyese en mí... ¡Cuidado! ¿Listo? Pues a... a la una, a las dos, a ¡las tres!... ¡Duro! ¡Bien dado! ¡Bravo!

El magistrado, desplazado primero por la formi-

dable patada que había recibido en el trasero, volvió hacia lord Buckingham, una vez recobrado el equilibrio, su otra cara más estupefacta que furiosa.

—¡Qué monada! ¡Pero qué monada!—acabó por decir.

—¿Verdad que sí?—dijo Lafrita, que no procuraba disimular su alegría.

—¡Entonces... usted... sonar... la campana!—ordenó lord Buckingham, que tenía conciencia de haber trabajado bien.

El magistrado, sorprendido al principio, había encontrado ya las palabras para lanzar una catilinaria.

—¡Es intolerable! ¿En qué país estamos? ¿En qué tiempos vivimos?... Hace dos horas, en el restaurant, un apache se entretenía arrojando peligrosos proyectiles, cuyo blanco era el cráneo de honradas gentes, y yo he estado a punto de ser una de las víctimas...

—¿Entonces era usted?...

—Y ahora, en un espectáculo público soy víctima de una agresión incalificable... malos tratos de obra...

—A un magistrado en el ejercicio de sus funciones—dijo Lafrita señalando a la voluminosa señora que se encontraba junto al agredido.

El magistrado se puso colorado.

—¿Y a usted quién le da vela en este entierro? Lafrita adoptó un aire muy digno.

—Permítanme, caballeros. Todavía no les he presentado a ustedes, y aunque sólo sea por esto, mi intervención está justificada... y hasta es necesaria.

Y designando al magistrado:

—El señor Procurador de la República, que, con motivo del crimen de Maisons-Laffitte, realizó un trabajo magistral.

—El señor Simons, la víctima del crimen de Maisons-Laffitte... El señor Simons, cuyo cadáver fue identificado gracias a la inteligente investigación del doctor Boudon... El señor Simons, mozo de cuadra al servicio del entrenador Hexam e, interinamente, noble inglés, para mayor honor de estas damas.

Todas ellas se miraron desconcertadas. El magistrado se preguntaba si no era víctima de una broma y si no iba a terminar todo con una nueva lluvia de huevos duros sobre su cráneo y patadas en su trasero.

Pero la actitud del pretendido lord Buckingham era muy significativa. Se echó a reír de una manera estúpida y murmuró:

—Sí, yo ya no poder hacer el lord... moneda acabarse... tener que volver a la cuadra.

Luego, recordando vagamente que le habían presentado a alguien, se adelantó hacia el magistrado tendiéndole la mano.

—¡Buenos días! ¿Estar usted bien? Yo, bien; gracias.

El magistrado, cuando se hubo convencido de la realidad de la aventura, se volvió hacia Lafrita.

—¡Pero entonces no hay que dejar escapar a este individuo!

—¡Eso es! Tenía la seguridad de que se le iba a ocurrir semejante idea. ¡A usted sólo se le ocurre meter a todo el mundo en la cárcel... Lo más natural es que pongan en libertad a ese infeliz Bicard, que no ha matado a nadie. ¿Pero por qué quiere detener a este pobre diablo, que sólo es culpable de haber corrido algunas juergas?... Otros hay que van de juerga... ¿no le parece?... ¿O es que quiere usted meterle en la cárcel para castigarle de no haber sido despedazado?

El magistrado se cogió la cabeza con ambas manos.

—¿Pero quién, quién es entonces el asesinado? ¿De quién es el cuerpo encontrado en el Parque de Maisons-Laffitte?

Lafrita le miró fijamente.

—Yo se lo diría; pero usted no me creería... ¿Sí?... Por ensayar nada se pierde... Pues bien, el cadáver despedazado del Parque de Maisons-Laffitte es el del conde Lardillon de Lestrivière... ¿Se encoge usted de hombros? Yo le he dicho que no me creería...

SEGUNDA PARTE

¡La suerte está echada!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

CAPITULO PRIMERO

EL SEÑOR LECOQ RECIBE UNA VISITA

EL señor Bidasse, con la mímica de una mujer bonita que contempla su rostro en un espejo, corregía las pruebas de su artículo para *El Gran Diario* y las leía en alta voz, lo que tenía la doble ventaja de fastidiar a los redactores, que intentaban inútilmente trabajar, y de incitarles, por contagio, a cometer faltas de francés.

«*El Gran Diario*, en su última hora de ayer, reveló a la justicia y al gran público la verdadera identidad de la víctima del crimen de Maisons-Laffitte. Y este golpe de teatro no hace más que aumentar el horror de un drama que recuerda las más trágicas concepciones de Esquilo, Leibnitz y Andrés de Larde, digno sucesor de estos dos trágicos griegos.

El conde Lardillon de Lestrivière, que acaba de encontrar involuntariamente (*la propiedad de los*

adverbios que empleaba el señor Bidasse era siempre admirable) una muerte digna del Gran Guignol bajo el cuchillo sangriento de un Fualdés desconocido (*Fualdés era el nombre de un señor asesinado ha tiempo; pero el señor Bidasse lo escogió, de una vez para siempre, como prototipo del criminal*), era una de las más nobles y simpáticas figuras de la aristocracia parisién.

Apenas si tenía sesenta años, y su carrera comenzaba bajo los más brillantes hospicios (*textual*). Desde su primera infancia le destinaron sus padres a la diplomacia, y este proyecto empezó a realizarse con las largas temporadas que el joven aristócrata pasó en el extranjero, sin que le arredraran los climas más diversos, pues pasaba con la mayor facilidad de Ostende a San Sebastián y de San Sebastián a Montecarlo. Estos lejanos viajes, que revelaban en él un heroico espíritu de aventuras y una tenacidad sin igual para plantar en todas partes el pabellón francés, le aguirrieron, pero debilitaron su salud. Entonces buscó y encontró la felicidad íntima, el dulce calor del hogar, y se casó, hacia los cuarenta años, con la señorita Lucía-Benoit-Durand, hija del gran fabricante de tapiocas... A este propósito no queremos dejar de recomendar a nuestros lectores las tapiocas Benoit-Durand, de las que nuestro excelente colaborador Amadeo Gantrille muestra, en la tercera plana de este número, las virtudes nutritivas y laxantes a la vez.

Inmediatamente después de casado, el conde Lardillon de Lestrivière consagró exclusivamente al mejoramiento de la raza caballar la gran inteli-

gencia que el cielo le había concedido y la cuantiosa fortuna que le aportó su mujer.

Gracias a sus cualidades excepcionales, unánimemente reconocidas, no tardó en ser nombrado comisario de la Sociedad Hípica del Sena. Para aquellos de nuestros lectores no iniciados en los misterios de las carreras (*como se verá, todo el mundo no puede poseer, sobre este particular, la misma competencia que el señor Bidasse*), diremos sumariamente en qué consisten las funciones de comisario de una gran Sociedad de carreras.

Un comisario tiene que pesar los caballos; cuidar de que los *jockeys* no excedan de cierta estatura máxima; bajar la bandera cuando salen los caballos; decidir el orden de la llegada de éstos a la meta; poner a los empleados de las Apuestas Mutuas al corriente de lo que deben cobrar y pagar; inscribir los ganadores; recibir al Presidente de la República cuando honra con su augusta presencia las carreras, e ir haciendo avanzar los coches cuando ha terminado la fiesta.

Aplastado por tal cúmulo de deberes y responsabilidades, podía decirse que el conde Lardillon de Lestrivière ha muerto, en plena brecha, en el campo del honor. Porque ha sido en Maisons-Laffitte, cerca del Hipódromo, en el corazón del centro de entrenamiento, donde ha sucumbido como un héroe.

Las exequias del conde Lardillon de Lestrivière tendrán lugar mañana, a la una. Las personas que no hayan recibido invitación para asistir a ellas quedan advertidas por el presente aviso.»

A continuación de este artículo necrológico, tan elegantemente hilvanado, el señor Bidasse relataba con todo detalle los hechos que *habían proyectado un resplandor de claridad en el sombrío drama*. Claro está que el encuentro del procurador de la República con el mozo de cuadra Simons lo refería a su manera:

«El señor Josse, procurador de la República, retenido hasta muy tarde en su despacho por deberes profesionales, pasaba anteayer por los grandes bulevares cuando sintió llamada su atención por un individuo de aspecto sospechoso que iba acompañado de dos hetairas. Con sorprendente sagacidad, y aunque jamás había visto a aquel individuo, el magistrado adivinó que se encontraba ante el mozo de cuadra Simons, y arrojándose sobre él, y no obstante una feroz resistencia, consiguió dominarle.»

Del papel de Lafrita, ni una palabra.

«Entretanto, siguiendo una acción paralela, y gracias a los informes proporcionados por el gran dentista Spencer, 127, *chaussée d'Antin* (extracciones sin dolor por el *bionçol* musical, de dos a siete; aurificaciones garantizadas), los ilustres doctores Páncreas y Boudon comprobaban que, desgraciadamente, no era posible duda alguna, y que se encontraban indiscutiblemente ante los restos mortales del conde Lardillon de Lestriivière.

Pretender describir la alegría de la viuda de Si-

mons sería empresa imposible... ¡Pero otra viuda queda ahora sumida en la aflicción!

El barón de Ripolin, yerno del conde asesinado, ofrece una prima de 20.000 francos a la persona que descubra al asesino.

El señor Bicard de *Buif*, el simpático negociante sobre el cual habían recaído por un momento las sospechas, sospechas infundadas, y cuya alta e innegable honorabilidad hemos proclamado nosotros desde el primer momento, ha sido puesto en libertad. Desde aquí le enviamos nuestras felicitaciones.

El misterio cubre todavía los móviles del asesinato y nadie puede decir el nombre del asesino. Sin embargo...

Y el señor Bidasse escribió la acostumbrada coletilla final:

... sin embargo, se puede suponer, sin afirmarlo, que el asesinato del conde Lardillon de Lestriivière fué el epílogo de un drama pasional o de un asunto de costumbres contra natura.»

—Creo que así no queda del todo mal—dijo satisfecho el señor Bidasse, al mismo tiempo que de la redacción salía un murmullo de admiración—. Sin embargo, habría que ilustrar este artículo. Pondremos el retrato de las dos hetairas... A propósito: Lafrita nos refirió ayer la historia de la prodigiosa cantidad de huevos duros comida por Simons en un *restaurant* de los bulevares. Deberíamos repro-

ducir la fotografía de la fuente en que se los servían. El hecho lo relataremos en la sección de sucesos y lo guardaremos para aplicarlo a un próximo crimen.

El señor Bidasse tenía una capacidad extraordinaria de invención. En la cámara obscura que le servía de cerebro, los clisés más sencillos y claros se revelaban de una manera que sólo daban pruebas imposibles de reconocer.

No es que el señor Bidasse tuviera imaginación, pues no inventaba nada; pero era maravillosamente tonto. Comprendía poco, y lo que comprendía lo comprendía mal.

Debido a esto, ocupaba una envidiable situación dentro del periodismo... por lo menos dentro de ese periodismo creado por *El Gran Diario*.

El señor Bidasse, inconsciente de su curiosa enfermedad mental, enfermedad que podría definirse como una «hipertrofia de la ausencia de cerebro», saboreaba su triunfo literario, cuando un ordenanza entró en la sala de redacción.

—Preguntan por el señor Lecoq...

—¿Qué desean?—preguntó el señor Bidasse—. ¿Apaches? ¿Crímenes? ¿Sátiros?

El ordenanza le tendió un pedazo de papel muy sucio, en que había escritas estas palabras:

Alfredo Bicard, martingalista, que viene expresamente de Versalles, en donde ha dejado al juez en

excelente salud, desearia tener una breve explicación con el señor Lecoq.

—Esta visita concierne a Lafrita; que lo reciba él—propuso uno de los reporteros.

—¡De ninguna manera! Lafrita meterá de nuevo la pata. El crimen de Maisons-Laffitte es muy importante y requiere que me ocupe yo personalmente. Voy a recibirle yo mismo.

Y el señor Bidasse, precedido de su glorioso vientre, se dirigió al salón de visitas en donde nuestro amigo *Buif*, instalado en un sillón de cuero, leía *La Suerte*, mientras esperaba la llegada del cliente, como irrespetuosamente llamaba al jefe de la sección de «Crímenes y Sátiros».

—¿De modo que es usted el señor Lecoq?—preguntó Bicard mirando de arriba a abajo al señor Bidasse.

—Sí, amigo mio, soy yo... ¿Qué desea usted? Sea breve porque tengo prisa.

¡Vaya con el señor Lecoq! ¡No presenta usted mall! ¡Se conoce que su oficio le produce para cuidarse bien! Nunca habrá probado usted el rancho de la cárcel de Versalles, ¿verdad? Estoy seguro de que prefiere algo mejor... ¡Pues yo me he atracado de rancho durante tres días, y como si tal cosa! Sin embargo, creo que le gustaría a usted. Es cuestión de entrenamiento. Como dice *La Suerte*, la grasa no es músculo.

Los ordenanzas reían. No podían ver al señor

Bidasse, el cual les molestaba constantemente, les trataba de una manera insolente y jamás les daba un céntimo de propina. El señor Bidasse se sentía inquieto y comenzaba a arrepentirse de no haber enviado a Lafrita.

—¡Al grano! ¿Qué desea usted?

—Señor Lecoq—dijo lentamente Bicard sacando de su bolsillo un número de *El Gran Día* to—, es usted quien ha escrito en este papelucho que yo era uno de esos vagabundos siniestros que pululan por París; usted es quien ha dicho que yo era un reincidente peligroso; usted es quien ha asegurado que siendo niño ataba los ratones muertos al cordón del llamador de la puerta... Señor Lecoq, todo eso son mentiras inventadas por usted para interesar al público. Señor Lecoq, he venido para decirle que eso y mucho más es usted.

—Poco a poco—dijo el señor Bidasse precipitadamente—; todo eso ha sido desmentido, y es como si no se hubiera dicho. Ya verá usted en el número de mañana. Le damos a usted un bombo, señor Bicard.

—Todo eso está muy bien; pero yo he sido tratado como el peor de los criminales, molestado por el juez, y encerrado en un calabozo el día que se corría el Gran Premio de Tremblay, en el que pensaba jugar precisamente al caballo ganador; pero como las Apuestas mutuas han olvidado de instalar taquillas en la cárcel de Versalles, dejé de ganar 75 francos, y todo esto no lo perdono.

—Créame que lo siento—dijo cortésmente el señor Bidasse.

—No, si yo he perdonado al juez—contestó *Buif* haciendo un gesto de magnanimidad—. Su oficio es encerrar a las personas, y como el pobre hombre trata mucho con apaches, pues ha acabado por perder todo sentido moral; pero es su oficio y tiene que vivir de él y hacer vivir a su familia... Si no encerrara a las gentes no podría ganarse la vida. El Gobierno le paga para eso... Pero a usted hay una cosa que no le perdono, señor Lecoq: el que haya dicho usted que yo daba malos tratos a mi esposa, que había querido obligarla a... y no sé cuántas cosas más... Y he venido para facilitar el asunto y que usted no se tenga que molestar...

—¿Molestar...?

—En venir a pedirme perdón—concluyó *Buif* con noble sencillez.

—¡Pedirle perdón!—repitió el señor Bidasse indignado.

—¡Clarol Porque se necesita ser un rematado canalla para... calumniar a las gentes y creer que eso no tendrá consecuencias.

El señor Bidasse juzgó que la discusión pública había durado bastante para él y para la distracción del auditorio, que parecía muy divertido.

—Venga, amigo mío—dijo a *Buif*—; aquí no estamos bien para hablar, estamos en el paso.

Y llevó a Bicard a un despacho reservado a las visitas, en el que penetraron ambos.

—Es un malentendido—decía al entrar amable y conciliador el señor Bidasse—, una mala interpretación... ¡Vamos a arreglar el asunto!

Los ordenanzas dieron libre curso a su hilaridad.

—¡Me parece que se le prepara una buena!—dijo uno de ellos.

—¡Escuchad, escuchad! ¿Qué pasa ahí dentro?—preguntó otro.

En el despachito en que se habían encerrado el señor Bidasse y *Buif* se oían una voz irritada que alternaba con otra suplicante.

Luego, el ruido cambió, y oyóse algo así como la caída de un pesado cuerpo, seguida de golpes sordos y regulares...

—¡Si parece que están sacudiendo un tapiz!

—¡Vamos a ver qué es lo que ocurre? No debe ser cosa buena...

—¡No te muevas, desgraciado!... Creo que es Bidasse, que está recibiendo lo suyo, y sería una lástima interrumpir la sesión... Además, si tiene necesidad de nosotros, que llame: para eso está el timbre.

En aquel momento se abrió la puerta. Primero apareció *Buif*, cuyo rostro parecía el de un *jockey* vencedor entrando en el peso después de ganar una reñida carrera... es decir, que estaba muy encarnado, jadeante y radiante. Luego siguió el señor Bidasse, que parecía andar con dificultad, y uno de cuyos ojos, hinchado y medio cerrado, prometía una próxima policromía.

—Es un malentendido, un pequeño malentendido—explica de nuevo ante las sonrisas burlonas de los ordenanzas.

—Sí; pero ya está arreglado—añadió *Buif*—. Así es mejor que un proceso por difamación. Si la ocasión se vuelve a presentar de nuevo, no olvide que le guardo lo mismo, y si ha quedado contento, comuníquelo a sus amigos y conocidos... ¡Ah!—añadió al salir, pero con un tono tal que el señor Bidasse retrocedió temiendo una nueva ofensiva—, y haga el favor de no olvidar el sueltcito convenido referente a mi esposa.

El señor Bidasse volvió a la sala de redacción, se sentó en su sillón (este sencillo movimiento le arrancó un grito de dolor) y cogió las pruebas de su artículo. Con mano febril añadió las siguientes líneas:

«Un error tipográfico nos hizo decir hace unos días que el señor Bicard de *Buif* estaba separado de su esposa. Nuestros lectores habrán rectificado ellos mismos este error. Nos complacemos en reconocer que la unión y la paz jamás ha dejado de reinar en este feliz matrimonio.»

Seguidamente se le ocurrió una idea, y llamando a un ordenanza le dijo:

—¿Ha visto usted a ese hombre que ha venido a molestarme hace un momento? Si vuelve, nunca estaré para él.

Lafrita, que estaba allí desde hacía un momento escribiendo un suelto en uno de los extremos de la mesa, dijo indiferente:

—¿Le han sableado? ¡Esos sablistas! ¡Qué plagal
En las salas de redacción las paredes oyen, y
Lafrita estaba ya al corriente de lo ocurrido.
Era su oficio estar bien informado...

CAPITULO II

ORACIONES FÚNEBRES

CONDUCIÁN a su última morada al conde Lardillon de Lestrivière, o por lo menos, a lo que había quedado de él. Era un gran entierro, un lujoso entierro de primera clase. Como el difunto había, en vida, amado mucho a los caballos, engancharon seis a su carroza fúnebre.

La carroza iba literalmente cubierta de coronas, ornadas con las más halagadoras inscripciones. Una corona de la Sociedad Hípica del Sena, «A su fiel comisario»; una corona ofrecida por los empleados de las Apuestas mutuas; una corona del Ministerio de Agricultura, «Al eminente mejorador de la raza caballar, al distinguido adductor de nuestras aguas potables»; una corona de *El Gran Diario*, que aprovecha la ocasión de un reclamo magnífico (el pobre conde soportaba sobre su carroza fúnebre esta invitación, apenas disimulada: «Leed todos *El Gran Diario*»).

Lafrita, que estaba allí desde hacía un momento escribiendo un suelto en uno de los extremos de la mesa, dijo indiferente:

—¿Le han sableado? ¡Esos sablistas! ¡Qué plagal
En las salas de redacción las paredes oyen, y
Lafrita estaba ya al corriente de lo ocurrido.
Era su oficio estar bien informado...

CAPITULO II

ORACIONES FÚNEBRES

CONDUCIÁN a su última morada al conde Lardillon de Lestrivière, o por lo menos, a lo que había quedado de él. Era un gran entierro, un lujoso entierro de primera clase. Como el difunto había, en vida, amado mucho a los caballos, engancharon seis a su carroza fúnebre.

La carroza iba literalmente cubierta de coronas, ornadas con las más halagadoras inscripciones. Una corona de la Sociedad Hípica del Sena, «A su fiel comisario»; una corona ofrecida por los empleados de las Apuestas mutuas; una corona del Ministerio de Agricultura, «Al eminente mejorador de la raza caballar, al distinguido adductor de nuestras aguas potables»; una corona de *El Gran Diario*, que aprovecha la ocasión de un reclamo magnífico (el pobre conde soportaba sobre su carroza fúnebre esta invitación, apenas disimulada: «Leed todos *El Gran Diario*»).

Pero lo que más se destacaba entre todas aquellas magníficas flores era una horrible corona de florecillas amarillas, una corona de dos francos, enviada por *Buif*.

Buif no cedió y exigió que su regalo fuera colocado en medio de los otros. Todo lo que de él pudo obtenerse es que suprimiera la inscripción en grandes letras que había hecho poner, y que rezaba:

A MI VÍCTIMA

Al entierro asistió numeroso público. Todos los propietarios de toda edad, sexo y rango, se creyeron obligados a seguir el féretro desde la casa mortuoria, en San Pierre-de-Chailot, al cementerio del Père Lachaise, siguiendo las fortificaciones. Nadie se retiró y, hasta para esta especial circunstancia, el ministro de Agricultura había obtenido de su colega el ministro del Interior una medida de clemencia en favor del señor Legre-Ducercle, el simpático propietario del célebre caballo *Filósofo*, que veraneaba en la cárcel y que fué puesto en libertad antes de cumplir su pena. Mientras le llegaba el día de formar parte de una comitiva destinada a Cayena, figuraba en la del entierro del conde Lardillon de Lestrivière. El entierro hubiera sido una de las reuniones mundanas más cumplidas y alegres de la temporada, sin una desgraciada circunstancia que comprometió su éxito.

En efecto, la familia, de acuerdo con la casa Bornigolle (que tenía un verdadero interés comercial en que la ceremonia se desarrollara con pompa ante el mayor número posible de espectadores), había fijado las exequias para la una de la tarde. Dado que los artistas de más renombre de la Ópera debían cantar durante la ceremonia religiosa los trozos más largos de su repertorio; dado que de la iglesia al cementerio el trayecto era considerable, no era posible llegar al Père Lachaise antes de las tres y media. Y una vez allí había que aguantar todavía un discurso del presidente de la Sociedad Hípica del Sena, otro del representante del ministro... otro del de los *jockeys*... Nadie se atrevería a abstraerse... Las conveniencias mundanas son imperiosas, y los asistentes estaban allí para vigilarse los unos a los otros.

En vista de todo esto, la ceremonia duraría hasta las cuatro, por lo menos, y, precisamente, el día en que enterraban al conde Lardillon de Lestrivière había carreras en Longchamp.

La mayoría de los propietarios que asistían al entierro tenían caballos inscritos en el Bosque de Bolonia, y todos los *sportsmen* habrían de renunciar a vigilar sus intereses y a ver correr sus caballos. Estos cuidados preciosos habían sido dejados en manos amigas o mercenarias, y todo el mundo sabe que en las carreras hay que desconfiar de las manos mercenarias, y mucho más de las amigas.

Esta era la razón de que todos los asistentes se sintieran nerviosos.

El asesino del conde de Lestrivière no tenía lo que se llama una buena Prensa, y hasta se censuraba un tanto al conde de Lestrivière por haberse dejado cortar en pedazos, y especialmente por hacerse enterrar mientras los caballos corrían en Longchamp. Era una falta de tacto.

—¡Qué fastidio! ¡Pero qué fastidio!—gruñía el viejo barón de Santa Flor, que cojeaba lastimosamente—. Mi entrenador, que es un cretino, no sabrá dar instrucciones razonables a Weggs para la carrera en que toma parte mi caballo. Una vez más, Weggs saldrá el primero y llegará el último, en vez de tomar ventaja en los últimos cien metros... ¡Cuando uno no vigila!...

—¡Ya lo creo!—contestó Rignol-Leroux—. El conde de Lestrivière era un hombre encantador, pero realmente...

—¡Cómo! ¿Viene usted provisto de un devocionario para seguir el oficio religioso?

—No; son mis gemelos de carreras, que oculto en el bolsillo interior de mi abrigo... Tenía intención de evadirme... Tal vez en un auto aún pueda llegar para la tercera carrera.

—Se notaría su ausencia y quedaría usted descalificado... Pero tendremos noticias... He dado orden para que me envíen el resultado carrera por carrera.

—¿Por telegrafía sin hilos?

—Por ciclistas especiales. He dejado indicado el itinerario. Dígame, ¿no es el señor Muller, el *handicapeur* de la *Sociedad Hípica*, el que va delante de nosotros?

—Sí. Sostiene una interesante conversación con el joven Saint-Ernest, al que hace la corte para el próximo *handicap*. ¡Qué intrigante es ese hombre! Siempre encuentra el medio de que le den pesos ventajosos. Sus caballos siempre se conducen de una manera vergonzosa.

—No ganan nunca.

—Porque él no quiere.

—Entonces es que no le interesa ganar y, en ese caso, no sé por qué se toma tanto trabajo para conseguir pesos de favor.

El barón de Saint-Flour, en vez de contestar a esta observación embarazosa, dejó al señor Rignol-Leroux y maniobró para aproximarse al señor Muller.

El *handicapeur* de la Sociedad Hípica había conseguido librarse del joven Saint-Ernest, pero era impotente contra el nuevo asaltante.

Claro está que estas maniobras se hacían discretamente. Todos eran gentes bien educadas; el cortejo seguía en un orden perfecto, edificante. Las personas que cambiaban de sitio lo hacían sin empujar, mediante sabios deslizamientos, escabulléndose entre las filas, de suerte que los transeuntes, al descubrirse ante el féretro, estaban persuadidos de que el acompañamiento sólo hablaba de las vir-

tudes del difunto, y se maravillaba de los numerosos amigos que tenía el conde Lardillon de Lestri-
vière.

—¡Buenos días, señor Muller!— dijo el barón de Saint-Flour—. Felicito a usted por el éxito del *handicap* de Pont-Euxin. ¡Cuatro caballos triunfantes! ¡Qué éxito!... Todas mis felicitaciones, tanto más desinteresadas cuanto que retiré mi caballo, inmediatamente que se hicieron públicos los pesos. Entre nosotros, se le corrió a usted la mano con mi pobre *Dromadaire*... ¡Se puede decir que le puso usted fuera de toda posibilidad de correr!...

—¡Qué triste fin ha tenido este pobre conde Lardillon de Lestrivière!—respondió el señor Muller, determinado a hacerse el desentendido.

Pero el barón de Saint-Flour no se desanimó.

—Después de todo, *Dromadaire* ha ganado en total un premio de cuatro mil francos este año, y no veo por qué usted le puso cincuenta y cuatro kilos, mientras que, por ejemplo...

—¡Oh, oh!—dijo el señor Muller extendiendo delante de sí su mano enguantada—, me parece haber sentido una gota de agua. Nos vamos a mojar antes de llegar al cementerio...

—Precisamente. Es lo que yo iba a decirle. *Dromadaire* no corre bien en terreno húmedo... Espero que para el premio de *Gros Caillou*, cuyos pesos no se han hecho públicos todavía, usted...

—¿Es el señor de Ripolin, yerno del pobre conde, quien preside el duelo? Me han dicho que ofre-

ce veinte mil francos de recompensa a quien descubra al asesino.

—¡Ya son algo veinte mil francos! Una bonita suma para un *handicap* y para el presupuesto de un propietario de cuadras comido por los gastos. Es muy duro de renunciar por anticipado a toda esperanza de participar en el *handicap* a causa de una severidad injustificable de parte del *handicaper*...

El pobre señor Muller, completamente desamparado, iba a ceder para librarse de aquel pelma y hacerle una de esas promesas que arrastran en un engranaje fatal al imprudente que las hace, cuando vió, cerca de él, al doctor Boudon. El doctor Boudon, correcto y frío, tieso como un autómatas, parecía llevar siempre bajo la axila un termómetro.

Muller se asió—en el sentido literal de la palabra—a esta tabla de salvación, y con voz clara, pero de un tono confidencial que obligó a eclipsarse al barón de Saint Flour.

—Doctor, un consejo. La comida me repite, particularmente cuando abuso de los rábanos. Además, los intestinos...

Ahora el señor Muller estaba ya fuera de peligro. Varios propietarios de cuadras que corrían hacia él juzgaron inútil prolongar su esfuerzo, y el *handicaper* pudo llegar al cementerio sin nuevas amenazas.

Entretanto, el señor Legre-Ducercle, el simpático propietario de *Filósofo*, no perdía el tiempo. Daba noticias de su salud a gentes que no le pregunta-

ban nada y refería su reciente viaje a Oriente a otros que sabían muy bien que acababa de salir de la cárcel aquella misma mañana. Recogía adhesiones para un gran club del que, según decía, le habían nombrado presidente, y en el cual se jugaba fuerte todas las noches. Legre-Ducercle había comenzado su carrera presidiendo partidas que se jugaban con tres cartas debajo de un paraguas abierto y nada había perdido de su destreza para el escamoteo desde que se vestía de frac para operar. Había progresado, nada más. Gracias a ciertas relaciones preciosas que supo utilizar, viajaba ahora en auto, entre dos policías de la brigada mundana, en ciertas horas difíciles de su vida, en vez de ir en el coche celular entre dos groseros agentes. Además, en la cárcel, siempre ocupa una celda en el departamento de políticos.

Inmediatamente después del coche fúnebre iban dos sepultureros que parecían correctos y silenciosos (no es por hacer un reclamo a la casa Boringolle, pero he de decir que sus empleados son imponentes y correctos hasta el extremo de que es un verdadero placer que le entierren a uno personas tan concienzudas).

En realidad los dos sepultureros hablaban como el resto de la comitiva. Gracias a un largo entrenamiento, los sepultureros consiguen hablar sin abrir la boca y sin que se les oiga. Exteriormente no se nota nada y, desde el punto de vista de las conveniencias, es lo mismo que si no hablaran.

He aquí lo que decían los sepultureros:

—Yo he jugado en la taberna 2,50 ganador y 2,50 colocado.

—¿A *Teorema*?

—Desde luego; ganará seguramente. Se lo he oído decir a Hexam mientras sacábamos el féretro. Estaba borracho perdido y por eso se ha ido de la lengua...

—¡Claro! Un entrenador no descubre así como así las martingalas, a menos que esté borracho... También podía haber escogido otro día para empuñar el codo...

—Para las gentes honradas todos los días son buenos... A propósito: ¿has visto a la mujer de Hexam? ¡Qué cara! Si parecía ella la viuda...

—Eso dicen—afirmó el otro sepulturero con dignidad—. Una persona de tacto no se habría dejado ver...

—¡Mucho ojo!

El representante de la casa Boringolle volvía, en efecto, la cabeza y comprobó con satisfacción la actitud irreprochable de sus dos empleados, que, observando el más decente mutismo, marchaban con la cabeza baja, vigilando atentamente la progresión alternativa de sus pies calzados con groseras botas.

—¿Crees que pagará bien *Teorema*?—preguntó el primer sepulturero cuando el representante volvió la cabeza al otro lado en el que se encontraban ya su pecho, su abdomen y los dedos de sus pies.

—Su triunfo lo pronostican muchos periódicos. Creo que pagará unos veinte francos y hasta tal vez menos, porque la taquilla de cincuenta francos vende billetes como si todo el mundo estuviera en el secreto. Yo habría jugado más de un duro si los negocios marcharan bien; pero esta semana los clientes han sido tacaños. Las propinas han sido insignificantes. ¡Si parece que se llevan el dinero a la sepultura!

—¡Que la tierra les sea level!

Los sepultureros de la casa Boringolle no eran los únicos a quienes interesaba *Teorema*. Corría una enorme martingala, a propósito de este caballo, entre todos los asistentes al entierro. Comenzó a divulgarse a la una de la tarde, a consecuencia de una frase pronunciada por el entrenador Hexam, en tono más alto del que las circunstancias permitían, durante la ceremonia religiosa. Esta frase circuló inmediatamente de boca en boca con acompañamiento del órgano y música del *Dies iræ*, lo que demuestra que preocupaciones muy profanas franquean, a veces, el umbral de las iglesias y, por otra parte, que el becerro de oro continúa en pie.

A partir de aquel momento, los asistentes, imposibilitados por los motivos expuestos anteriormente de ir personalmente a las taquillas de Longchamp, habían despachado hacia el bosque de Bolonia rápidos emisarios portadores de sumas importantes.

Estos emisarios pertenecían a la corporación de mayordomos, esos caballeros que, enfundados en

sus libreas, bostezan hasta desarticularse las mandíbulas. Acogieron alegres la oportunidad que se les brindaba de estirarse los brazos, que, de la mañana a la noche, guardan cruzados... El trabajo que se les pedía no era superior a sus fuerzas, pues, en suma, un billete de apuestas, aunque sea de cien francos, pesa menos que una escupidera.

La carrera en que debía triunfar *Teorema* era la tercera del programa. Así, hacia las cuatro de la tarde, al desembocar en el bulevar Voltaire el cortejo del difunto conde Lardillon de Lestrivière, todo el mundo dejaba ver su impaciencia... Se sabía que el *botones* del barón Saint Flour estaba encargado de correr con el resultado al encuentro de la fúnebre comitiva, y todos los asistentes volvían la cabeza cada vez que se dejaba oír la bocina de una bicicleta.

—¡Con tal que no hayan atropellado a ese muchacho!—decía el viejo barón con una solicitud tanto más enternecedora cuanto que dos meses antes sólo pudieron arrancarle cinco francos para una suscripción abierta a favor de un *jockey* que se había lisiado al servicio del barón.

Y añadió, para precisar el fondo de su pensamiento:

—Es que juego dos mil francos a *Teorema*.

El señor Rignol-Leroux emitió una hipótesis optimista:

—Tal vez se ha esperado para cobrar los billetes.

—¡Ahí está!

En efecto, un joven ciclista que ostentaba los colores de la cuadra del barón Saint Flour, remontaba el cortejo buscando a su amo con la mirada. Cuando lo descubrió saltó de su máquina y se aproximó a él directamente.

—¿Qué? — preguntó el barón poniéndose la mano enguantada delante de la boca para no sostener ostensiblemente conversación con su *botones*, verdadera prueba de tacto, de la que sólo son capaces las gentes verdaderamente bien nacidas.

—*Teorema* ha ganado, señor barón; ha ganado de dos cuerpos.

—¿Cuánto paga?

—Creo que 23/4.

—¿No has cobrado?

—No, señor barón; ni siquiera he esperado a que fijaran el nombre del ganador. Como el señor barón me encargó que viniera corriendo a decirle el resultado...

—Está bien.

La buena nueva corrió de boca en boca, devolviendo a la asistencia la alegría y buen humor que comenzaba a disminuir.

Algunos que ganaban sumas respetables se pusieron a tararear canciones picarescas.

En cuanto a Hexam, manifestó su alegría según el rito habitual, y se preparó a festejar la victoria, como tenía por costumbre festejar todos los ganadores, sea cual fuere su peso, sus colores o sus

premios. Es decir, que dió sobre la espalda del caballero que le precedía, una palmada capaz de derribar un toro, al mismo tiempo que proponía alegremente:

—¡Vamos a tomar una copa!

El caballero volvió hacia Hexam su rostro indignado, y entonces se dió cuenta Hexam de que era el doctor Boudon, que jamás bebía alcohol porque, según la expresión de *Buif*, el doctor Boudon era un *purista* (quería decir un puritano)...; el doctor Boudon, que jamás acertaba un caballo, por la sencilla razón de que jamás le había visto nadie en las carreras; el doctor Boudon, el único personaje presente que no se interesaba por la victoria de *Teorema*, cuya existencia ignoraba probablemente.

Pero Hexam no se alteró por tan poca cosa.

—Si no basta una copa, tomaremos dos... ¿Es que teme usted no llegar a tiempo al cementerio? Vamos sencillamente al bar, allí, a la izquierda, y luego alcanzamos en nada de tiempo al entierro... De todas maneras va muy despacio... No; ¿no quiere usted?... ¡Pues voy yo solo!

Y, sin respeto humano, se alejó muy digno.

Menos de cinco minutos después estaba de vuelta, la fisonomía trastornada, los ojos desorbitados, y corriendo hacia el barón de Saint Flour:

—¡Señor barón—le dijo con voz aterrada—, *Teorema* no ha ganado!

El barón, que lo primero que percibió fué el intenso perfume de alcohol que despedía el entrena-

dor, prestó al principio poca atención a lo que le decía.

—Lo mejor que puedes hacer es volverte a tu casa inmediatamente. Precisamente, a las seis hay un tren para Maisons.

Hexam insistió:

—¡Que no ha ganado *Teorema*! He visto un telegrama en el bar, señor barón. El bar recibe los telegramas de *Paris-Sport*, carrera por carrera.

—Pero habrás visto mal. No hay duda de que por el momento tienes la vista turbia. Desde el momento que yo conozco el resultado por mi *botones*, quevenía de Longchamp, debes comprender...

—¡Pero si todavía no habían puesto el nombre del ganador! *Teorema* ha ganado, en efecto; pero ha sido distanciado, no tenía el peso...

El barón de Saint Flour comenzó a inquietarse; pero en aquel momento llegó de Longchamp un nuevo emisario que confirmó la fatal noticia... Hexam había desaparecido de nuevo porque solía consolarse de sus decepciones de la misma manera que festejaba las alegrías, y como la Providencia había colocado numerosos bares en todo el trayecto, podía consolarse sin perder tiempo.

De memoria de guardas del Père Lachaise jamás se vió asistencia más afligida y lúgubre que la que franqueó aquel día las puertas del cementerio, siguiendo el féretro del conde de Lestrivière.

—¡Este sí que podría decir que era queridol— fué la unánime reflexión.

Después de los discursos se produjo un pequeño incidente. Uno de los enterradores, que no estaba muy al corriente de la actualidad y que todavía creía que *Teorema* había ganado, se aproximó tímidamente al barón y le preguntó:

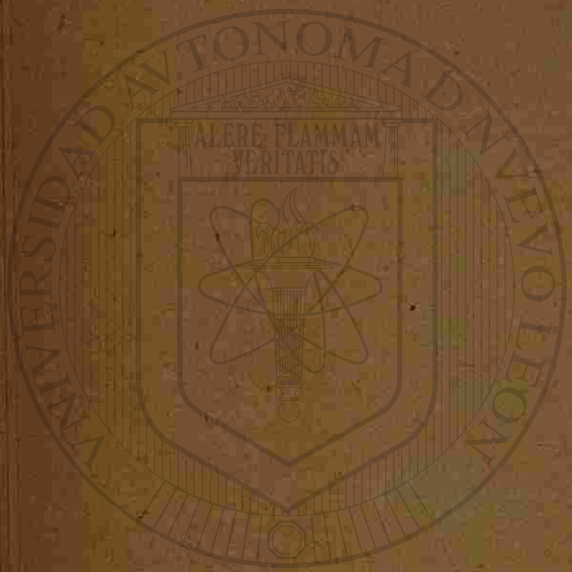
—¿Cuánto paga *Teorema*?

—¡No le da vergüenza!— gritó el barón, y ásperamente reprendió a aquel hombre.

Al día siguiente *El Gran Diario* daba cuenta de las exequias en los siguientes términos:

Una multitud triste y recogida, entre la que figuraban los nombres más ilustres de la aristocracia, del comercio y de la industria nacionales, acompañó ayer a su última morada los restos mortales del infortunado conde Lardillon de Lestrivière. Se comentaban las virtudes del finado, el horror de un crimen que ha suscitado la indignación de todo París y del Todo París, se emitía la esperanza que esta monstruosa hazaña no quedará impune y que, según la expresión tan justa del simpático barón de Saint Flour, el brazo de la justicia humana se anticipará al de la divina.

Marius Florades, el talentado baritonó que cada noche un público entusiasta aplaude en la Opera, cantó, con su voz cálida y potente, un *Pie Jesu*, que fué escuchado con gran recogimiento por toda la asistencia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO III

LA SUERTE SE DIBUJA EN EL HORIZONTE

LAFRITA comenzaba a sentirse preocupado. Había ido a las carreras del hipódromo de Auteuil por aburrimiento, pues su situación pecuniaria le ordenaba la abstinencia desde el punto de vista de los placeres y la abstención desde el punto de vista de las apuestas.

Los negocios estaban paralizados: faltaban asesinatos en el mercado y los sátiros estaban en huelga. No se vislumbraba en el horizonte el menor reportaje. Además, el señor Bidasse le guardaba rencor por su intervención en el asunto de Maisons. Lafrita, había demostrado una condenable iniciativa y una presunción que el señor Bidasse juzgaba extravagante, consiguiendo por un momento substituir su personalidad a la del jefe que le empleaba.

Lafrita creyó poder volar con sus propias alas. Habiendo conseguido, gracias a su sagacidad, ser el primero en llevar a su periódico la solución

de un enigma, mientras la justicia y el público andaban desorientados, estaba persuadido que el director de un gran diario le sacaría de la obscuridad en que vivía bajo las órdenes del señor Bidasse y que, por fin, podría colaborar en una sección independiente que revelaría sus cualidades de periodista.

Pero no ocurrió nada de esto.

El director del gran diario era exclusivamente un buen comerciante y la mercancía que tan abundantemente le daba el señor Bidasse convenía muy bien a la clientela del periódico. Así, pues, se limitó a decir a Lafrita al día siguiente de su éxito:

—Muy bien, joven. Veo que comienza a aprovechar las lecciones de su jefe. Tal vez a fin de año podamos darle un aumento de sueldo, si el señor Bidasse sigue contento de usted.

El señor Bidasse, a partir de aquel momento precisamente, comenzó a afectar un desprecio irónico hacia Lafrita, llamándole «ese pobre Lafrita».

—Yo enviaría ese pobre Lafrita a Saint Denis, donde un padre de familia se ha suicidado después de matar a sus cinco hijos; pero es un reportaje demasiado difícil para ese pobre Lafrita, que no sabrá recoger detalles horribles.

O bien:

—Yo quisiera confiar a Lafrita la redacción del asesinato perpetrado en Grenelles; pero ese pobre muchacho jamás será capaz de escribir veinte líneas de una manera interesante.

De suerte que el pobre Lafrita, que no tenía un sueldo fijo, que carecía de rentas y que vivía del precio de lo que escribía a seis céntimos línea, se encontraba amenazado de morir de hambre por poco que el señor Bidasse acentuara su desprecio.

Lafrita había ido, pues, a Auteuil porque no tenía nada que hacer, y cometió la imprudencia de llevar consigo su último billete de cincuenta francos.

El repórter se había dicho:

—No hay cuidado que juegue; sería una torpeza perder el dinero en las carreras cuando no estoy seguro de poder pagar el alquiler de mi cuarto dentro de quince días.

Pero todos sabemos lo que valen estos buenos propósitos. Cuanto menos dinero se tiene, más se necesita; cuanto más se necesita, más deseos se tiene de ganar una buena carrera, la buena carrera que nos sacará de la miseria como por encanto.

Y cuanto más ganas se tiene de ganar una carrera, más persuadidos estamos de que la ganaremos.

En tal caso, basta que un caballo se cotice a 30 contra 1, para que veamos el premio en nuestro bolsillo.

Porque uno se dice:

—Toda mi vida lamentaría no haber aprovechado una ocasión como ésta.

Y, a pesar de sí mismo, se dirige uno a las taquillas.

Esto es lo que hizo Lafrita, aunque resistió cuanto pudo, hasta que sonó la campana para el comienzo de la primera carrera.

En aquel momento pensó que muy bien podía cambiar el billete de cincuenta francos por piezas de oro, pues esto no le comprometía a nada.

Se dirigió a la taquilla de cambio, donde le dieron dos luises y dos piezas de cinco francos. En aquella época todavía no había desaparecido el oro de la circulación.

Entonces se paseó con aire indiferente por delante de las taquillas de apuestas.

—Sí que es extraño—observó—, nadie apuesta al 7...; montado por Parfremont, tiene, sin embargo, grandes probabilidades... ¡Qué tontos son los jugadores! Si yo fuera rico le jugaría sin vacilar... Pero dada mi situación, no puedo apostar un céntimo... Sería tonto exponerme a perder... etcétera, etcétera.

Veinte segundos después Lafrita tenía en su bolsillo una pieza de cinco francos de menos... y en su lugar un precioso *ticket* que dentro de unos minutos valdría por lo menos cincuenta francos.

Tres minutos más tarde el caballo sobre el cual había apostado Lafrita caía por tierra al llegar al primer obstáculo.

—Ahora voy a ser razonable—se dijo el repórter—. La segunda carrera voy a jugar al favorito colocado; no es posible que se quede atrás; si no llega el primero, llegará el segundo en el peor de

los casos. Y como siempre pagará diez francos, recobraré los cinco perdidos y me iré.

Este admirable razonamiento no fué confirmado por los hechos, pues el favorito en cuestión llegó el último sin que el curso de la carrera permitiera concebir la menor esperanza. Lafrita pensó inmediatamente que habían hecho trampa y, como sucede siempre que un favorito llega el último, no fué él el único que pensó lo mismo.

Lafrita no dejó el hipódromo, claro está; pero los dos luises, siguiendo la vía abierta por las dos piezas de cinco francos, salieron de su bolsillo para ir al saco del cobrador de apuestas y de allí hacia destinos un tanto oscuros.

A la cuarta carrera el periodista se había quedado sin un céntimo.

—Qué animal soy—se dijo, y tenía en la boca ese gusto de ceniza que dejan los placeres, y del cual habla la Escritura—. Cuando pienso que ni siquiera he sabido guardar cincuenta céntimos para comprarme tabaco. Esto es lo que más me va a faltar.

Como contestación irónica a la lamentación de Lafrita, gritó una voz:

—¡Cigarrillos y cerillas! ¿Pero fuman ustedes o no? ¡Si no fuman no ganarán!

El periodista se estremeció, pues le pareció reconocer a la vez aquella voz y aquel estilo oratorio...; pronto supo a qué atenerse, pues el vendedor de tabaco estaba delante de él.

—¡Bicard!— exclamó el periodista.

—¡Pero fumen ustedes!— repetía *Buif* con energía—. ¿No quiere usted colillas, señor Lafrita?

—Ya lo creo que sí— contestó Lafrita con toda naturalidad, pues son cosas que se confiesan sin vergüenza entre aficionados a las carreras—. Pero estoy sin blanca, amigo mío. No me queda ni un céntimo.

—Eso le ocurre a cualquiera, incluso a gentes «bien»— dijo *Buif*—. En primer lugar, para quedarse sin blanca hay que haber tenido antes «pasta». En cuanto a las colillas, puede usted escoger y ya me pagará otro día.

—Es que... otro día no estoy seguro de ser más rico que hoy.

—No importa... Escoja... Me parece que, de todas maneras, soy yo quien está en deuda con usted. ¡Cuántas veces le he vendido martingalas que no valieron nada, en los tiempos en que yo comerciaba en ellas!

La conciencia de Lafrita quedó tranquila con esta leal confesión y escogió modestamente un paquete de tabaco ordinario.

Luego preguntó a *Buif*:

—¿Cómo es que ya no vendes martingalas?

—¡Todo un drama! Desde que me encerraron en *girona* por haber cortado en pedazos a Simons... Y, a propósito, hay días en que siento no haberlo hecho, pues ahora—no sé si está usted enterado—monta como *jockey* de obstáculos y lo hace tan

mal que siempre hace perder a los jugadores, ¡y a mí el primero! ¿Qué decía yo?... Ah, sí; desde el día en que me metieron en la sombra (¡cómo pasa el tiempo, hace ya tres semanas!) he perdido a toda mi clientela... No crea que ha sido porque me encerraran, no, pues esto le ocurre incluso a gentes muy honorables, que han ido a la cárcel y no por eso se encuentran peor... además de que el haber estado en la cárcel no quita ningún valor a mis martingalas, ¿no le parece?... Lo que me ha hecho un mal enorme son los cuentos de los periódicos sobre mi comercio de martingalas...

—Pero han reconocido...

—Han reconocido que yo no había matado a nadie, eso sí; pero durante ocho días no se han cansado de repetir que mis martingalas eran puros camelos; que yo jamás había entrado en las cuerdas de entrenamiento, como yo aseguraba a los *primos* de la *pelouse*; todos los entrenadores han sido interrogados y todos han dicho lo mismo: «No conocemos a ese hombre.» Lo curioso es que es verdad. Ni siquiera he podido acercarme jamás a uno de ellos... ni aun para saludarle. Pero en el comercio hay que saber engañar al público... ¿Se ha ocupado usted alguna vez de negocios?

—No, nunca.

—¡Ah!, pues yo le voy a enseñar. Si se dedica usted al comercio de martingalas y no asegura a los clientes que los secretos que usted posee le vienen directamente de los entrenadores, que us-

ted almuerzo con los Carter, cena con los Cunnigton y duerme en casa de los Bartholomeff, entonces—¡soy yo quien se lo afirmo!—no venderá ni una martingala, aunque sea usted el propio ministro de la Agricultura en persona... ¡Haga la prueba y verá!

—Me basta tu palabra.

—Además, usted compra martingalas y lo sabe lo mismo que yo... Le decía, pues, que los entrenadores me habían renegado en toda la prensa y que esto había hundido mi comercio... Cuando me acuerdo me arrepiento de no haber doblado la dosis.

—¿Qué dosis?

—La de mamporros que propiné a ese cerdo del señor Lecoq el día que fui a visitarle... En fin, tal vez se presente otra ocasión... Y por eso me he tenido que poner a vender tabaco.

—Debe ser bueno el negocio...

—No es malo, pero no tiene comparación con el de la venta de martingalas, pues el tabaco que vendo he tenido que empezar por comprarlo, mientras que las martingalas...

—Mientras que las martingalas no te costaban nada. Todo era beneficio.

—Lo ha comprendido usted en seguida—dijo *Buif* con admiración—. Además, para establecerme necesitaba un capital inicial... Afortunadamente que el barón de Ripolin, cuando heredó de su suegro, el señor de Lestrivière, pensó en mí y se dijo:

«Ese pobre diablo ha estado en la cárcel; es casi un mártir. Ha dormido en la paja húmeda de los calabozos por un crimen que otro ha cometido y cuya víctima ni siquiera es la que se creía.» Y entonces me regaló quinientos francos.

—No está mal.

—Es lo menos que podía hacer. En suma, el tiempo que pasé en la cárcel de Versalles me impidió ganar tres buenas carreras, una de las cuales pagó a noventa y dos francos. Pero no me quejo. Lo que me duele un poco es que me he visto obligado a trasladarme. Sí, he dejado Maisons Laffitte para venir a Paris.

—¿Y en Paris no hay tanta caza, verdad?—dijo *Lafrita* riendo.

Buif se quedó sorprendido.

—¿Quién diablos le ha dicho a usted...? Ni siquiera al juez le dije nada.

—Está tranquilo, que no diré nada a nadie... Pero hablemos seriamente. Tenía deseos de encontrarte. ¿Es que ese crimen de Maisons Laffitte no te da que pensar?

Buif se puso serio.

—Hay cosas en este asunto que no me parecen claras. Pienso en él con frecuencia y muchas noches me quita el sueño... ¿Cómo es que todavía no han encontrado al asesino?... Yo busco... busco... y...

—¿Y...?—preguntó *Lafrita* con ansiedad.

—Y acabo por dormirme.

Lafrita le miró atentamente preguntándose si podía tener confianza en Bicard.

—Bicard—acabó por decir—, ¿sabes que el señor de Ripolin, yerno de la víctima, ofrece un premio de veinte mil francos a quien descubra al asesino?

—¿Dinero para los guindillas?—dijo *Buif* con desprecio—. Su oficio es detener a las personas.

—No, no—respondió Lafrita—. El oficio de la policía es, como tú dices, detener a los malhechores que corren a arrojarse en brazos de ella o que denuncian los soplones... Pero la policía, por el hecho mismo de ser burocrática y trabajar rutinariamente, como los oficinistas, jamás llegará a descubrir con sus viejos métodos un asesino hábil que haya puesto en su oficio cualidades de ingenio e imaginación.

—No comprendo bien—dijo *Buif*.

—Vas a comprenderlo. En un *steeple* de cuarta serie, en todos los *steeple* de cuarta serie, los caballos hacen siempre el mismo recorrido. Y lo mismo en la tercera, en la segunda, en la primera serie.

—¡Sí!

—Pues bien; cuando se comete un crimen, la policía sigue un determinado número de pistas invariable y limitado, y de diez veces, nueve, el asesino se encuentra en estos recorridos determinados... Pero supón que un asesino hábil se coloque «fuera» de las pistas, y por más que la policía

busque y siga estos recorridos hasta la consumación de los siglos, nunca encontrará al criminal.

—¡Claro!... Ahora comprendo... Entonces, en esas condiciones, el asesino de Maisons jamás será detenido... Bueno, mejor para él... ¡Tabaco y cigarrillos! ¡Cerillas!

—Espera un poco. Yo decía que la policía no encontrará nunca al asesino, pero otros pueden descubrirlo, otros que pusieran en sus indagaciones algo más de imaginación y, sobre todo, que tuvieran un interés directo en la captura del criminal.

¿Qué interés?

—Pues el de cobrar el premio de veinte mil francos.

Buif miró a Lafrita con admiración.

—Estoy seguro de que algo trama usted.

—No se te puede ocultar nada, amigo mío. Hasta tengo una porción de indicios; pero tú podrías serme muy útil por los conocimientos que tiene de las gentes de Maisons... ¿Quiere que nos asociemos? Si descubrimos al criminal partimos los veinte mil francos.

—¡Chóquelal!—dijo *Buif*, alegre—. ¡Qué juega nos íbamos a correr! ¿Íríamos al peso, eh?

Lafrita aún no trataba el asunto desde este punto de vista, y, a decir verdad, la solución del problema le apasionaba más que el provecho que de él podía sacar.

—Lo que me desorienta un poco es que el asunto me parece demasiado sencillo—dijo Lafrita.

—¿Cree usted que es tan sencillo?

—Sí; las pesquisas están limitadas a un círculo tan estrecho, tan estrecho, que la impunidad actual del criminal, aun teniendo en cuenta los procedimientos rudimentarios de la policía, parece inverosímil... En primer lugar, es evidente que el asesino vive en Maisons-Laffitte. Sobre este punto no hay duda.

—Eso no es más que una suposición de usted. Yo creo que un apache de paso pudo dar el golpe y escapar con la cartera y el reloj...

—Eso es... Y luego volvió, tres días después, para colgar de un árbol el cadáver despedazado. No; sabemos que el conde de Lestrivière fué asesinado en Maisons-Laffitte; vino a divertirse en su «villa», pero previamente hizo circular la voz de que se iba al extranjero. Era su costumbre. Fué asesinado en la noche del sábado al domingo, en las proximidades de su «villa», y ¿quién sabe si en su «villa» misma? El lunes por la mañana se descubrió su cadáver en el sitio y estado que sabemos... Necesariamente, el asesino, que habita en Maisons-Laffitte, guardó en su casa el cadáver todo el tiempo que le fué posible, y, en último extremo, no pudiendo hacerlo desaparecer de otra manera, lo sacó al parque.

Buif quiso aportar una colaboración activa al trabajo de deducciones de Lafrita.

—Si yo me encuentro en su caso, hubiese metido al interfecto en un baúl y lo habría expedido al

rey de Siam o al emperador del Japón en porte debido.

—Es un procedimiento que no le dió resultado al asesino del procurador Gouffé.

—Pues lo hubiera enterrado en mi bodega, no en la parte donde guardo el vino, sino debajo del montón de carbón.

—El doctor Grippen ya lo hizo así y de nada le sirvió.

—Entonces...

—Bueno, amigo *Buif*, no es lo que el asesino hubiera podido hacer lo que nos interesa. Se trata de saber lo que ha hecho, y qué cabos ha dejado sueltos que nos permitan descubrirle... Yo decía que habita seguramente en Maisons-Laffitte; añado que conocía muy bien al conde Lardillon de Lestrivière y que tenía un interés enorme en que la identidad de la víctima no fuera descubierta *inmediatamente*... Todavía no puedo saber la razón de este interés.

—¿Cómo que no?

—Claro. ¿Para qué despedazarlo?

—¡Ah, ya! Si le hubiera dado igual que reconocieran o no al conde Lardillon, no tenía que suspenderlo intacto del árbol, o bien dejarlo por tierra. Despedazarlo era un trabajo inútil, sucio y repugnante. Yo ya sé lo que es, aunque en mi vida sólo he despedazado conejos, antes de hacerlos salteados con cebolla... Bueno, ya hemos encontrado una cosa interesante: que el asesino esperaba

que el conde Lardillon no sería nunca identificado.

—No, no es eso, Bicard... El asesino sabía que, fatalmente, el conde de Lestrivière sería identificado un día u otro; sabía que una personalidad tan importante no desaparece como por encanto, y que se acaba por inquietarse de su prolongada desaparición; pero era necesario para los proyectos del criminal (proyectos que, repito, todavía son un misterio para mí) que no se conociera la verdad hasta pasados cierto número de días. Pues bien, el engaño del conde de Lestrivière haciendo creer en un viaje suyo al extranjero, servía admirablemente este plan y, por otra parte, el descubrimiento del cuerpo mutilado coincidía con la sospechosa desaparición de Simons, tan sospechosa que, para mí, hay en ella algo más que una coincidencia...

—¿Entonces Simons se encontraría mezclado en el «ajo»? Me sorprendería porque precisamente la noche del crimen estuvo conmigo, y estaba demasiado «curda» para hacer daño a nadie, ni siquiera a una mosca. Un niño le hubiera hecho caer a tierra al menor empujón. Es una vergüenza empujar el codo de esa manera, y así se lo hubiera dicho de no encontrarme yo también como una cuba.

—Yo no digo que Simons haya sido culpable, ni siquiera cómplice, aunque encuentro muy sospechosa la historia de los billetes de banco y del duque de Buckingham... Pero ¿no pudo el asesino haber dado el dinero a Simons para hacerle desaparecer por algún tiempo, de manera a dirigir la

justicia tras una pista falsa?... No olvides que esto sólo es una hipótesis...

—¿Quiere que le diga lo que pienso? Pues que se va a calentar el caletre para no llegar a nada. Mejor sería que fuéramos a dar una vuelta por las taquillas. Los caballos salen ya para la última carrera y precisamente tengo una martingala estupenda.

—¿De las que vendías a tus clientes?

—No; ésas eran camelos, como las que todavía doy, como regalo, a los que me compran tabaco... La martingala de ahora es seria... ¡Mire!

Y Buif sacó de su bolsillo un ejemplar de *La Suerte*; colocó un dedo, un dedo muy sucio, sobre la lista de los caballos probables que tomaban parte en la carrera y repitió:

—¡Mire!... *Ugenio III*, montado por «Malligni».

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que hay una errata. Han puesto Eugenio, en vez de Ugenio. Es un detalle importante; siempre que hay una errata en *La Suerte*, una letra añadida o suprimida al nombre de un caballo, o una letra al revés, ya es sabido...

—¡Ah!

—Son signos convenidos entre los iniciados; es una manera de indicar los ganadores. Las demás martingalas son para los *primos*. ¡Menudo premio pagará Magallini!... Quiero que juegue usted cinco francos.

Lafrita se echó a reír.

—¿Ah? ¿Es porque está sin blanca?—dijo *Buif* generosamente—. No importa. Sería yo un ingrato si no le prestara esos cinco francos.

—Pero...

—¿No somos asociados? ¿Voy a regatear cinco francos a un compañero que me ofrece partir 20.000 conmigo?

—Es que...

—Nada, nada; tomo para usted un *ticket* al 7 ganador.

Lafrita, aunque muy cohibido, vió que de no aceptar ofendería a *Buif* y demostraría por las martin-galas una desconfianza injustificable. Sin embargo, le molestaba la idea de aumentar en cinco francos más su pasivo, cuando su balance se presentaba ya de una manera nada brillante.

Buif comprendió que estaban de acuerdo. Confió a un vendedor de coco su estanco ambulante y se dirigió a las barraquitas donde están instaladas las taquillas, que constituyen un motivo de sorpresa y admiración para el comercio parisién, pues sin gastos de publicidad, sin lujosa instalación y sin vana obsequiosidad por parte de los empleados, saben atraer y conservar una antigua y fiel clientela.

Buif, antes de presentarse en la taquilla de cinco francos, dirigió, como de costumbre, una mirada a la de cien, pues le gustaba documentarse así sobre el premio probable.

—¡Caramba, caramba!—dijo a Lafrita—. ¡No han descubierto el 7! ¡Pagará lo menos 150 francos!...

Todos toman el 3, como si fuera una cosa entendida. ¡Adelante los primos! Me río yo de lo que vais a cobrar... ¡Mire ese tipo con anteojos: 10, 20, 30 *tickets* del 3...! No se anda con melindres... ¡3.000 francos se juega al 3! Y otro tanto colocado. ¡En total 6.000 francos!

Aquel importante jugador, guardando los *tickets* en su cartera, pasó junto a Bicard y el periodista. Bicard agarró a éste por un brazo.

—¿Estoy soñando? ¡Pero si no es posible!

Lafrita, sorprendido, se quedó con la boca abierta.

—¡Si no es posible que sea él!—acabó por decir—. Pero quiero saber a qué atenerme, porque sería muy divertido cogerlo jugando a las carreras a él, el hombre de hielo, el defensor de la virtud... Y echó a correr persiguiendo al jugador.

—¡Doctor! ¡Eh, doctor!

Más tarde aseguró *Buif* que aquel hombre hizo un movimiento instintivo para volverse; pero este movimiento debió ser imperceptible, porque escapó por completo a Lafrita, quien, sin embargo, tenía buena vista. Además, nada hubiera probado el que se volviera. Si un individuo se pone a gritar «¡Martínez!» en medio de una multitud hará que vuelvan la cara lo menos veinte personas que ni remotamente se llaman Martínez.

Entonces se dirigió *Buif* resueltamente; pasó al interpelado, se plantó delante de él, y saludándole ceremoniosamente, le espetó:

—¡Salud, señor Boudon! ¿De modo que también en las carreras de Auteuil?

Esta ingeniosa pregunta tuvo por resultado solventar todas las dudas. El caballero miró a *Buif* de arriba abajo, luego de abajo arriba, y le dijo:

—Se equivoca usted, amigo mío. Me toma usted por otra persona.

—¡Hum!...—contestó *Buif*, perplejo—. ¿Está usted completamente seguro de no ser el doctor Boudon, de Maisons-Laffitte?

—Muy seguro, mi buen amigo—dijo el caballero riendo.

Buif se disculpó y volvió a reunirse con *Lafrita*.

—¿Qué?

—Pues que hay parecidos increíbles; yo hubiera apostado mi cabeza contra otra de ternera a que era el viejo Boudon. Y no es, no hay duda... La prueba es que lo ha tomado a risa, y a Boudon no le he visto jamás ni sonreír siquiera.

—Yo—dijo *Lafrita*—no lo hubiera jurado, pues sólo he visto al doctor una vez; pero me ha parecido que era él.

—¡Qué lástima! ¡Cómo le hubiera tomado el pelo! Un tipo que siempre está censurando a las personas que van a las carreras, a las que beben, a las que no son de mármol ante... ¡Pero si van a salir los caballos! Voy corriendo a tomar los *tickets* de *Eugenio III*.

Ya era hora. En el momento en que *Buif* pedía: «¡dos al 7 ganador!», sonó la campana de salida.

Buif fué, no obstante, servido por el empleado, porque los empleados tenían un miedo atroz a *Buif*, siempre dispuesto a interpelarles con un vocabulario en el que figuraban los nombres de los animales más bajos de la creación.

—Esto marcha—dijo *Buif* a *Lafrita* cuando los caballos pasaron delante de ellos—. *Ugenio* sabe lo que hace. Prefiero que ahora vaya el último a que se canse al principio. ¡Ahora verá cómo pasa a la segunda vuelta!

—¡*Ugenio* se ha caído!

—¡Bocaza! ¡Cállate! ¡Ni siquiera sirves para recoger su estiércol!

Cuando los caballos pasaron de nuevo, el favorito llevaba una gran ventaja, y *Eugenio III* iba el último.

Buif juzgó que el *jockey* de su caballo tenía necesidad de que le alentaran.

—¡Duro, Malignil!

Los seis competidores de *Eugenio III* alcanzaron la última revuelta sin que su orden se modificara y saltaron en fila india los últimos grandes obstáculos, y *Maligni*, al ver esto, siguiendo la promesa que hizo un día cierto supersticioso (promesa según la cual se comprometía a no seguir nunca el camino por el que todo el mundo pasa), se metió resueltamente por la pista de setos.

—¡Vaya por Dios!—dijo *Lafrita*—. *Eugenio III* se ha salido... El resultado es el mismo para nosotros, porque iba muy atrás...

—¿Cómo que iba el último? ¡Si estaba a punto de pasarlos a todos! ¡Si era seguro que ganaba!

El caso es que el 3 fué anunciado como ganador y como colocados el 2 y el 9.

—El que gana fuerte es el falso Boudon. Nosotros podemos despedirnos.

Pero cuando se disponía a romper los *tickets*, un rumor subió de la multitud. Acababan de quitar el anuncio de los tres primeros caballos y el 7 aparecía como ganador.

—¡Esta sí que es buena!—exclamó *Buif*—. Fíjese que los otros caballos no entran en el peso... Vuelven para repetir la carrera.

En efecto, los competidores de *Eugenio III*, con objeto de disputarse los puestos, habían vuelto a ocupar sus puestos en la verdadera pista, pues sólo Malligni no se había equivocado de recorrido y era él quien ganaba.

Bicard y Lafrita cobraron cada uno 183,50 francos.

Buif estaba radiante.

—¿No se lo decía yo? Cuando hay un signo en *La Suerte*, hay que apostar. Yo estoy en el secreto. Le he hecho ganar a usted... ya veremos si usted consigue el premio de 20.000 francos.

Cuando los dos amigos salían del hipódromo, un vendedor gritaba el periódico *La Noche*.

—¡Comprad *La Noche*! ¡Viene interesante!

—Voy a comprarla para ver qué caballos corren mañana en Saint-Cloud—dijo *Buif*.

Fatalmente, *Buif* no podía estar tranquilo hasta no perder los 183,50 francos ganados y algo más. Las Apuestas Mutuas no dan jamás dinero a sus fieles clientes: se les presta sólo, a corto plazo y fuertes intereses.

Buif buscó en *La Noche* la cuarta plana, la única interesante para él, porque es en la que figuran los deportes hípicas; pero la cabecera del periódico atrajo su atención. Leyó entonces la última hora y lanzó un grito:

—¡Al agua los 20.000 francos!

—¿Por qué?

—Porque el juez de instrucción ha encontrado él solo al asesino.

—¡Imposible!

—Incluso está a la sombra desde esta mañana.

—¿Y cuál es su nombre?

—Simplemente, el entrenador Hexam.

—¿Ha confesado?

—La ha emprendido a puñetazos con los gendarmes y con el abogado de oficio que le han nombrado. Está furioso. Mejor haría tomándolo en broma, como yo; pero esos ingleses no saben aprovechar las ocasiones de divertirse.

Lafrita miró sorprendido *Buif*.

—Pero tú hablas como si no lo creyeras culpable.

—¡Culpable! Un tipo que había tenido la suerte de encontrar un *primo* como el conde Lardillon de Lestrivière, que le pagaba 30.000 francos por año

por que le envenenara los caballos, ¿cree usted que ha sido lo bastante tonto para cortarlo en pedazos? Además sabía muy bien que nunca encontraría un propietario como ése. Hay que ser infeliz como un juez de instrucción para inventar cosas semejantes.

—Sin embargo, el juez debe tener buenas razones para decidirse a detener a Hexam.

—Cosas de mujeres. Hexam está en la cárcel porque es cornudo, sencillamente... Y conste que si lo digo no es por defenderle. Si yo fuera juez, lo condenaría con los ojos cerrados.

—Entonces, ¿por qué dices que es inocente?

—¿Y todos los caballos que ha echado a perder desde que es entrenador? ¿Cree usted que eso no merece la guillotina?

CAPÍTULO IV

LOS DESCUBRIMIENTOS DEL SEÑOR CHENNEVERT

COMO prueba de imparcialidad, debemos seguir paralelamente la investigación llevada a cabo de una manera un tanto caprichosa por nuestro amigo Lafrita y, al mismo tiempo, las diligencias dirigidas según los métodos más estrictos y más regularmente jurídicos por el honorable señor Chennevert, juez de instrucción de Versalles... diligencias que, llevadas de una manera notable, acababan de dar por resultado la detención del entrenador Hexam.

Dejamos al señor Chennevert en el momento en que, persuadido de la culpabilidad de Bicard y teniéndolo a buen recaudo en su calabozo, intentaba inútilmente hacer confesar al Rey de las Martinгалas.

La detención de Bicard sólo duró tres días; pero el señor Chennevert confesó más adelante a algunos amigos que de continuar quince días en con-

por que le envenenara los caballos, ¿cree usted que ha sido lo bastante tonto para cortarlo en pedazos? Además sabía muy bien que nunca encontraría un propietario como ése. Hay que ser infeliz como un juez de instrucción para inventar cosas semejantes.

—Sin embargo, el juez debe tener buenas razones para decidirse a detener a Hexam.

—Cosas de mujeres. Hexam está en la cárcel porque es cornudo, sencillamente... Y conste que si lo digo no es por defenderle. Si yo fuera juez, lo condenaría con los ojos cerrados.

—Entonces, ¿por qué dices que es inocente?

—¿Y todos los caballos que ha echado a perder desde que es entrenador? ¿Cree usted que eso no merece la guillotina?

CAPÍTULO IV

LOS DESCUBRIMIENTOS DEL SEÑOR CHENNEVERT

COMO prueba de imparcialidad, debemos seguir paralelamente la investigación llevada a cabo de una manera un tanto caprichosa por nuestro amigo Lafrita y, al mismo tiempo, las diligencias dirigidas según los métodos más estrictos y más regularmente jurídicos por el honorable señor Chennevert, juez de instrucción de Versalles... diligencias que, llevadas de una manera notable, acababan de dar por resultado la detención del entrenador Hexam.

Dejamos al señor Chennevert en el momento en que, persuadido de la culpabilidad de Bicard y teniéndolo a buen recaudo en su calabozo, intentaba inútilmente hacer confesar al Rey de las Martinгалas.

La detención de Bicard sólo duró tres días; pero el señor Chennevert confesó más adelante a algunos amigos que de continuar quince días en con-

tacto con delincuente tan extraordinario, seguramente que hubiera acabado por volverse loco o idiota.

A pesar de la dignidad y solemnidad que siempre aparentaba el señor Chennevert, *Buif* mostraba de día en día una mayor familiaridad con su juez, al que explicaba detalladamente, como se explican las cosas a los niños, historias y más historias que no tenían relación alguna con el crimen de Maisons, pero que el juez se creía obligado a escuchar con la esperanza de pescar entre ellas alguna indicación útil.

Así es como el señor Chennevert tuvo que escuchar la biografía de los *jockeys*, de los entrenadores y de los caballos favoritos de *Buif*; una teoría documentada sobre la mala suerte, ilustrada con numerosos ejemplos y proyectos extraordinarios, exponiendo *in extenso* lo que haría *Buif*:

- 1.º Si fuera millonario.
- 2.º Si fuera comisario de las carreras.
- 3.º Si fuera entrenador.
- 4.º Si fuera propietario.
- 5.º Si fuera gobierno.

Durante la noche, el señor Chennevert no estaba más tranquilo que durante el día. Una vez le ocurrió que, hacia las dos de la madrugada, llamaron a su puerta para anunciarle que Bicard quería hablarle inmediatamente.

El juez, creyendo que se trataba de revelaciones y seguro de que el acusado iba a confesar, se vistió sin perder minuto y corrió a la cárcel.

Allí encontró a *Buif*, que, gravemente, depositó entre sus manos una queja contra uno de sus guardianes. Este guardián había jugado la víspera por la noche una partida de manilla con Bicard, y Bicard le acusaba de haber hecho trampas de una manera escandalosa.

—¿Adónde vamos a parar, si ni siquiera en la cárcel se juega limpio?

Así, pues, el honorable señor Chennevert experimentó una impresión de descanso el día en que, como consecuencia de la identificación de la víctima, se demostró la inocencia de *Buif*.

Jamás juez alguno firmó con tanta alegría una orden de libertad, como en este caso el excelente señor Chennevert, que inmediatamente se lanzó con redoblado ardor sobre otra pista, pues una nueva pista debía llevarle a otro criminal y quedaba libre de *Buif*, que era su más caro deseo.

El juez convocó primero a un tal José Cartagnoux. Cartagnoux era guarda de la villa que en Maisons-Laffitte poseía el conde Lardillon de Lestrièvre, y, como se recordará, prestó declaración ante el comisario de policía el mismo día que se descubrió el crimen.

—Le ruego a usted—dijo a Cartagnoux el juez de instrucción—que conteste sinceramente a las preguntas que se le hagan. La primera vez que fué

usted interrogado, hace un mes, no dijo usted la verdad. Hoy una nueva mentira sería cosa más grave, sería un falso testimonio. Contesté: ¿El conde Lardillon de Lestrivière estaba en su villa de Maisons-Laffitte el día 17 de mayo, que precedió al día del crimen?

—No, señor juez. Sólo estuvo hasta el 16.

—¿Cuándo llegó?

—Hacia unos cinco o seis días.

—¿Por qué dijo usted al comisario que el conde se encontraba viajando?

El hombre se apresuró a contestar:

—Porque el conde en persona me había recomendado dar tal respuesta a todo el que preguntara por él... El señor conde no quería que se supiera que se encontraba en Maisons... Además, cuando me interrogaron por primera vez, yo no tenía la menor idea de que la víctima era precisamente el señor conde... De ordinario, el señor conde llegaba sin avisar y se iba de la misma manera. Yo hacía la limpieza y hasta guisaba. Todo lo que él exigía era una gran discreción.

—Pero ¿por qué ocultaba su presencia en Maisons-Laffitte? Vamos, amigo mío, conteste. Comprendo que debe ser penoso para usted decir algo contra la memoria de su pobre amo... Pero se trata de vengarle... de castigar al asesino... Vamos, ¿se trataba de mujeres?

—Sí, señor juez—contestó Cartagnoux a regañadientes.

—Diga todo lo que sepa. ¡Hable!

—De ordinario—contestó el guarda—el señor conde traía consigo una mujer, raramente la misma... Se marchaban juntos.

—¿Y la última vez?

—Vino solo.

El juez reprimió un movimiento de impaciencia.

—¿Entonces es que tenía cita con una... con una persona que habita en Maisons? Una mujer casada, ¿verdad? Puesto que hay que arrancarle lo que sabe, yo le diré el nombre de esa mujer: ¡la señora de Hexam!

Cartagnoux hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—¿La recibiría el conde en su villa?

—No, señor. El conde volvía por la noche, después de cenar, a horas muy irregulares; algunas veces al día siguiente por la noche... Supongo que pasaba el tiempo en casa de Hexam.

—Pero ¿y el marido?

Los ojos de Cartagnoux brillaron alegres y maliciosos.

—En tales casos el señor conde siempre se las arreglaba para tener que enviar un caballo a correr en provincias o en el extranjero... y juzgaba indispensable que el entrenador acompañara al caballo. Incluso cuando había carreras en Longchamp, el señor conde enviaba a Hexam a dormir la víspera en Reims con los caballos, para cansarlos, sin duda.

—El día 16, vispera del crimen, ¿qué hizo el conde de Lestrivière?

—Se levantó tarde. Durante el almuerzo recibió una carta, probablemente de la señora Hexam. Pasó la tarde fumando y leyendo periódicos. Por la noche salió y ya no le volví a ver. Creía que había regresado a París... Después, como ya declaré al señor comisario, los perros aullaron durante toda la noche que precedió al descubrimiento del crimen.

—Está bien. Muchas gracias.

El señor Chennevert hizo pasar seguidamente al mozo de cuadra de Simons, que se presentó bajo un curioso aspecto, vestido, en parte, con el suntuoso traje del duque de Buckingham, pero con gorra y polainas, todo ello salpicado de paja y heno, lo que delataba que había reintegrado su personalidad y su profesión. De la juerga desenfundada que corriera aún le quedaban signos manifiestos de embrutecimiento y un perfume de alcohol que se extendió inmediatamente por el despacho del juez, al mismo tiempo que el característico olor profesional a cuadra.

—Simons, su papel en este asunto—dijo gravemente el juez de instrucción—es muy sospechoso. Se ha burlado usted de la justicia.

—¡Oh! Cuando yo envié mi zapato contra el trasero de aquel señor, en el Cristal Palace, yo ignorar que el señor ser precisamente de la justicia.

—No se trata de eso—dijo vivamente el señor

Chennevert—, aunque obró usted con una lamentable precipitación... e insultó usted a un magistrado en el ejercicio de sus funciones. Si le digo que se ha burlado usted de la justicia, es porque durante varios días ha llevado usted en París una existencia loca, mientras que su mujer lloraba la muerte de usted en Maisons-Laffitte, mientras la justicia trabajaba para castigar a los asesinos de usted, mientras que un inocente estaba en la cárcel a causa de la misteriosa desaparición de usted... Contésteme: ¿qué hacía usted en París durante ese tiempo?

Simons adoptó un aire completamente satisfecho, y sonrió, rememorando instantes agradables.

—Me juergueaba—contestó.

—Muy bien, se juergueaba—dijo el juez con un tono que significaba que, al contrario, no estaba nada bien—. Pero, dígame, ¿de dónde venía el dinero?

—¿El dinero? No valer la pena de hablar de él... No quedarme ni un penique.

—Perfectamente; pero cuando el día 17 por la noche se ausentó usted de Maisons-Laffitte, llevaba usted la cartera bien repleta de billetes. ¿Quién se los había dado?

—¡Oh! Ella decirme que yo no lo diga a nadie.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Que ser ella la que darne los billetes.

—Pero ¿quién es ella?

—La mujer de Hexam.

—¿De modo que fué la señora de Hexam quien le dió el dinero?... Un poco inverosímil me parece. ¿Por qué le hizo semejante regalo?

—Yo no preguntárselo; yo tomar nada más el dinero. Señora Hexam decirme mí: «Toma, para ti, muchacho. Vete a dar una vuelta por Inglaterra, donde tienes familia; diviértete bien y no vuelvas antes de un mes, que no haces falta.» Yo estar primero en París, donde yo pensar hacer economías.

—¡Pues sí que emprendió usted buen camino para hacer economías!

—Yo pensar economizar viaje a Inglaterra. Las órdenes del ama ser que yo me divierta, y como poderse uno divertir confortablemente en París sin ir a marearse sobre el barco... Yo marearme en seguida. Y me quedé en París...

—Haciéndose pasar por el duque de Buckingham en los grandes bares.

—¡Oh! Duque de Buckingham ser el nombre que darne una dama del Cristal Palace... Entonces todas las damas del Cristal Palace llamarme duque de Buckingham... Eso es...

—Ya suponía yo que eso no se le había ocurrido a usted—dijo el juez—. Puede usted retirarse; pero espere en el pasillo, pues tal vez tenga necesidad de usted dentro de poco...

«Creo que comienzo a ver claro—se dijo el señor Chennevert cuando Simons se hubo retirado—. El matrimonio Hexam me parece muy comprome-

tido... Tal vez un drama de celos... o de lo contrario...»

Llamó.

—¿La señora de Hexam está ahí? La he citado para las tres y son las tres y media... No es imposible que haya llegado ya.

Como se ve, el señor Chennevert era incrédulo con respecto a la puntualidad de las mujeres.

La señora de Hexam estaba allí. Entró en el despacho del juez muy pálida, los ojos encarnados, el rostro cansado y el aspecto general de una mujer al cabo de sus fuerzas.

—Siéntese, señora—le dijo cortésmente el juez—. Ha debido usted encontrarse con Hexam, que acaba de salir de aquí... Simons me ha revelado un detalle muy enojoso, que agrava mucho otro... que ya figura en el proceso. ¿Quiere usted contestar algunas preguntas que voy a hacerle? En primer lugar, ¿es exacto que ha sido usted hasta... hasta su fin, la amiga del conde de Lestrivière?

La mujer hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—Y usted lo recibió en su casa varias veces, en ausencia de su marido, los días o, más bien, las noches que precedieron al asesinato.

Nuevamente inclinó la declarante la cabeza.

—¿En qué fecha, la última vez?

El quince—contestó sin vacilar.

—Naturalmente—dijo el juez con escepticismo—, ¿su marido se encontraba ausente?

—Había ido a acompañar los caballos del conde, que debían correr en el extranjero.

—¿Y cuándo regresó su marido?

—En la noche del diez y seis al diez y siete.

—¿Eh?... En la noche del diez y seis al diez y siete... Es curioso... Otra cosa: ¿Es cierto que dió usted a Simons una fuerte suma recomendándole que se fuera a Inglaterra?

La declarante vaciló antes de contestar.

—Sí, es posible que le diera algo. Es un hombre cargado de familia, digno de lástima...

—¿Pero entonces, cómo es que sabiendo que se había ausentado de Maisons, fingió usted creer en su muerte?

—Yo no sabía que hubiera salido inmediatamente de Maisons. Pudo ser asesinado antes de decidir su viaje a Inglaterra... donde tiene familia.

El juez no insistió.

—Está bien, señora. Muchas gracias. Es posible que la vuelva a llamar, así como a su esposo.

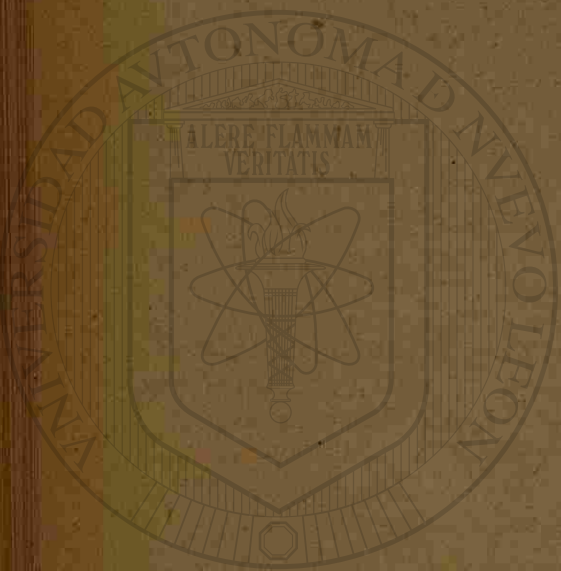
«He triunfado—se dijo el juez cuando quedó solo—. Queda demostrado hasta la evidencia que Hexam es el asesino... En primer lugar, el crimen se cometió no en la noche del diez y siete al diez y ocho, como habíamos creído hasta hoy, sino en la del diez y seis al diez y siete, como lo prueban las declaraciones de Castagnoux y de la misma señora Hexam. Es fácil de reconstituir la escena: el conde de Lardillon de Lestrivière se encuentra en casa de esa mujer, en galante coloquio, durante la

noche del viernes al sábado... De pronto, se presenta el marido, borracho probablemente o, en todo caso, presa de un acceso de celos, muy explicable, mata al cómplice de la esposa adúltera... Cometido el crimen, los esposos quedan aterrados. Como nadie ha visto nada, como se ignora hasta la presencia del conde en Maisons, esperan conservar secreto el crimen, e inmediatamente se trazan un plan: harán desaparecer el cadáver. Entonces dan comienzo a la horrible empresa de despedazarlo, que Hexam no tiene el valor de llevar hasta el fin; por eso se le ocurre el asunto de Simons. Al siguiente día, la esposa entrega al mozo una fuerte suma y le recomienda que desaparezca. Cuarenta y ocho horas después del crimen y veinticuatro de la marcha de Simons, se deshacen del cadáver, que dado su estado no será posible reconocer, y lo depositan en el parque de Maisons-Laffitte; es una coartada aplicada no al criminal, sino a la víctima.»

El juez se frotó las manos. Se veía ya ascendido.

—¡Ah, si todos los asuntos fueran tan sencillos como éste!

E inmediatamente dictó auto de prisión contra el entrenador Hexam... En cuanto a su esposa, se podía esperar.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

CAPITULO V

UNA CLIENTE DEL DOCTOR BOUDON

EL señor Bidasse habíase decidido a confiar un reportaje a Lafrita. Claro es que este reportaje era muy ingrato, desde el punto de vista de los resultados, y fastidiosa su realización, particularmente para un joven bien educado.

Se trataba de ir a *interviewer* a la señora de Hexam, a propósito de la detención de su esposo. Nada menos que esto se le había ocurrido al señor Bidasse.

—No descuide preguntarle—recomendó a Lafrita este hombre exquisito—algunos detalles sobre los amantes que tuvo antes de su matrimonio y los que ha tenido durante... ®

—¿Y sobre los que tendrá después?—dijo irónicamente Lafrita.

—Eso sería muy interesante para nuestros lectores—dijo de manera tal el señor Bidasse, que Lafrita sintió tentaciones de darle una bofetada—.

Recoja también algunos detalles póstumos sobre el conde de Lestrivière.

—*El conde de Lestrivière, íntimo...* Este título hará muy bien a la cabecera del periódico.

Lafrita salió de *El Gran Diario*. En el fondo tenía sus razones para sentirse satisfecho de esta misión que le confiaba el señor Bidasse con el propósito de serle desagradable.

El repórter fué a la calle de Fragonard, donde estaba seguro de encontrar a *Buif*, que en el domicilio de su esposa vivía con ésta una nueva luna de miel.

—Bicard, vengo para que me acompañes a Maisons-Laffitte.

Buif se estaba desayunando con su gente menuda. Precisamente se encontraba dando de beber a su hijo menor un bebedizo cuyo solo color hubiera quitado el apetito a un náufrago de la *Medusa*.

—Es vino con caldo—explicó a Lafrita—. Es muy bueno para el estómago, más fortificante que un biftec, y está uno alimentado para todo el día... Además, hace crecer a los chicos... ¿Quiere usted probarlo?

—No, gracias.

Y Lafrita repitió:

—Vengo para que me acompañes a Maisons-Laffitte.

—¡Si las carreras son hoy en Saint-Cloud!

—No se trata de ir a las carreras—contestó Lafrita—. Se trata de nuestro negocio.

—¡Ah, ya!—dijo *Buif*, y se volvió con importancia hacia su esposa, la cual, siguiendo un rito obligatorio, ponía sobre la mesa una botella y tres vasos.

—Ya sabes que estoy asociado con el señor... Tenemos en marcha un negocio de veinte mil francos.

La mujer de Bicard, aleccionada probablemente por negocios anteriores de su marido, no demostró el menor entusiasmo.

—Está bien, está bien. Al menos, si consigues algo, procura no traerme una moneda de dos francos, de plomo, como la otra vez. ¡Poco trabajo que me costó pasarlal! Además, no vuelvas demasiado tarde, para que me limpies mi carretilla cuando yo regrese. Los días que vendo ensalada se ensucia que es un gusto, y yo vuelvo demasiado cansada para limpiarla, sin contar que antes tengo que ocuparme del pequeño... ¡Ah!, y no vuelvas borracho como el día que tenía yo aquel asunto con el ministro de Trabajos públicos.

Lafrita y *Buif*, después de prometer cuanto de ellos exigió la vendedora ambulante, se dirigieron a Maisons-Laffitte.

—Te hago venir—dijo el repórter una vez instalados en el tren—porque cuatro ojos ven más que dos y dos pares de oídos valen más que uno...

—¡Cuánta razón tienes!—contestó *Buif*—. Yo siempre me pregunto por qué no he de tener más que un par de...

Lafrita le interrumpió para decir muy seriamente:

—Probablemente oiremos y veremos cosas muy interesantes. Vamos a ver a una persona que sabe mucho sobre el crimen de Maisons. ¿No adivinas a quién me refiero?

—Seguramente que no es el juez de instrucción—afirmó *Buif*.

—No... La persona que vamos a ver presenció seguramente el drama. Así lo he creído desde el principio.

—Yo sólo veo al conde Lardillon, que seguramente se encontraba allí durante la operación—dijo *Buif* pensativo—, pero de ése no podremos sacar gran cosa.

—Eres un estúpido, Bicard... La persona a la cual me refiero es la mujer de Hexam.

—¿Qué puede decirnos? Que su marido está en la cárcel; que le había puesto los cuernos con el viejo Lardillon... y todo eso es viejo de puro sabido.

—Te equivocas. Yo tengo el presentimiento de que esa mujer ha sido el instrumento o, por lo menos, el gancho de que se sirvió el asesino para atraer al conde de Lestrivière en una emboscada; ella, la que sirvió de intermediaria para alejar a Simons en el momento en que su ausencia era necesaria. Es claro como la luz del día, y esto es lo que el juez no podía dejar de ver; pero el juez ha sacado de estos hechos una conclusión prematura y

superficial: la conclusión de que el marido es el asesino. Y en esto también tengo el presentimiento profundo de que el juez se equivoca groseramente. No sólo el presentimiento, la certidumbre nacida de que, siendo Hexam un marido informado y complaciente que sacaba buen provecho a las infidelidades de su esposa, es absurdo suponer en él un violento acceso de celos, contrario, a la vez, a su temperamento y a sus intereses.

—A veces—dijo *Buif* con aire meditabundo— cuando se está borracho se hacen, sin que nos demos cuenta, cosas demasiado raras para ser naturales. Yo me acuerdo que un día, precisamente el día que gané apostando al caballo *Epicharis*, un día que llovía como...

La historia de *Buif* no había terminado cuando llegó con el repórter a Maisons-Laffitte; pero Lafrita conocía el desenlace por adelantado... Las historias de *Buif* se terminaban siempre con un conflicto agudo con los agentes del orden público, unos cuantos golpes y una quincena en la cárcel.

Bicard se interrumpió apenas pusieron los pies en la estación.

—¡Mire, Simons!

El mozo de cuadra (creo inútil añadir: «¡era él!») se volvió. Dirigió un signo protector de cabeza a *Buif* y se echó a reír al reconocer a Lafrita... recordando la escena del Cristal-Palace, que tanto le divirtió.

—¿Qué hay de nuevo, Simons?—preguntó Bi-

card—. ¡Qué historia la del viejo Lardillon! Y ahora tu amo está a la sombra... El propietario, muerto; el entrenador, en la cárcel... Yo no jugaría a los caballos de su cuadra...

—Sí, todo ir completamente bien... Sí... todo...

—¡Pues no dice que todo va bien!—exclamó indignado *Buif*, dirigiéndose a *Lafrita*.

—Sí—explicó el mozo—. Tener tiempo libre. Quedarme en cama la mañana; fumar la pipa después en la cuadra; jugar al *football* cuando estar cansado de descansar... Nadie mandarme... y beberme el *whisky* de master *Hexam*; buen *whisky*, menos bueno que el del *Cristal-Palace*... ¡Oh!, los caballos tener también tiempo y ponerse gordos como cerditos lechales...

—¡Ah, buenol... Comprendo... Comprendo que en esas condiciones no tenga grandes deseos de ver regresar a su amo... Sin embargo, no creo que pueda usted tener queja de él, ni, sobre todo, de su mujer... Ella es quien le regaló cierto domingo... ¿era domingo, verdad?

Intencionadamente *Lafrita* insistió sobre esta interesante fecha.

—No, no; ser sábado noche. ¡Oh, yo acordarme bien! El amo haber vuelto de su viaje la noche antes.

—¡Si que te acuerdas bien! Parece que estaba furioso. Tenía motivos para estarlo, claro...

—No, no estar mucho—dijo *Simons*—. Golpeó en la puerta de su casa... ser las dos de la madru-

gada; no abrir nadie. Llamar más fuerte; no acudir nadie.

—¿Es él quien le ha contado todo eso?

—Saberlo yo porque cuando él estar muy fatigado, venir a la cuadra, donde yo estar cerca del sitio de *Galipette*. *Hexam* enviar al diablo las mujeres que dormir cuando marido estar en la puerta y él acostarse en la paja y roncar en seguida.

Lafrita se estremeció.

—¡Pero desgraciado! ¿Por qué no le has dicho todo eso al juez?

Simons abrió dos ojos sorprendidos y cándidos.

—El señor juez no preguntármelo; él querer saber solamente las extravagancias del duque de *Buckingham*.

—¡Si que es extraordinariol—murmuró *Lafrita*—. Pero ¿cómo es que *Hexam* también se ha callado?

—¿*Hexam*?—dijo *Buif*—. ¡Pero si todavía no han podido interrogarle! Ni siquiera se atreven a entrar en su celda... Está rabioso y recibe a todo el mundo a patada limpia.

—Pues no hay más que su mujer que pueda informar a la justicia; pero su mujer es otro asunto... ¿Está ahora en su casa?

—Creo que sí—contestó *Simons*.

—¡Vamos!

Cuando se dirigían a casa del entrenador, *Bicard* se detuvo de pronto soltando una formidable palmada sobre las espaldas de *Lafrita*.

—¿Pero qué pasa?—gritó éste molesto.

—¡Qué soy un imbécil!—dijo *Buif*.

—¿Y para decirme eso me martirizas las espaldas?

—No; es una cosa que recuerdo ahora... ¿Ha oído usted que Simons ha nombrado a *Galipette*?

—¿Y qué?

—Pues que eso es lo que me ha hecho recordar algo importante. El día en que fué hallado el cuerpo del viejo Lardillon, yo estaba con otro mozo de cuadra de Hexam, que se llamaba Wilson... Tal vez todavía se llame así, es probable... Este Wilson, que se apoderó de mi tabaco... sí, sí; aprovechándose de mi emoción, me robó... ¡Vamos! Hay gentes tan poco delicadas, que...

Lafrita sabía que cuando se dejaba a *Buif* lanzarse en una digresión era casi seguro que perdía por completo el hilo de su discurso y se ahogaba en un mar de detalles totalmente extraños a lo que quería decir. Así, pues, le interrumpió:

—Bueno; hablábamos de *Galipette*.

—¡Ah, sí!... Wilson me dijo aquel día una cosa: la víspera (el domingo por la mañana, por lo tanto) habían encontrado lleno de sangre el pesebre de *Galipette*. Como el animal no estaba herido, Hexam supuso que había echado sangre por la nariz y no quiso que comiera aquel día... Ahora se me ocurre que aquella sangre podía tener relación con el asesinato del viejo Lardillon.

—¿Pero no había nadie en la cuadra durante la noche del sábado al domingo?

—Claro que no, puesto que era Simons el que debía dormir allí y se fué de juerga el sábado por la noche...

—Todo eso parece probable—dijo Lafrita pensativo—. Pero para el juez eso constituiría un nuevo cargo para Hexam... En todo caso, la afirmación de Simons de que su amo pasó en la cuadra la noche del viernes al sábado, sería difícil de conciliar con ese hecho... Para que todo coincida, y dada por cierta la inocencia de Hexam, habría que admitir: primero, que el asesinato fué perpetrado en un lugar próximo, en la noche del viernes al sábado; segundo, que el cuerpo fué transportado a la cuadra de *Galipette*, para despedazarlo, en la noche del sábado al domingo... Es muy complicado, y prefiero creer que el animal sangró por la nariz.

—Yo también—dijo *Buif*—. No me gusta calentarme la cabeza.

Llegaban cerca de la casa de Hexam, cuyas ventanas, que daban a la carretera, estaban abiertas de par en par, a causa del calor probablemente.

Lafrita dirigió al interior una mirada un tanto indiscreta.

—La mujer de Hexam está ahí... Parece muy abatida la pobre... Como es seguro que no nos recibirá si nos hacemos anunciar, no hay más remedio que entrar sin llamar, y aunque nos ponga de patitas en la calle nada habremos perdido.

Lafrita abrió la puerta de la calle, que afortuna-

damente no estaba cerrada con llave, y seguido de Bicard atravesaron un vestíbulo y por pura fórmula llamó enérgicamente en una segunda puerta, entrando sin pedir permiso.

La mujer de Hexam, que se encontraba tendida en una *chaise longue*, se levantó de un salto, muy pálida.

—¡Caballero!—exclamó.

Cosa extraña que no escapó a la observación de Lafrita; la mujer pareció tranquilizarse al ver una cara desconocida. Por lo tanto, es que temía la llegada de alguien, y sin embargo, aquella puerta abierta, aquella facilidad para entrar...

Buif, que había entrado detrás de Lafrita, se dejó ver entonces y adoptó el aire más amable que le fué posible.

—No ocurre nada, señora—dijo—... es que pasábamos por aquí y se nos ha ocurrido entrar a hacerle una visita...; apuesto a que creyó usted que eran guindillas que venían para llevársela. No hay que hacerse mala sangre aunque la llevaran a darse una vueltecita por Versalles. Eso no perjudica a la salud. Yo que le hablo he estado allí, y fuera de la comida que...

Lafrita, furioso, agarró a Bicard por el brazo y, haciéndole dar una vuelta sobre sí mismo, lo relegó en un rincón.

—Le pido mil perdones, señora, si le molestamos; pero como hemos sabido la desgracia de su marido, desgracia inmerecida, de ello estoy seguro,

venimos a ponernos a su disposición... nosotros dos hemos estado mezclados a este asunto muy de cerca, yo como periodista y el señor Bicard como... testigo. Sería una verdadera satisfacción para nosotros si en algo podemos serle útil.

La señora de Hexam tenía un aspecto de extrañada. Sin embargo, trató de dominarse y sonreír.

—¡Ah, caballeros! Es un error, nada más que un error, y mi marido no tardará en ser puesto en libertad. No hay ninguna acusación seria contra él.

—Al contrario—dijo Lafrita amablemente—, la cosa es muy seria.

Y añadió, mirando fijamente a la señora de Hexam y recalcando las palabras:

—Eso lo sabe usted mejor que nadie.

La desgraciada estuvo a punto de desmayarse.

—¿Cómo puede usted decir, caballero...?

Lafrita se jugó el todo por el todo, y aproximándose a la señora de Hexam y bajando la voz, dijo:

—¡Ya lo creo! Usted estaba presente cuando el otro dió el golpe. ¿Verdad que fué aquí?

El repórter se arrepintió de haber sido tan brutal al ver el efecto terrible que produjeron sus palabras.

—¡Por piedad, cálese usted! Si supiera...

—¡Precisamente, señora, es necesario que yo sepa! Dígame todo, todo; es indispensable. Supongo que usted no querrá que su marido sea

condenado por un crimen del cual es usted cómplice.

—¿Cómplice?... ¡Ah, no! ¡No diga eso!... Va usted a saber...

La señora de Hexam hizo un visible esfuerzo para hablar; ponía en tensión su voluntad para confesárselo todo a Lafrita; pero tenía que luchar contra una influencia, contra una dominación, contra un poder desconocido.

Y Lafrita se sintió de pronto herido por un recuerdo. El había asistido a sesiones de hipnotismo experimental: de aquella manera era como la voluntad del sujeto se debatía contra la voluntad dominadora del magnetizador. Hay momentos en que la personalidad aniquilada lucha para ser dueña de sí misma y escapar a una dominación extraña.

Supongamos que habiendo sumido el experimentador en el sueño hipnótico a una persona (e incluso en estado de vigilia si esta persona se encuentra ya bajo su dominio como consecuencia de las precedentes sugerencias), ordena al sujeto que realice al día siguiente por la mañana un acto determinado.

Si este acto no tiene gran transcendencia, como ir a un sitio designado, acostarse en pleno día o ponerse los pantalones al revés, el sujeto lo realizará de una manera mecánica e inconsciente.

Si el acto es radicalmente contrario a los gustos y a los sentimientos del sujeto, como ir a besar a

una persona que detesta cordialmente, o arrojar por la ventana el contenido de su cartera, la obediencia a las órdenes dadas se efectúa con cierta repugnancia.

Si el acto es una fechoría o un crimen y el sujeto es fundamentalmente honrado, hay un conflicto terrible, una oposición de los buenos sentimientos, de la conciencia, en una palabra, contra la voluntad vacilante, y el resultado de este duelo interesante es muy incierto.

La actitud y la fisonomía del sujeto durante esta lucha son muy características para los que han estudiado de cerca los fenómenos de hipnotismo y sugestión.

Por eso Lafrita quedó muy sorprendido del aspecto y de las palabras de la señora de Hexam, mientras *Buif* sólo veía una incoherencia muy femenina y protestaba desde su rincón.

—Bueno; basta de comedia y no vayamos más por cuatro caminos... Estas golfas siempre quieren hacerse las interesantes y no pueden decir ni pío sin pronunciar antes un discurso para explicar su voto.

—¿Pero es que no ves en qué estado se encuentra esta pobre mujer?—dijo el periodista a su asociado.

—Eso es otra cosa—dijo *Buif*—. Si está bajo la influencia de su sexo, nada podemos, a pesar de todo... Tal vez sea que se encuentre en una posición interesante; yo me acuerdo que mi consorte,

antes de tener al pequeño, se mareaba por la cosa más insignificante... ¿Sabe usted lo que yo hacía? Pues le hacía beber medio litro de ron, y cuando había sudado bien...

Pero toda la atención de Lafrita estaba absorbida por la señora de Hexam, que poco a poco volvía a ser dueña de sí misma y recobraba su tranquilidad.

—Lo diré todo—dijo resueltamente—. Hay pruebas: las alhajas, que todavía están en su casa; el cheque del Crédit Lyonnais... no tengo miedo... ¡No, no tengo miedo de él!

La señora de Hexam repitió esta última frase con acento demasiado resuelto, como hacen los niños cuando quieren darse valor para atravesar una habitación en la obscuridad y persuadirse a sí mismos de que son muy valientes.

Lafrita escuchaba con ansiedad.

—Hable, señora, hable... Tiene usted razón; no hay peligro ninguno; la justicia está con usted, y mientras ella interviene, aquí tiene usted unos amigos.

—¿Verdad que sí?—dijo la pobre mujer—. ¿Quiere usted escribir lo ocurrido para llevarse al juez?... Yo firmaré si usted así lo quiere... Como detendrán al hombre en seguida, nada tendré que temer de él... ¿Verdad que no tengo que temer nada?

—Ante todo, dígame su nombre, y de lo demás yo me encargo.

La señora de Hexam iba a hablar, pero se quedó con la boca abierta, suspensa, con una expresión de intenso terror en el rostro... Se oyeron unos pasos en la carretera; pasó una sombra por delante de la ventana abierta. Sólo la pobre mujer pudo verla pasar; cuando Lafrita, que estaba de espaldas a la ventana, se volvió rápidamente para ver qué es lo que había podido producir aquel cambio en la actitud de la señora de Hexam (suponiendo que el cambio fué producido por una circunstancia exterior), ya no pudo ver absolutamente nada.

—¡Ya volvemos a las mismas!—dijo *Buif* desalentado—. Son crisis que se curan con unas píldoras que venden en las farmacias; yo no sé cómo se llaman esas píldoras; pero hay una pintura en la caja y vale cinco francos... ¡Qué ladrones, eh!

—¡Váyanse, por Dios, váyanse—gritó la señora de Hexam—; está ahí... tengo miedo, mucho miedo!

—Precisamente—dijo *Bicard*—no es el momento de dejarla sola si es que tiene miedo... no le harán nada mientras estemos con usted. En primer lugar, ¿dónde está ese fenómeno? Yo no veo a nadie.

Buif se asomó a la ventana; comenzaba a caer la noche, pero todavía había bastante claridad para que *Bicard* pudiera comprobar que la carretera estaba absolutamente desierta, lo que no le impidió, tanto para afirmar su temperamento valiente como

para tranquilizar a la mujer, lanzar al vacío unas cuantas invectivas:

—¡Acércate un poco, cobardel! ¡No tienes necesidad de ocultarte, granujal! ¡Sal de tu agujero y nos veremos las caras! ¡Vamos, aquí te espero y!

Entretanto, la señora de Hexam mostraba en su terror la más absurda obstinación.

—¡Por Dios, márchense! Si él me ve hablarles, estoy perdida... Hagan una cosa: vengán dentro de una hora, que será por completo de noche; yo no encenderé la luz y así podré decírselo todo.

No era posible negarse. Lafrita empujó a *Buif* delante de él y ambos se encontraron en la carretera.

—Parece que está un poco *tocada*—sentenció Bicard—. No hay que enfadarse por esto. Es una pobre mujer que ha perdido sus hombres: le han cortado uno en pedazos y al otro se lo meten en la cárcel... Se ha quedado viuda por todas partes. Y, claro, eso le ataca al sistema, la preocupa y tiene motivos sobrados para estar como está.

Lafrita parecía preocupado.

—Bueno, ¿qué hacemos?—dijo el *Buif*—. Yo creo que no nos queda más que volver a París, pues no tenemos ya nada que hacer aquí.

—De ninguna manera... Yo quiero saber a qué atenerme. Esa mujer nos ha dicho de volver dentro de una hora, y aunque sólo tuviéramos una probabilidad contra ciento de averiguar algo...

—¿Entonces nos vamos a quedar de plantón aquí en la carretera?

—Me parece que hay bastante luz para que leas lo que hay escrito encima de la puerta de esta casa... ¿No lo entiendes?

El rostro de *Buif* se iluminó.

El escrito en cuestión decía:

TABERNA

—¡Ah! Así ya es otra cosa—dijo Bicard.

Los dos amigos no tardaron en estar sentados en una salita de la taberna, y sucedió que por casualidad *Buif* conocía al dueño. *Buif* conocía todas las tabernas de Maisons-Laffitte, las cuales, con la ausencia de Bicard, habían perdido recientemente su mejor cliente. También pretendía *Buif* que conocía a todas las tabernas de París, pero en esto era seguro que exageraba.

—¿Qué tal, amigo?—dijo al que le servía—. ¿Cómo van los negocios?

A los taberneros les gusta mucho hablar de sus negocios, lo que les da ocasión para hablar mal del gobierno; los taberneros son muy fuertes en política y saben lo que quiere el país y qué mal padece el comercio. Así no es extraño que el tabernero a que nos referimos mordiera en seguida el anzuelo que le lanzó *Buif*... Tan en seguida, que hay que suponer que hubiese hablado de todas maneras de sus negocios, aun cuando nadie le hubiera preguntado nada.

—¡Los negocios!... ¿Cómo quiere usted que

marchen?... Vivimos bajo el terror, bajo la tiranía, peor que bajo el antiguo régimen... Un honrado comerciante no tiene ni siquiera derecho de ganar el pan con el sudor de su frente.

—Comprendido, comprendido — dijo *Buif* —. ¿Alguna nueva multa que le han puesto?

—Eso es—contestó el tabernero con amargura—. ¡Si sólo fueran multas!.. ¿Sabe lo que han inventado ahora?

—Dígamele, y lo sabré.

—Pues el alcalde de Maisons-Laffitte ha dado orden de que todas las tabernas estén cerradas a las once de la noche, y los gendarmes no se andan con contemplaciones; pasan las noches en la carretera para ver si me pueden pescar en falta... Tengo centinelas.

—¿Pero es posible que el alcalde sea tan mal sujeto?

—Es el otro el que lo hace todo... Ese pájaro, que es peor que el cólera.

Buif preguntó intrigado:

—¿Quién es el otro?

—¡Quién ha de ser! El suplente, el doctor Boudon, el Padre la Virtud.

—Entonces no me sorprende nada—dijo *Buif*—. Jamás he podido tragar a ese hombre. Aunque a mí nada me ha hecho, o casi nada.

—¿Sabe usted todo lo que ha imaginado ese animal, especialmente contra mí, a pretexto de moral y de orden público?... Aseguraba que todas las

noches, hasta las doce, había gente bebiendo en mi casa... ¡Como si mi establecimiento no fuera para eso, para beber!

—¿Pero cómo diablos sabía él lo que se hacía en casa de usted a las doce de la noche?

—¡Si es que se pasa el día y la noche metiendo su nariz por todas partes y molestando a las personas! Todas las noches pasaba por delante de mi puerta con su levita negra, su pantalón negro y su aspecto de santito.

—Hay que ser justos—dijo *Buif* con tono leal—. Usted no puede reprocharle que pase por delante de casa de usted con su levita y su pantalón negros. Si se paseara sin ellos sería él el multado, sin contar que todavía sería más feo verlo.

Lafrita, que hasta entonces no tomó parte en la conversación, manifestó de pronto vivo interés.

—Acaba usted de decir que el doctor Boudon pasaba todas las noches por delante de su establecimiento. ¿Pasaba a una hora fija?

—En todo caso siempre era bastante tarde.

—¿Y no sabe usted dónde iba?

—Supongo que a visitar a sus enfermos. No soy yo quien le tomaría como médico, porque es muy exigente.

—¿Muy exigente?

—Muy exigente para el dinero. En seguida que presenta la nota hay que pagársela, y es capaz de llevarle al Juzgado por una cuenta de cinco francos.

—De todas maneras, es muy raro que un médico haga siempre las visitas durante la noche, a la misma hora y a pie. ¿Qué clientes puede tener en esta carretera?

—Dada la dirección en que siempre iba, no hay más que la casa de Hexam.

—¡Ah!—dijo *Buif* iluminado—. Estoy seguro de que estaba encargado de dar algo a los caballos... Seguramente que les daba inyecciones con una pequeña jeringa para que ganaran al día siguiente.

—¡Vaya una idea de jugador!—dijo *Lafrita* riendo—. ¡Voy a contarles esto a tus clientes, vendedor de martingalas!

—La prueba de que iba a hacer algo que no quería que se supiera, es que se las ha arreglado para que cerraran esta taberna a las once. El se dijo: «Así podré ir adonde quiera, y nadie me verá pasar.»

Lafrita cesó de reír.

—Tal vez ahora estés en lo cierto, y no estoy lejos de creer lo mismo que tú, aunque diferimos sobre el motivo que podía obligar al doctor *Boudon* a ocultarse.

—Según usted, ¿qué motivos serían?—preguntó *Bicard*.

—No lo sé. Bueno, vámonos. Es ya de noche y ya sabes que nos están esperando.

Salieron; sólo tenían que dar algunos pasos para encontrarse delante de la casa de Hexam. *Lafrita* cogió a *Bicard* por el brazo y se detuvo.

—*Bicard*, hace una hora, cuando la señora de Hexam cambió de pronto de actitud y nos despidió, ¿no oíste unos pasos en la carretera?

—No me fijé.

—¿No te diste cuenta de otra cosa? ¿De un olor muy especial?

Buif husmeó el aire:

—Creo que sí; un olor de farmacia...

—Sí; el yodoformo... Me llamó la atención porque el cuerpo del conde de *Lestriivière* despedía el mismo olor cuando fué descubierto. El médico forense dictaminó que el asesino debió saturarlo de yodoformo para que se conservara más tiempo..., y luego, en diversas ocasiones, me ha perseguido ese olor, que siempre me recordaba el drama... Pues bien, ese olor invadía la habitación en que nosotros estábamos.

Aunque la noche era más bien calurosa, *Lafrita* tembló.

—He tenido la sensación bien clara (pero debo desconfiar de mis impresiones, porque soy muy nervioso) de que alguien acababa de entrar en la habitación en que nos encontrábamos, o en la otra contigua, y que ese alguien era el asesino o el fantasma de la víctima.

—¡Haga el favor de callarse!—dijo precipitadamente *Buif*—. Va a acabar por meterme miedo a mí también.

En aquel momento una forma humana se destacó de la sombra más espesa que formaban los ár-

boles que bordeaban la carretera y pasó rápidamente, cruzando a Lafrita, que se estremeció.

—¡Dios mío, qué prisa tiene ese ciudadano! — dijo Bicard—; y precisamente despide el olor de que hablábamos... Pero ¿qué le pasa a usted?

El repórter no era dueño de sus nervios y temblaba de pies a cabeza.

—¡Vaya, vaya! ¿Ahora va a tener usted miedo porque es de noche y porque hay gente que se perfuma con algo que no es agua de Colonia?... Es un contagio que ha cogido usted hablando con la señora de Hexam.

—Bicard—dijo Lafrita—, ¿puedes correr?

—Todavía no he perdido mi entrenamiento— contestó con orgullo Bicard—. Mis piernas son sólidas, y cuando quiero corro tanto como el primero.

—Pues corre tras de ese hombre y veas si le conoces. Debes conocerle.

Bulf partió como un rayo y no tardó en alcanzar al hombre, que, por lo demás, andaba lentamente. El misterioso personaje no tardó en encontrarse en el rayo luminoso que proyectaba la taberna, cuya puerta había quedado abierta. Entonces regresó Bicard. Reía.

—Pues no es usted poco aprensivo — dijo a Lafrita.

—¿Qué?

—Se apura usted porque un tipo que pasa cerca de usted huele a farmacia. ¡Si precisamente ese tipo es el doctor Boudon! Su oficio es oler a farmacia y a

todas las porquerías que hace tragar a sus enfermos.

—¿De modo que es el doctor Boudon?

—Eso parece... Y si no es él, está muy bien imitado. No olvide que ya nos equivocamos una vez en Auteuil, cuando creímos que era él...

Cosa extraña: Lafrita no parecía mucho más tranquilo.

—¡Cuánto daría por estar seguro de lo que sospecho!

—¿Seguro de qué?

—Del nombre del asesino.

—¡Ah, por eso también yo daría cualquier cosa! Hay en juego veinte mil francos y yo pagaría muy bien cinco francos por conocer esa martingala.

—Y no harías mal negocio—dijo Lafrita, que no pudo contener la risa.

Se encontraban delante de la casa de Hexam, donde observaron extraordinaria agitación: varias luces se movían de una habitación a otra y pasaban sombras por detrás de las cortinas.

—¡Han cerrado la puerta por dentro!—exclamó Lafrita, que intentó inútilmente levantar el picaporte—. No podemos llamar, porque la señora de Hexam tenía interés en que entráramos muy discretamente.

Sin embargo, llamó, y al cabo de un instante oyeron fuertes pisadas y se abrió la puerta, en la que apareció el rostro embrutecido de Simons, que llevaba una linterna de cuadra que enfocó contra los visitantes.

—¡Ah, ser ustedes! ¿Qué es lo que querer ustedes?

—Hablar con la señora de Hexam.

—¿La señora de Hexam? Ustedes no poder.

—¿Cómo que no? Si nos está esperando.

—No; no está esperando.

Buif cuchicheó al oído de *Lafrita*:

—Espere un poco, que yo arreglo en seguida esto.

Y soltó un vigoroso puñetazo en el vientre de *Simons*, que dejó caer la linterna.

—¿Quieres apartarte en seguida, sí o no?

Simons se apretaba el estómago y dijo lentamente:

—¡Oh, ser ustedes tontos!... Yo decir: la señora de *Hexam* no esperarles, no esperar a nadie... haber muerto.

Y cogió su linterna, que se había apagado al rodar por tierra.

—¿Conque ha muerto la señora de *Hexam*?— exclamó *Buif*. —¿Pero qué es lo que dice este idiota?

Lafrita intervino:

—Vamos, muchacho; pero si la hemos visto nosotros hace una hora y hemos estado hablando con ella...

—Estar muerta, decirlo yo—repitió *Simons* obstinadamente—. El doctor *Boudon* ha venido y se ha marchado para certificar...

—¿Pero cómo ha ocurrido eso?—preguntó *La-*

frita—. ¿Ha sido una muerte súbita, un accidente, qué?

—Yo decirles lo que me ha contado la doncella: una hora hace próximamente venido aquí doctor *Boudon* y decir que venir visitar la señora de *Hexam*, que estaba completamente muy enferma. La doncella quedarse sorprendida porque no saberlo, pero hizo entrar doctor, y al verlo la señora *Hexam* exclamar: «¡Oh!» El doctor decir a la doncella: «Váyase y cierre la puerta...» Doctor salir un cuarto de hora después y decir: «¡Se acabó! ¡Ha sido imposible salvarla! Le he dado una inyección de suero; pero el corazón no quiere andar. Avise al señor *Hexam*...» Doncella entrar y encontrar su ama muerta; ella ponerse a gritar de miedo porque el ama le miraba con ojos muy grandes, completamente muertos. Yo era el solo hombre y la doncella decirme que yo cerrara los ojos a la señora *Hexam*, porque si no, no se atrevía a entrar. Yo intentarlo, pero no poder. Han ido a buscar al cura; siempre se va a buscar al cura...

Lafrita reflexionaba profundamente:

—Cuando vino el doctor *Boudon*... es decir, antes de que viniera, ¿sabe usted si alguien fué a buscarle de parte de la señora *Hexam*?

—Probablemente, puesto que él venir.

—¿Pero no sabe usted quién es el que ha ido a buscarle?

—No.

—¿Y cuando el doctor entró en la habitación

de la señora Hexam estaba realmente enferma?

—Probablemente, puesto que ha muerto.

Lafrita había hecho esta pregunta en voz baja, como si hablara consigo mismo. Pronto se convenció que no sacaría nada más de Simons.

—Vámonos—dijo a *Buif*—. Ya no tenemos que hacer nada aquí.

Mientras esperaban el tren en la estación, preguntó bruscamente a Bicard:

—¿Qué piensas de esta muerte?

—Lo que yo pienso es que mi mujer me va a armar un escándalo por llegar tarde. Se va a creer que me he estado divirtiendo. Y Dios sabe si...

Bicard levantó al cielo los ojos del justo calumniado.

—¿No se te ocurre otra cosa?—dijo Lafrita nervioso—. Pues bien, te voy a decir un secreto: la señora de Hexam ha sido asesinada, y asesinada a causa de nosotros.

—¡Cómo!

—Sí, por lo menos a causa de nuestra visita. El asesino del conde de Lestrivière ha echado mano de un procedimiento seguro para impedirle continuar sus confidencias.

—Pues sí que se le ocurren a usted unas cosas—dijo *Buif* aterrado—. ¿Entonces es culpa nuestra? Pero inmediatamente hizo una reflexión que tranquilizó su conciencia.

—Es decir, culpa de usted, porque no es a mí a quien se le ha ocurrido venir a Maisons-Laffitte.

Usted es quien ha venido a buscarme y supongo que no lo negará.

—¿Cómo podía yo suponer...? ¡Ese hombre es terrible! ¡Trabajo nos va a costar descubrirlo!

—Sin embargo, a mí me parece que con este nuevo crimen no será difícil, porque al examinarla el Juzgado se descubrirá que ha sido asesinada.

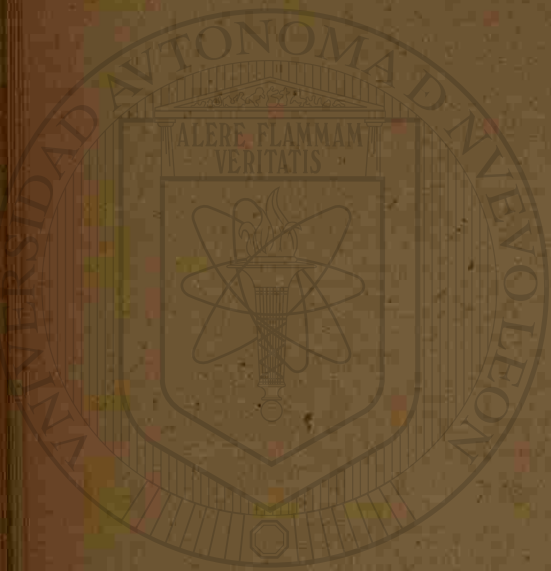
—No—dijo Lafrita.

—¿Por qué?

—Porque el médico forense se llama doctor Boudon.

Pero *Buif*, que no comprendió el pensamiento de su asociado, siguió una falsa pista.

—Es verdad—dijo—, Boudon no verá más que musarañas. ¡Es tan imbécil...



CAPÍTULO VI

SOBRE LA PISTA

LAFRITA había sacado de su entrevista con la señora Hexam dos indicaciones preciosas que iban a servirle de punto de partida para su campaña.

—Existe el cheque..., existen las joyas—había dicho la desgraciada.

Así, pues, en el origen, o como consecuencia del crimen, existían unas joyas y un cheque y, por lo tanto, se trataba de un asesinato cuyo móvil había sido el dinero.

No era nada extraño que la justicia no hubiese descubierto nada a este propósito. La justicia, luego de creer que el culpable era Bicard, hizo recaer sus sospechas sobre Hexam, y creía a ojos cerrados que se trataba de un drama de celos. No se había tomado el trabajo de investigar si al mismo tiempo que el conde de Lestrivière era asesinado, había sido retirada, bajo cualquier forma, una suma de dinero de su propiedad. ®

Lafrita podía muy bien llevar a efecto sus indagaciones. No le fué difícil descubrir al mayordomo del difunto, que no tenía razón alguna para negarle los informes que le pedía.

—¿El conde de Lestrivière llevaba habitualmente consigo algunas joyas?

—El señor conde llevaba un alfiler de corbata con una hermosa perla; un cronómetro de gran valor; una botonadura de camisa con perlas... Nada más... ¡Ah, sí! También llevaba un diamante montado en platino.

—¿Y no han encontrado ninguna de estas joyas, ni en París ni en la villa de Maisons-Laffitte?

—Seguramente que en poder de alguien deben estar—contestó el mayordomo.

—Eso es lo que yo quisiera averiguar... ¿Llevaba el conde un *carnet* de cheques?

—Siempre. Jamás llevaba dinero en efectivo. Como tenía cuenta corriente en el Crédit Lyonnais, daba un cheque cuando tenía que pagar algo.

—¿Y tampoco han encontrado el *carnet* de cheques?... ¿El criminal no puede haber falsificado un cheque y presentarse a cobrarlo en el Banco?

—Como usted puede suponer, hemos avisado al Banco para que no pague cheque alguno.

—Sí, cuando identificaron el cadáver; pero antes, es decir, entre el momento del asesinato y el en que la víctima fué identificada, el asesino ha tenido tiempo de...

Y en aquel instante una idea súbita iluminó el

cerebro de Lafrita. Tenía un hilo del drama. Ya sabía el motivo de la horrible preparación del crimen, del descuartizamiento, de la coartada de Simons, de la falsa pista hábilmente preparada, de la razón que tenía el asesino de disponer de unos días antes de que se identificara la víctima... ¡Todo lo comprendía! Se trataba de cobrar un cheque que debió ser pagado sin despertar recelos, sin la sospecha de que la firma pudiera ser falsa y el firmante dejado de existir.

Desgraciadamente, así como una certidumbre en el hipódromo se desvanece brutalmente al aparecer el número del caballo ganador, así también la hipótesis tan brillantemente construida por Lafrita cayó por tierra con esta simple frase de su interlocutor:

—El último cheque puesto en circulación por el conde de Lestrivière llevaba escrita, de su puño y letra, la fecha del 12, y el conde fué asesinado el 16... Como usted comprenderá, hemos tenido buen cuidado de informarnos.

—¡Ah!—exclamó Lafrita.

Y por decir algo, añadió:

—¿Era un cheque importante?

—¡De cuarenta mil francos! Esta circunstancia es la que llamó la atención... Pero el cheque era corriente y estaba extendido a la orden del señor Goldenmayer, un joyero que conocía muy bien al señor conde.

—¡Cuarenta mil francos de joyas de una sola vez!

—Las mujercitas hacen un gran consumo de ellas. El señor conde quería ser amado por sí mismo y sólo ofrecía pequeños recuerdos en forma de sortijas, brazaletes, collares. El señor Goldenmayer era el proveedor. También era muy complaciente y, al día siguiente del en que el conde hacía el regalito, si la interesada le devolvía la joya, jamás se negaba a admitirla, devolviendo el dinero que le conde había pagado... menos, como es natural, una modesta comisión que variaba entre el 25 y el 40 por 100. Hay que vivir...

Lafrita dió las gracias al mayordomo por los informes que tan amablemente le había dado y salió.

Un secreto instinto le inducía a continuar esta pista, aunque parecía falsa. Las palabras de la señora de Hexam sobre el cheque, la cifra enorme del mismo, el nombre del intermediario que lo había cobrado y el aspecto sospechoso de su comercio, todo le incitaba a ir hasta el fin.

Para ello empleó una estratagema que siempre le dió resultado en sus reportajes. Pasó por la redacción a tomar un *kodak* y se presentó en el Banco, donde solicitó entrevistarse con el jefe de cartera.

—Vengo—le dijo—de parte de *El Gran Diario*, siempre cuidadoso de poner ante los ojos de sus lectores aquellos documentos susceptibles de interesarles... ¿Quiere permitirme que tome una fotografía del último cheque firmado por el conde de Lestrivière?

El jefe de cartera adoptó una actitud importan-

te, y contestó lo que todo jefe digno de serlo hubiera contestado:

—Voy a consultar con la dirección.

Menos de una hora después, lo que realmente es rápido, Lafrita sabía que la dirección no veía ningún inconveniente en que fotografiara un cheque que no había originado ninguna dificultad contenciosa.

Y menos de dos horas después, lo que tampoco deja de ser rápido, confiaban a Lafrita el precioso documento.

Al primer golpe de vista reconoció que el cheque llevaba la fecha del 12; que iba firmado por el conde de Lestrivière, aunque no podía comprobar la autenticidad de la firma, y que lo había cobrado el señor Goldenmayer, cuya dirección anotó cuidadosamente.

—¿Qué día fué pagado este cheque?—preguntó al empleado que se lo trajo.

—Ahí está, debajo de la firma... El 18 de mayo.

—¡Ah!

Lafrita pensó inmediatamente: «El conde ya había muerto hacía dos días.»

No pudo resistir a la tentación y aproximó el cheque a la nariz para olerlo: el cheque apestaba a yodoformo.

Lafrita se quedó completamente atontado, hasta que al cabo de unos minutos le dijo el empleado:

—¿Quiere usted hacer la fotografía? Porque yo tengo que hacer algo más que mirarle a usted.

Lafrita tomó la fotografía y salió con el cerebro lleno de ideas en desorden.

—¡Es preciso que vaya a ver a ese Goldenmayer!—se dijo.

Y fué inmediatamente.

El señor Goldenmayer tenía una hermosa tienda cerca de la plaza de las Victorias. Lafrita encontró en ella a un joven de perfil de cordero, de cabellos lanosos sobre un cráneo que, por la forma, parecía un huevo, y que llevaba unos lentes de oro sobre una nariz convexa.

El joven estaba cortándose las uñas con el cuidado y la precisión que podía poner en cincelar las joyas de su patrón. Y luego, con una evidente preocupación de no desperdiciar nada, recogía cuidadosamente en un papel los pedazos provenientes de la operación.

—¿Está el señor Goldenmayer?—preguntó Lafrita.

El joven de perfil de cordero miró con insolencia al periodista y debió calcular que era un cliente sin importancia, pues contestó sin vacilar:

—¿Se trata de joyas o de negocios?... Porque si se trata de joyas yo puedo servirle.

Lafrita no perdió el tiempo en pensar qué clase de negocios podía tratar aquel pájaro, que no fueran de joyas, y contestó con el mayor aplomo:

—Se trata de negocios.

El joven indicó a Lafrita una escalera interior.

—Llame a la puerta del despacho. Si le contes-

tan que entre, entra, y si no, puede sentarse y esperar en el último peldaño.

Lafrita subió la escalera y no tuvo que llamar, pues el señor Goldenmayer estaba en acecho desde que oyó hablar en la tienda.

—¿Qué desea usted?

Lafrita contestó lo mismo que al empleado:

—Vengo para un negocio.

Pero el santo y seña no hizo mella en el señor Goldenmayer.

—¿Qué negocio?—preguntó.

—Un negocio del conde Lardillon de Lestriviè-re—contestó Lafrita, que no quería ir con rodeos.

La evocación de semejante negocio pareció ser soberanamente desagradable al señor Goldenmayer, quien, sin embargo, se apartó para dejar pasar a Lafrita.

—Entre en mi despacho—dijo.

Hizo sentar a Lafrita, se instaló él detrás de una mesa cargada de papelotes y fijó en él la mirada de sus ojillos redondos y escrutadores. El señor Goldenmayer parecía un enorme ratón, y Lafrita sacó de su inspección una desagradable impresión.

—No sé qué negocios pueda tener yo con el conde Lardillon... ¿Viene usted de la parte de Ripolín para algo relacionado con la testamentaria?

—No, nada de eso—contestó Lafrita.

—¿Es usted de la policía?

—No, no soy de la policía—contestó el periodista de más en más inquieto.

—Entonces...

Lafrita se decidió.

—Venía a pedirle algunos informes sobre un cheque, sobre un cheque importante que el conde de Lestrivière extendió a nombre de usted poco antes de su muerte. Deseaba...

—¿Qué desea usted?—preguntó con tono agrio el señor Goldenmayer.

—Deseo saber qué negocios dieron origen a que el conde le firmara un cheque de suma tan considerable... También me gustaría saber por qué tardó usted seis días en cobrar ese cheque, puesto que éste lleva la fecha del 12 y usted no lo cobró hasta el 18.

—Joven—dijo el señor Goldenmayer sonriendo—, me ha dicho usted que no es de la policía.

—No, yo soy periodista.

—Pues bien, si usted no es de la policía, no veo por qué he de revelarle el secreto de mis negocios. Si yo no fuera un hombre bien educado, le pondría en la puerta; pero como soy bien educado, me limitaré a decirle que a usted no le importa.

El señor Goldenmayer se levantó, indicando así que la entrevista había terminado.

Lafrita, bastante humillado, se caló el sombrero y se dispuso a bajar por la misma escalera que había subido.

—No, por ahí no—dijo el señor Goldenmayer—. No tiene usted necesidad de volver a pasar por la tienda...

Lafrita pensó inmediatamente: «Tiene miedo que le sonsaque algo al empleado.»

Entretanto el señor Goldenmayer había abierto otra puerta disimulada por un tapiz.

Lafrita, luego de atravesar un pequeño vestíbulo, se encontró en una escalera de servicio que daba al patio de la casa, y del patio, por la puerta cochera, a la calle. (Retengan bien estos detalles topográficos, pues servirán más adelante para comprender algo... Yo daría un plano para mayor claridad, pero no sé dibujar.)

—Creo que me acaban de poner de patitas en la calle—se dijo Lafrita.

Apenas había dado algunos pasos en la calle, cuando se detuvo bruscamente.

—¡Pero esto es ya una obsesión!—exclamó.

Había sentido el horrible olor a yodoformo que tanto le obsesionaba desde que se descubrió el crimen de Maisons-Laffitte.

Dirigió una mirada en torno suyo y sólo vió las espaldas de un caballero que parecía muy absorbido por la lectura del anuncio, pegado a la pared, de un purgante. El olor persistía.

—Yo conozco esas espaldas—se dijo Lafrita, y se aproximó a la pared para leer aquel anuncio tan interesante.

Inmediatamente, las espaldas que le intrigaban se volvieron un poco y se presentaron a él lo mismo que antes, sin permitirle ver el rostro que sostenían. Y el desconocido echó a andar.

—¡Sí, sí!—dijo Lafrita entre dientes—. Puedes marcharte... Creo que te hubiera reconocido aunque estuviera ciego... ¡Vaya, vaya! De modo que el doctor Boudon tiene miedo de que yo le vea, puesto que vuelve la cara apenas me ve...

Lafrita siguió con la mirada la silueta negra del médico, que no tardó en desaparecer bruscamente por la derecha, aunque no había calle lateral alguna.

—¡Pero si ha entrado en casa de Goldenmayer! Es preciso que yo escuche su conversación.

Lafrita tuvo entonces una de esas felices inspiraciones que hubieran hecho de él un policía notable con algo más de sangre fría y experiencia.

El doctor Boudon había entrado en casa del joyero por la puerta de la tienda y era casi seguro que subiría, por la escalera interior, al despacho del señor Goldenmayer.

Pero aquel despacho tenía otra salida que Lafrita conocía, y como la había utilizado para salir, le era fácil utilizarla para entrar. Franqueó, pues, la puerta cochera, subió por la escalera de servicio y se encontró ante la puerta del vestíbulo que daba acceso al despacho del joyero... Vaciló un momento.

—Si me encuentro de manos a boca con uno de esos dos canallas que hablan ahí dentro, les diré que había olvidado mi *kodak* y que he vuelto a buscarlo.

Hizo girar suavemente el botón de la puerta y entró de puntillas en el vestíbulo. Aplicó el oído y

se estremeció de alegría, pues oía con toda claridad lo que se hablaba en el despacho del señor Goldenmayer.

—Hace buen tiempo, pero el aire es fresco—decía una voz masculina que Lafrita no reconoció.

—¿Y su suegra se encuentra bien de salud?—decía otra voz femenina.

—Está un poco enferma desde ayer; pero se ha purgado esta mañana y ya se encuentra mejor.

Lafrita se cogió, desesperado, la cabeza con las manos.

—¿Es que me he vuelto loco?—se dijo.

Pero de pronto le vino súbitamente una idea, salió a la escalera y lo comprendió todo.

Llevado de su entusiasmo, había subido un piso más y escuchaba, con censurable indiscreción, una conversación que sostenían gentes desconocidas y que, además, no le interesaba.

Sí, Lafrita era demasiado nervioso para ser un buen policía.

Tuvo que bajar de nuevo veintidós peldaños, hacer girar el botón y... se encontró en otro vestíbulo... Esta vez el éxito fué completo. Jamás creyó que pudiera experimentar alegría tan grande oyendo hablar al señor Goldenmayer.

—Tiene usted mala cara, doctor—decía el joyero fingiendo interés—. Debe cuidarse. Se fatiga usted demasiado... Además, la muerte de esa pobre señora le ha afectado mucho... Creo que era usted muy amigo de ella...

—¡Cállese!—contestó con rudeza el doctor Boudon—. ¡Ocupese solamente de sus asuntos!

—De *nuestros* asuntos—replicó amablemente el señor Goldenmayer—. ¿Qué decía usted al entrar?...

—Decía que necesito dinero y que usted no debe, no puede negarse a prestármelo...

La voz del señor Goldenmayer se hizo amable, persuasiva.

—Desde luego; no faltaba más, mi querido doctor. ¿Cuánto necesita? Veinte, cuarenta francos, hasta ciento...

—¡No se burle usted! Necesito cinco mil francos.

—¡Dios mío! ¡Cinco mil francos! ¿Y para qué quiere tanto dinero? ¿Y de dónde quiere que yo lo saque?

Tras un silencio, la voz del joyero continuó con un tono de reprensión afectuoso y fraternal:

—No es usted razonable, mi querido doctor. ¡Gastar, a su edad, tanto dinero con las mujeres! Y, sobre todo, jugar... Cuando pienso que en Maisons-Laffitte le absolverían sin confesión...

Lafrita escuchaba ansioso. Así, pues, era el doctor Boudon a quien encontró aquel día en el hipódromo de Auteuil; era este austero personaje, llamado el Padre Virtudes, el que, bajo una máscara hipócrita, estaba devorado por las pasiones hasta el punto de conducirlo al crimen.

La voz de Goldenmayer continuó:

—¡Pronto han desaparecido los veinte mil francos de la pequeña operación!

—De esos veinte mil francos no tiene usted nada que reprocharme. Usted cobró la misma cantidad.

—Sí; pero he corrido un grave riesgo y justo es que cobrara alguna comisión... Usted me trae una noche un cheque con la firma de Lardillon de Les-trivière, un cheque a mi orden que, entre paréntesis, despedía un olor muy raro. Inmediatamente me ofrece usted 30 por 100 para que afirmara, *sucediera lo que sucediera* más tarde, que el conde me había entregado personalmente, tres días antes, y firmándolo delante de mí... ¡Bien!... 30 por 100 era demasiado o poco, y quedamos en 50 por 100. Yo he cumplido lealmente lo estipulado. Poco tiempo después supe cosas muy raras, que de saberlas antes, tal vez no hubiera aceptado... o hubiera aceptado el 80 por 100... Pero mi palabra es oro y he afirmado a la justicia lo que prometí a usted decir. ¿Es esto cierto o no?

—No se trata de eso... Yo le he proporcionado un negocio que, en realidad, ha resultado excelente, y usted ha ganado 20.000 francos. Ahora le pido un adelanto de 5.000 francos, porque en este momento me encuentro algo apurado. ¿Qué razón tiene usted para negarme ese favor?

El señor Goldenmayer contestó con la mayor naturalidad:

—Pues la razón, bien sencilla: que usted me pide dinero sin ofrecerme garantías de pago.

Siguió un silencio. Luego, la voz del doctor Bou-

don continuó, pero tan baja, que Lafrita sólo consiguió oírla con dificultad.

—¡Pero si yo le traigo garantías! Mire estas joyas. ¿No cree usted que valen 5.000 francos?

Se oyó una risa burlona.

—¿Garantía estas joyas? ¡Pero si no valen nada! Al contrario, sólo sirven para llevar a la cárcel a su poseedor... ¿Cómo deshacerse de ellas? Todos los joyeros de París tienen su descripción... Las joyas que en el momento de ser asesinado llevaba el conde Lardillon son muy conocidas. Este es el cronómetro... éste el solitario... el alfiler de corbata...

Lafrita se había metido los dedos en la boca y se los mordía para no gritar. En aquel momento habría dado cuanto poseía por tener a mano un guardia de seguridad. Era un verdadero suplicio de Tántalo. Tenía a los criminales al alcance de su mano, oía sus confesiones, las pruebas del crimen estaban allí... ¡y nada podía hacer!

—¡Vaya con cuidado, que está usted acabando con mi paciencia!

—¿Piensa usted cortarme en pedazos? Le advierto que no pienso prestarme a ello. Tampoco creo que vaya usted a darme una de esas inyecciones de estriknina como la que administró a la pobre señora de Hexam porque se dejó ir un poco de la lengua... ¡Pobre mujer! Aun no hace un año, ¡qué enamorado de ella andaba usted! Por entonces le costaba cara... Luego le produjo, cuando el

asunto del conde de Lardillon, el primo que usted cortó en pedazos, ¿eh?... De no disponer usted de la señora de Hexam, no hubiera podido atraer al conde a casa de ella, ni hubiera usted podido matarle en el dormitorio de la infeliz, ni cortarlo en pedazos la noche siguiente en la cuadra, en el pesebre de *Galipette*... La pobre señora no le sirvió de grado, ¿eh? La hipnotizó usted... Ya ve que estoy bien informado... Todo eso no podrá hacerlo conmigo... Le conviene ser prudente, créame... Vaya a visitar a sus enfermos... ¡Adiós, doctor!

Lafrita comprendió que el doctor Boudon iba a salir del despacho y que no había que perder tiempo.

Bajó apresuradamente las escaleras, salió a la calle, que atravesó, y desde allí esperó la salida del médico.

Púsose a seguirlo a cierta distancia y reflexionó sobre lo que debía hacer.

No tardó en encontrar un plan que le pareció admirable y que consistía en denunciar lo que sabía al primer guardia que encontrara y hacer conducir el criminal a la comisaría más próxima. Allí le registrarían, encontrarían en sus bolsillos las alhajas de la víctima y no tendría más remedio que confesar su crimen.

Lafrita, de acuerdo con este plan, llamó a un guardia que se paseaba tranquilamente:

—¿Quiere usted ayudarme a detener un peligroso criminal?

El guardia miró sorprendido a Lafrita, que manifestaba una inquietante agitación.

—¡Sí, sí!—insistió el repórter—, ese caballero que va delante... ¡Pero sígale de prisa! ¡Se nos va a escapar!

El guardia preguntó gravemente, atusándose los bigotes:

—¿Ese señor tan respetable que va de levita y sombrero de copa?

—Sí, ese señor tan respetable ha cortado en pedazos desiguales a otro señor no menos respetable... Tengo pruebas... ¡Dése prisa!

—Pues vamos allá... vamos—dijo el guardia.

Sin afectación puso una mano sobre el hombro de Lafrita, y con la otra mano llamó a un compañero que se paseaba por allí.

Y los dos agentes, simultánea y conjuntamente, cogieron a Lafrita, cada uno por un brazo, y le llevaron a la enfermería del Depósito...

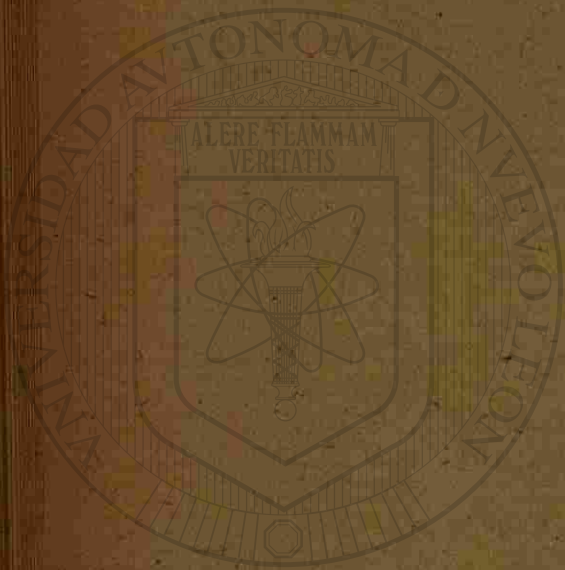
Al día siguiente, el señor Bidasse, director de la sección «Crímenes y Sátiros» de *El Gran Diario*, redactaba un espiritual suelto sobre el loco que había pretendido hacer detener un honrado ciudadano, como autor de cierto asesinato, cuando uno de los redactores le preguntó:

—¿Sabe usted quién era ese loco?

—No, pero me da igual. El suelto está ya escrito.

—Pero no puede publicarse, porque ese loco es nuestro amigo Lafrita.

—Muy curioso, muy curioso... Es una gran idea que me sorprende en él... Ha querido hacer un reportaje vivido sobre la enfermería del depósito. ¿Es que realmente se podrá sacar algún provecho de ese muchacho?



CAPITULO VII

LA OLLA DE BARRO Y LA OLLA DE HIERRO

DE suerte que me han dado una ducha, me han puesto la camisa de fuerza, y nuestro asunto no ha adelantado nada; antes al contrario. Lafrita explicaba a su amigo Bicard su reciente aventura.

—Si yo me encuentro en su lugar—contestó Bicard—no hubiera maniobrado de esa manera. No se puede sacar nada de provecho de los guindillas. Le hablo por experiencia...; es una raza que no se puede mejorar; fuera de la verga no saben nada. Yo hubiera obrado así: Habría comenzado por caer sobre Boudon y propinarle unos buenos puñetazos, lo que me hubiese calmado los nervios. Eso para comenzar. Entonces no habrían tenido más remedio que llevarnos a los dos a la comisaría, donde yo habría contado al comisario, que no hubiese tenido más remedio que escucharme, todo lo de las alhajas.

—El resultado habría sido el mismo. A usted lo hubiesen tratado de borracho, como a mí me han tratado de loco; le habrían enviado al calabozo, como a mí me enviaron a la enfermería. El doctor Boudon habría renunciado generosamente a que el asunto siguiera adelante, y se habría retirado oyendo elogios por todas partes, mientras que ahora no sospecha que estemos sobre la pista; no desconfiemos, y todavía podemos sorprenderlo.

—¿Pero cómo?

Lafrita reflexionó.

—Lo mejor, sin duda alguna, sería ir a visitar al juez de instrucción que instruye las diligencias, y referirle toda la verdad. Haciendo inmediatamente un registro en casa del doctor Boudon, que como decía no sospecha nada, hay probabilidades de encontrar, no sólo las alhajas de la víctima, sino también otras piezas de convicción; luego, haciendo la autopsia a la señora de Hexam, se comprobaría que murió envenenada por la estricnina...

—¿Quiere usted mezclar en este asunto al juez Chennevert?

—Creo que es lo mejor.

—Es que... no tiene usted idea de lo bruto que es. Yo puedo decirlo, porque le he tratado de cerca... Es un pobre hombre que ni siquiera es capaz de comprender lo que es un *handicap*. Yo traté de explicárselo para pasar el rato. Es interesante, es instructivo, ¿no es verdad?; pues bien, no comprendió ni jota.

—Bueno, Bicard, vamos a intentarlo de todas maneras. Tú vendrás conmigo, y me presentarás.

El repórter y su compañero tomaron el tren de Versalles y fueron al Palacio de Justicia. El juez de instrucción estaba en su despacho, y Lafrita hizo pasar su tarjeta sin mencionar para nada a Bicard.

Cuando el repórter, pocos minutos después, llegó a la presencia del señor Chennevert, éste quedó literalmente aterrorizado al ver a *Buif*.

Pero *Buif*, sin aparentar darse cuenta de la impresión que producía, se adelantó con la mano extendida.

—Buenos días, señor juez—dijo—. ¿No se ha olvidado usted de mí, verdad?... ¡Qué buenos momentos hemos pasado juntos en este despacho! No puedo recordarlo sin conmoverme... Me parece que estoy viviendo aquellos momentos. Yo estaba sentado en esta silla..., usted detrás de esta mesa, y me miraba con los mismos ojos y los mismos lentes... ¡Exactamente los mismos lentes!

Y *Buif* insistía sobre esta coincidencia, que le parecía muy curiosa.

—Usted, señor juez, siempre fué muy amable conmigo; me trató como hombre del gran mundo... A mí se me podrá reprochar lo que se quiera, pero cuando alguien se porta bien conmigo (aunque su oficio sea, no diré deshonesto; pero, en fin, no quisiera, a pesar de todo, ver a un hijo mío descarriarse así... pues si se le ocurriera ser guindilla o

juez, ¡le daría cada paliza, hasta que cambiara de ideal...); bueno, decía que cuando un hombre se porta bien conmigo, siempre le estoy agradecido, queda bajo mi protección, y por eso...

El señor Chennevert escuchaba a su verdugo con la resignación de un mártir. Sabía que cuando *Buif* se lanzaba en una peroración no existía fuerza humana que pudiera detenerle... Tampoco había olvidado que *Buif*, por su detención injustificada, había adquirido derechos imprescriptibles a obsesionarle, a él, pobre juez de instrucción, hasta su muerte (es decir, hasta la muerte de *Buif* o hasta la del señor Chennevert, *ad libitum*).

—Y por eso—continuó *Buif* como un caballo desbocado—he venido a echarle una mano. Me he dicho, y he dicho a mi amigo Lafrita: «Ese pobre señor Chennevert no es capaz de desembrollar lo del crimen de Maisons-Laffitte; es una cosa superior a sus medios. Pues bien, vamos a ayudarle un poco, vamos a regalarle una martingala.» Porque ha de saber usted que nosotros, *sportsmen*, tenemos la inteligencia desarrollada por la fuerza de las cosas; cuando hay que descubrir el caballo ganador, entre veinte que toman parte en la carrera, hay que apurar las facultades, hay que ser un lince... Y claro, estamos mucho mejor preparados que un simple juez de instrucción... Supongamos un buen caballo que ha corrido mal adrede para que crean que perderá y no le apueste nadie: pues es lo mismo que un asesino que ha preparado la

coartada. Pues bien, cuando un caballo hace esto, el verdadero *sportsman* lo sabe. Pero veo que usted no me comprende, pues me mira con ojos de gato espantado... Voy a ver si explicándole la cosa de otra manera...

Lafrita tuvo piedad del señor Chennevert. Además, no quería perder tiempo.

—Lo que Bicard quiere decirle, lo que seguramente conseguiría decirle elocuentemente si dispusiéramos de dos horas para escucharle, se lo voy a decir yo en pocas palabras.

El juez volvió hacia Lafrita su mirada agradecida.

—Venimos a decirle sencillamente que conocemos al asesino del conde Lardillon de Lestrièvre.

—Yo también—contestó el señor Chennevert.

—Yo he presenciado la confesión de su crimen.

—Yo también.

—¡Ah!—dijo Lafrita desconcertado.

Al mismo tiempo, *Buif* murmuraba:

—Todo eso es para darse pisto.

Lafrita insistió:

—No es Hexam.

—Es Hexam—replicó el juez—. Ha confesado.

—¿Que ha confesado Hexam?

—Sí, señor. No hay razones que me obliguen a guardar silencio. Su confesión ha tenido lugar delante del abogado que se le ha nombrado de oficio.

—¿Podría saber yo en qué términos y en qué circunstancias ha confesado?

—Primero negó violentamente, y sus negativas fueron tan enérgicas que dos de sus guardianes tuvieron que ser llevados a la enfermería, uno con la mandíbula destrozada y el otro con dos costillas rotas.

Buif escuchaba estos detalles con cierto interés.

—¡Les está muy bien! Eso les enseñará a no hacer trampas cuando juegan a las cartas con infelices detenidos.

—Después—continuó el señor Chennevert—Hexam fué presa de un profundo abatimiento cuando supo la muerte de su esposa, muerte que sin duda conocen ustedes.

—Sí, algo sabemos...—dijo *Buif*.

—Y esa muerte—continuó con tono profundo el juez—, la muerte de esa pobre mujer, tan súbitamente arrebatada, a pesar de los solícitos cuidados del doctor Boudon...

—¡Yo lo creo!—dijo de nuevo, entre dientes, *Buif*.

—... Esta muerte acabó por completo con la energía del acusado, quien preguntó llorando como un niño por qué nos obstinábamos en atormentarle. Yo le contesté que mi deber era interrogarle mientras continuara él negando...

—Me imagino lo ocurrido—dijo *Buif* con desprecio—. Hexam es un tipo que no sabe tratar con

los jueces de instrucción... no es como yo. Yo me encontré en la misma situación que él y no me negaré usted, señor juez, que supe salir adelante.

El señor Chennevert sintió un escalofrío al oír las palabras de *Buif*.

—Hexam—continuó el juez—preguntó entonces si se le dejaría tranquilo si confesaba lo que yo le pidiera confesar. También preguntó si en tal caso se le permitiría hacerse traer a la cárcel algunas cosas cuyo uso sólo excepcionalmente permite el reglamento a cierta clase de detenidos.

—Es decir, lo que quería saber—explicó *Buif*—es si se les dejarían beber *whisky* y fumar su pipa.

El juez inclinó la cabeza asintiendo.

—Al asegurarle que sus deseos serían satisfechos, se declaró dispuesto a contestar... Aquí está el interrogatorio.

El señor Chennevert leyó lo siguiente:

Pregunta.—Hexam, ¿reconoce usted que en la noche del 15 al 16 de mayo último mató usted al conde Lardillon de Lestrivière?

Respuesta.—Como usted quiera.

P.—Eso no es una contestación. Quiero que diga la verdad, y debe usted contestar sí o no.

R.—No.

P.—Entonces, ¿vuelve usted de nuevo a su sistema de negativas?... ¿No había prometido usted confesar?

R.—No comprendí bien... Si he de decir que sí para terminar con los interrogatorios...

P.—Para terminar con los interrogatorios debe usted decir la verdad.

R.—Entonces digo que no.

P.—¿Otra vez?

R.—Entonces digo que sí.

—Y ahí tienen ustedes—concluyó triunfalmente el señor Chennevert—cómo gracias a mi habilidad y diplomacia he obtenido la confesión del culpable... Brutalizándoles no se obtiene nada de ellos.

Lafrita murmuró: «Pobre diablo», sin que pudiera saberse si quería referirse a Hexam o al señor Chennevert.

Nuestros dos amigos se despidieron del juez y se encontraron en la calle, donde la hierba crece con tan admirable vigor, que podría instalarse en cualquier punto de Versalles una vaquería modelo o una pista para el entrenamiento.

Buif dijo desalentado a Lafrita:

—Ya le previne a usted. Yo conocía muy bien al pajarraco... Ni siquiera se ha atrevido usted a nombrar a Boudon. A mí me hubiera gustado ver la cara del juez cuando hubiera oído lo que nosotros sabemos.

—¿Para qué? El juez tiene su culpable, su verdad, una verdad pacientemente formada. Aunque nosotros le hubiéramos demostrado que el culpable nuestro es el verdadero, que nuestra verdad es la única verdad, habría cerrado los ojos a la luz del Mediodía... Por otra parte, nosotros todavía no podemos demostrar la verdad. Sólo disponemos de

nuestras afirmaciones, que sólo tienen el valor de nuestro valor social. Y éste ante el que representa el doctor Boudon no vale nada... No olvide que es un hombre...

—¡Que es un degenerado!—interrumpió *Buif*.

—Cierto, pero de apariencias intachables; un hombre que tiene la doble autoridad de un médico reputado y de un virtuoso personaje. Yo, periodista insignificante; usted... simple...

—¡*Sportsman!*—afirmó *Buif*.

—Precisamente, es la palabra que buscaba... En fin, nosotros dos, seres sin importancia, no podemos lanzarnos contra el honorable doctor Boudon...

—Que dispone de sombrero de copa y levita...

—Eso es; que tiene todos los signos exteriores de la riqueza y de la virtud (lo que es lo mismo, como usted sabe), no vamos a lanzar contra él una acusación increíble. Nos tratarían de chantagistas, y nos enviarían a hacerle compañía a Hexam sobre la paja húmeda de los calabozos.

—Si el señor Chennevert no se la ha comido toda antes.

—¿Conoce usted, Bicard, la fábula de la olla de barro y de la olla de hierro? Es nuestro caso.

Buif reflexionó.

—Yo también conozco el cuento de la carrera de la liebre y de la tortuga. Es un cuento que todos los *sportsmen* deberían grabar en letras de oro sobre la cabecera de su lecho... Este cuento demuestra que no siempre gana la carrera el que dispone

de más medios, sino que es el que mejor sabe servirse de estos medios quien...

—¿Quién?

—Pues que tengo la seguridad que no debemos obstinarnos en desenmascarar a Boudon con ayuda de jueces, guindillas y demás gentes parecidas. Creo que debemos descubrir nosotros mismos por nuestros propios medios.

—Pues dígame cuál son estos medios—gruñó Lafrita nervioso.

—No soy yo quien los encontrará—dijo Bicard tranquilamente—. Es usted... tengo la seguridad que ya está pensando en ello, y apuesto dos contra uno a que mañana ya los habrá encontrado.

Lo que prueba que *Buif* comenzaba a conocer bien a su amigo Lafrita.

CAPITULO VIII

LA VOZ DE ALERTA

PERO Bicard se equivocó en sus cálculos. Cuatro días transcurrieron sin que Lafrita anunciara nada nuevo. Antes por el contrario, parecía preocupado e inquieto, y en la entrevista que celebraba todas las noches con *Buif* en un pequeño café del Bulevar Clichy, dejaba su socio que hiciera el gasto de la conversación. *Buif* no callaba ni un momento. Gracias a la feliz movilidad de su carácter, ya casi ni siquiera pensaba en el doctor Boudon, y gastaba su facilidad de elocución discutiendo los sucesos del día, o empleaba sus facultades intelectuales en la investigación del nombre del caballo ganador en las carreras del siguiente día.

—¿Qué le ha parecido Palefrement?—preguntó a Lafrita, a la hora del aperitivo, el cuarto día que siguió la excursión de ambos a Versalles—. En la última revuelta todavía llevaba quince cuerpos de retraso...

—Bicard—interrumpió Lafrita—, he recibido una carta urgente de tu mujer..

—¡Ah!—dijo Buif—. ¿Y va bien mi mujer?

Nuevamente estaba separado el matrimonio, tras una discusión que se produjo entre ellos el día del viaje de Buif a Versalles. La discusión comenzó con tiernos reproches, a propósito del tardío regreso de Buif; continuó con un violento cambio de objetos que llegaron a entrar en contacto directo con el rostro de los cónyuges. Los vecinos durmieron muy poco, y al día siguiente, el trapero encontró entre la basura de la señora de Bicard una gran cantidad de vajilla rota.

Al amanecer se dió cuenta Buif de que no podía soportar más, y se retiró llevando consigo todos sus efectos, que no requerían, ni mucho menos, un carro de mudanza.

Sin embargo, Buif no guardaba, como se ve, rencor alguno a su esposa, puesto que pedía noticias de ella.

—Está bien de salud, gracias—dijo Lafrita...—, pero no eres muy curioso, pues ni siquiera me preguntas por qué me escribe tu mujer.

—¡Y a mí qué me importa!—contestó Buif con serenidad.

—Ya veo que no eres celoso; pero te aconsejo que leas la carta; es muy interesante.

Bicard tomó el pliego.

—¡Jamás me ha escrito a mí tan extensamente!—dijo.

La misiva decía así:

«Muy señor mío: Ese hombre ha venido esta mañana; su aspecto no era nada bueno. Le he dicho lo que usted me encargó que dijera. Primero ha parecido desconfiar; pero luego se ha confiado porque yo demostré que me interesaba mucho la cuestión dinero. Me ha enseñado las joyas. Al sacarlas de su bolsillo ha hecho como que estaba distraído y ha sacado también un revólver del bolsillo; pero como si no lo hiciera adrede, aunque yo creo que sí, para hacerme ver que tenía un...»

—¡Pero cuántos rodeos!—dijo Buif y continuó leyendo:

«Le he ofrecido 4.000 francos por las joyas y le he dicho que tendría el dinero mañana a las nueve de la noche. Esto es lo que usted me dijo que dijera, y él me ha contestado que vendrá a esa hora. Por eso le aviso a usted en seguida y le envío mis saludos.

MELANIA BICARD.

»P. S.—¿Sabe usted la pasada que me ha hecho el cerdo de mi marido?»

—Me ha dado a leer esta carta para que me entere de la amable línea del final—dijo Buif un tanto molesto.

—La amable línea del final no tiene ninguna importancia...

—Sí... claro... ¡Nos hemos dicho tantas cosas!... Entonces...

—Entonces si te pongo al corriente de las cosas tan interesantes que me dice tu mujer, es porque eres socio mio.

—¡Perdone un momento! ¿Soy yo o mi mujer el socio?

—Indiscutiblemente tú.

—Pues cualquiera diría que es mi mujer, pues con ella es con quien usted hace no sé qué cosas misteriosas, que no comprendo, y me pregunto si realmente estoy yo en la combinación y si continuamos juntos...

—¡Pero no seas melón! Hace un cuarto de hora que quiero explicártelo todo...; verás que no he perdido el tiempo desde el día de nuestra conversación con el señor Chennevert. Nada te he dicho hasta estar seguro del triunfo, para no causarte una decepción. Además quería darte una sorpresa...

—Entonces está bien... ¿Pero no cree usted que tenemos sed? En principio yo no comprendo bien las cosas cuando mi copa está vacía... ¡Mozol

—Comienzo por el principio. ¿Sabes cómo se llama el señor de cuya visita me habla tu mujer?

—Pero si yo ni siquiera sé que mi mujer recibe visitas... ¿La señora ha fijado ahora un día de recepción?

—Sí. Y nosotros estamos invitados para la próxima. Ten la seguridad de que oiremos cosas interesantes, porque el señor de que habla tu mujer, el cual debe volver mañana a las nueve

de la noche, es nada menos que el doctor Boudon.

—¡Esta sí que es buena! Pero ahora comprendo menos que antes.

—El doctor Boudon ha ido a casa de la señora de Bicard, porque yo me las he arreglado para que fuera... ¿Se acuerda usted lo que ocurrió en casa Goldenmayer? La situación era que Boudon tenía una necesidad urgente de dinero.

—En efecto, ese ciudadano se encuentra sin blanca.

—Boudon posee las alhajas del conde Lardillon de Lestrivière... Boudon cometió el crimen para obtener el falso cheque, pero no descuidó de apoderarse también de las alhajas. Probablemente en un principio no tenía intención de venderlas y sólo perseguía evitar que sirvieran para identificar el cadáver..., pero hoy ha gastado los 20.000 francos que constituían su parte en el cheque, y la mayor parte de los cuales han servido, según mis noticias, a pagar deudas... Boudon se encuentra hoy sin dinero, como el día en que asesinó al conde... Y claro está, piensa en sacarle de cualquier modo. Por eso propuso a Goldenmayer que le prestara cierta cantidad con la garantía de estas alhajas que tan peligrosas son. Como es natural, Goldenmayer no aceptó, porque conocía el origen de las joyas, cuya descripción se ha enviado también a todos los joyeros de París. En estas condiciones, Boudon sólo podía aspirar a vender el tesoro a uno de esos traficantes sospechosos, generalmente muy discretos,

que venden en el extranjero lo que compran, luego de disfrutar la mercancía...

— ¡Conozco muy bien a esos pajarracos!— dijo *Buif*, cuya atención parecía absorbida por la confección de un complicado ajenjo; pero que creyó llegado el momento de hacer ver a *Lafrita* que seguía atentamente sus explicaciones—; los conozco. Uno de ellos me guarda un reloj desde hace tiempo. Un reloj que heredé de mi abuela. Era un reloj algo perezoso, pues no todos los días quería andar; pero cuando se decidía no había cronómetro (me refiero a cronómetros buenos) capaz de andar tanto como él en una hora. Era capaz de salearle diez minutos de ventaja al reloj de la Bolsa... sí, recuerdo que lo llevé a uno de esos traficantes un día de invierno, después de quedarme sin blanca en el hipódromo de Auteuil... El prestamista me dió tres francos... y, ahora que pienso, tengo que ir a sacarlo el día que cobremos el premio.

Lafrita aprovechó de un momento en que *Buif* absorbía el contenido de su copa para continuar sus explicaciones.

—Fatalmente, *Boudon* tenía que pensar en dirigirse a uno de esos prestamistas... yo le tomé la delantera... En la imprenta de *El Gran Diario* hice componer el siguiente anuncio:

**Préstamos de toda clase
Sobre toda clase de objetos**

A toda clase de personas, incluso a las no solventes.

Dinero en el acto.

Discreción:

Señora de Bicard, 16, rue Fragonard.

—Le ha dado usted a mi esposa un oficio muy distinguido.

—Espera, que no he terminado... Hice tirar unos cuantos ejemplares de este anuncio.

—Sí, como prospectos. Y envié uno al doctor *Boudon*.

—Me guardé muy bien de enviar nada directamente al doctor *Boudon*; el lazo habría resultado demasiado grosero, pues inmediatamente se hubiera puesto en guardia al ver que alguien sabía que se encontraba sin dinero.

—¿Entonces?

—Entonces los hice distribuir por un muchacho durante todo el día en la estación de *Maisons-Lafitte*... Cuatro francos me costó. Como *Boudon* toma el tren varias veces al día, había grandes probabilidades de que el anuncio llegara a sus manos. Además, todos los días envié uno de estos prospectos al criado del doctor *Boudon*...

—¡Eso es formidable!—dijo *Buif* con admiración.

—Es formidable porque ha resultado bien... Yo di a tu mujer las señas del individuo, previniéndole que pediría que se le prestara dinero

sobre las joyas... pero, según parece, antes del individuo que esperábamos se presentaron otros, seducidos por las condiciones del prospecto. Tu mujer asegura que si realmente hubiera sido prestamista, habría hecho negocios estupendos la semana última con los mozos de cuadra de Maisons-Laffitte... Naturalmente, no pudo hacer nada... pero en fin, todo está bien empleado, puesto que el doctor Boudon se ha presentado con las joyas.

—Lo que no comprendo es por qué dice mi mujer que el aspecto del doctor no era nada bueno... si, por el contrario, el doctor Boudon presenta muy bien...

—Yo tampoco lo comprendo, y te confesaré que la cosa me intriga un poco.

—Se habrá explicado mal mi mujer... nunca ha tenido mucho estilo—dijo *Buif* con tono de gran competencia—, ¿pero a qué nos servirá que el doctor Boudon acuda mañana a la calle Fragonard? ¿Acaso cree usted que el testimonio de mi mujer valdrá más que el nuestro? ¿Se imagina usted que el comisario de policía se va a molestar para ayudarnos? Si reincide usted volverán a llevarle a la enfermería del Depósito... Ya vió lo que le pasó el otro día.

—Estáte tranquilo, pues tengo tomadas todas mis precauciones... Y ya es tiempo de que nos ocupemos del asunto... Venga conmigo.

Lafrita subió con *Buif* en un taxi y dió al chófer una dirección.

—¿Pero—dijo Bicard sorprendido— vamos a casa del barón de Ripolin?... ¡Y yo que no voy vestido!

—No importa. Es casi seguro que no nos invitará a cenar...; lo importante es que le encontremos en casa. Si no le encontramos estamos perdidos.

El barón de Ripolin se encontraba en casa y acogió a los visitantes con cierta sorpresa.

—Caballero—dijo Lafrita con aplomo—, sabemos cuán ardientemente desea usted que sea descubierto el asesino del conde Lardillon de Lestri-vière, padre político de usted... Por eso nos hemos permitido venir a comunicarle algunos informes que la casualidad ha puesto en nuestras manos.

—Pero si ya ha sido descubierto y está en la cárcel.

—Sí, caballero—contestó Lafrita—, han tomado a Hexam como autor principal del asesinato...

Bicard miraba a Lafrita sorprendido.

—Pero—añadió— Hexam puede tener cómplices...

—Me sorprendería.

—En todo caso, yo le traigo un informe preciso... Su suegro llevaba cuando fué asesinado ciertas alhajas cuya descripción se ha hecho pública.

—¿Y qué?

—Pues que este buen hombre que me acompaña...

Y Lafrita designó a *Buif* e hizo una mueca. El barón de Ripolin le miró sorprendido.

—Yo soy—dijo *Buif*—el criminal inocente que ha estado en la cárcel de Versalles hasta que se demostró mi inocencia. El señor barón debe recordar que me envió una indemnización para compensarme de mis sufrimientos.

—Una obra buena siempre tiene su recompensa—dijo *Lafrita*—. Este buen hombre ha visto las alhajas en cuestión en las manos de un individuo, del que, desgraciadamente, ignora el nombre y la dirección...

—¡Cómo!—exclamó *Buif*—. Si yo...

—Del que ignora el nombre y la dirección—repetió *Lafrita* con energía—. A este buen hombre se le ocurrió la excelente idea de atraer al individuo que poseía las alhajas, cuyo interés es enorme para las diligencias judiciales. Le propuso comprárselas y, al efecto, le ha citado en su propio domicilio a una hora determinada. Así, pues, no será difícil detenerle, si es que usted...

—¿Y por qué no se dirigen ustedes a la Comisaría del distrito?... Allí pondrán a su disposición los agentes necesarios.

—Caballero—contestó *Lafrita*—, nosotros hemos supuesto que el asunto era lo bastante importante, y, sobre todo, que le interesa tan directamente, para que se ocupe usted personalmente. Usted tiene influencia para poner en movimiento la policía... y creo que un inspector está más indicado que un agente para...

—¡Oh!—dijo *Buif*—. Un inspector o un agente,

allá se van... Para mí, lo mismo da... Si no hubiera más que un agente y yo en una isla desierta para repoblar Francia, es casi seguro que no... ¿No piensa usted como yo, señor barón?

El barón consideró a *Buif* con creciente sorpresa y para explicar un poco la personalidad de su socio.

—Siempre es lo mismo, caballero. Emplea una forma muy original para expresarse, pero es un buen muchacho, muy honrado... Yo insisto en que se necesita un inspector de la Seguridad, y que, además, la presencia de usted sería muy útil.

—¿Para qué?

—Aunque sólo fuera para reconocer las alhajas que llevaba su suegro; porque, después de todo, *Bicard* ha podido equivocarse, ya que sólo las conoce por la descripción que de ellas se ha dado. Sus sospechas han nacido del hecho que el poseedor no podía o no quería indicar el origen de ellas... Así podría usted evitar un lamentable error...

El barón reflexionó.

—¿A qué hora y qué sitio tiene usted cita con ese individuo?

—Mañana, a las nueve... en el domicilio de *Bicard*, calle de *Fragonard*, 16, entresuelo. Yo había pensado que mientras la mujer de *Bicard* recibe al individuo en cuestión, nosotros permaneceríamos en una habitación inmediata que comunica con la primera por unas puertas vidrieras...

—Es la habitación donde duerme el chico—explicó *Bicard*—. Por una vez lo enviaremos con la

portera... Precisamente, la última vez que vi a mi mujer, no estaba reñida con la portera, y es probable que todavía estén en buenos términos. Porque le voy a explicar: hay un turno... Siempre que mi mujer está bien conmigo, está reñida con la portera, y viceversa... Ya comprenderá usted... ¿A quién podría hablar mal del uno si no estuviera bien con el otro?... De manera que desde el día en que me largué, debe estar bien con la portera para poder hablar mal de mí... Y...

—Bueno—interrumpió Lafrita—, nosotros disponemos de esa segunda habitación y permanecemos en ella, en la obscuridad, mientras el doc..., mientras que el individuo presenta las joyas, sin desconfianza alguna, a la mujer de Bicard, que le ha prometido comprarlas. Entonces nos presentamos nosotros, y el inspector de Seguridad esposa al individuo, sin darle tiempo para nada. Luego, que el juez de instrucción se encargue de hacerle confesar el origen de las joyas.

—¡El juez de instrucción es un cretino!—afirmó Buif.

—¡Qué rencoroso es usted!—dijo el barón de Ripolin, sin poder detener la risa.

—No, si no lo digo porque me tuvo a la sombra. Es porque es un hombre, un hombre, aunque usted no lo crea, que no pudo comprender, por más que hice, lo que es un *handicap*. Sin embargo, no es ningún misterio.

Lafrita estaba nervioso.

—Creo que debemos tomar una decisión.

—¡Pues bien!—dijo el barón de Ripolin—, pueden contar conmigo. Yo pasaré mañana a primera hora a ver al jefe de la Seguridad, y a las nueve de la noche estaré en la calle Fragonard. ¡Hasta mañana, señores!

Cuando se encontraron en la calle, Buif quiso conocer las impresiones de Lafrita.

—¿Qué le parece?

—Pues que el asunto no se presenta mal.

—Creo que podemos darlo por hecho.

—No se puede decir nada... En todo caso, hasta ver el final no podré dormir.

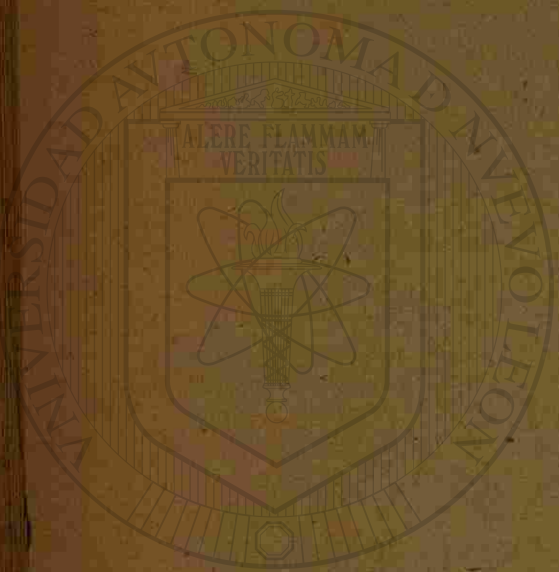
—Yo, sí. Aunque hay una cosa que me tiene impaciente.

—¿Qué es ello?

—Ver la cara que pondrá el barón de Ripolin cuando detengan al individuo y vea que es el doctor Boudon... ¡Pues y el señor Chennevert cuando le lleven a su nuevo cliente!

Buif dió unos pasos más y redobló su risa.

—¡Y el doctor Boudon! ¿Cree usted que no será divertido verle?... ¡No vendería mi puesto ni por cinco francos!



CAPITULO IX

EXPLICACIONES

Esto me recuerda cuando yo era niño y jugábamos al escondite... Un día me metí en...

—¡Pero vas a callar, Bicard! Si entrara ahora y te oyera, lo echarías todo a perder.

—Entonces, voy a fumar... Eso me hará compañía.

—¡Eso es! Para que el olor a tabaco le haga sospechar... ¡Estate quieto, por Dios!

Lafrita y Bicard estaban desde hacía una media hora en una habitación que comunicaba con el cuartito donde la señora de Bicard había instalado su ficticia oficina de préstamos.

El inspector, acostumbrado a esta clase de expediciones, guardaba una tranquilidad absoluta; el baron de Ripolin parecía fastidiado con aquella aventura; Lafrita procuraba dominar sus nervios; *Bulf*, como hemos visto, nada hacía por poner un freno a su habitual locuacidad.

Los cuatro se encontraban en una obscuridad casi completa. De la habitación inmediata se filtraba, a través de los cristales pintados de blanco, una débil claridad, y en aquella habitación se veía a la mujer de Bicard sentada junto a la lámpara, remendando un par de medias para no perder el tiempo mientras llegaba el desconocido a caer en el lazo tan hábilmente tendido.

—Mi mujer ni siquiera nos ha ofrecido una copa de coñac—dijo *Buif* amargamente—. Sin embargo, los deberes de hospitalidad para con estos señores... ¡Qué idea van a formar de mí! La primera vez que vienen a mi casa ni siquiera se les ofrece un refresco... Voy a ir yo por la botella y las copas.

Buif se disponía a abrir la puerta de cristales, pero Lafrita le agarró violentamente por el brazo. ¡Si no podía callarse, por lo menos que permaneciera tranquilo!

—Haga como yo—dijo el repórter en voz baja—. ¡Si usted cree que yo estoy en la gloria! Parece que me corren miles de insectos desde la nuca a los talones...

—Pues no hay chinches—afirmó Bicard—. El mes pasado echamos polvos en la cama y yo dije que...

Pero *Buif* se sintió de pronto amordazado. Lafrita acababa de ponerle la mano en la boca. Ya era hora: acababan de llamar a la puerta.

Vieron la sombra de la señora Bicard levantarse y dirigirse hacia la puerta exterior, que abrió. In-

mediatamente, dos siluetas deformadas a causa de la situación de la lámpara se perfilaron en los cristales.

Se oyó la voz de la señora de Bicard, que decía: —¿Trae usted las joyas?

No contestó voz alguna, pero se oyó un ruido metálico; el visitante las depositaba sobre la mesa.

Transcurrieron unos minutos más. La señora de Bicard, siguiendo las recomendaciones que le habían sido hechas, procedía, para alejar toda sospecha, a estimar el valor de las alhajas.

—Voy a darle el dinero—dijo por fin la mujer—. Siéntese y extienda un recibo.

Era la señal convenida. Los cuatro hombres hicieron irrupción en el cuartito; pero la puerta de cristales, al abrirse, produjo una violenta corriente de aire, y la lámpara se apagó. Se oyó jurar a *Buif*.

—¡No hay cuidado!—dijo tranquilamente el inspector—. Yo lo tengo... Está esposado y, además, es manso como un cordero... Enciendan, hagan el favor.

Encendieron, y en el mismo instante Lafrita y Bicard lanzaron un grito de estupefacción.

—¡Pero este pajarraco otra vez!

—¡Buenas noches, señores!—contestó el prisionero—. Esto ser una pesada broma. Yo creer al principio que ustedes ser apaches.

—¡Pero si es uno de los mozos de Hexam!—dijo el barón de Ripolín—. Todo se explica. ¿Cómo se llama usted?

—Yo llamarme Simons. ¡Oh, estos dos señores conocerme bien! Tomar juntos muchas copas.

—Señor barón, ¿reconoce usted las joyas del difunto conde de Lestrivière?

—Sin la menor duda... Pero esto cambiará el aspecto del crimen. No se trata de un crimen por celos, sino de un asesinato cuyo móvil ha sido el robo, cometido por varios cómplices.

—Eso el juez lo averiguará—dijo el inspector—. Tendrás que probar cómo han llegado a tus manos esas alhajas.

—¡Oh!—dijo Simons cándidamente—. Yo encontrarlas esta mañana en el hipódromo.

—Tendrás que buscar otra explicación más ingeniosa, amigo—le aconsejó irónicamente el inspector.

Lafrita, en el fondo de la habitación, cambiaba impresiones con Bicard.

—Lo extraordinario es que Simons debe decir la verdad... Es diabólico; todo se vuelve en contra nuestra... Por una u otra razón, Boudon ha debido sospechar... ¡Digame, señoral... ¿Este joven es el que vino ayer?

—¡De ninguna manera! Era un viejo; pero, claro, en el momento no he podido prevenirles.

—¡Bueno, en marcha!—dijo el policía al prisionero.

—Voy a buscarles un coche—dijo amablemente la mujer de Bicard.

—Señor barón—dijo Lafrita—. una pregunta,

haga el favor. ¿No ha hablado usted a nadie de lo que íbamos a hacer esta noche?

—No—contestó el barón—, ¡Ahora recuerdo, sí! Anoche encontré al doctor Boudon, y como ha estado al corriente de los menores detalles del drama, le dije...

—¡Por Dios! Recuerde usted exactamente sus palabras.

—¿Tanta importancia tiene? Creo que le dije: «Hay algo nuevo en las pesquisas para esclarecer el crimen... Han sido encontradas las joyas en manos de un individuo que vamos a detener esta noche.» Como pareció sorprenderse, añadí: «Sí, amigo mío; soy un pequeño Sherlock Holmes y sigo la pista, en compañía de un inspector, al cómplice del asesino. Le hemos tendido un lazo para mañana la noche en la calle de Frogonard. ¿Quiere usted asistir a la detención? Tengo la seguridad de que será una cosa divertida.» El doctor no pudo aceptar porque estaba muy ocupado.

—Pues lamentamos mucho su ausencia—contestó Lafrita con amargura—. Con él la fiesta hubiera sido completa.

Y fué a hablar en voz baja a *Buif*, que estaba confeccionándose un *grog* para rehacerse de tanta emoción.

—¡Clarol! Ese imbécil ha dado la voz de alerta a Boudon, quien al saber que se le seguía la pista no se le ha ocurrido otra cosa que deshacerse de las comprometedoras alhajas, arrojándolas en el hipó-

dromo de Maisons... Y Simons ha dado con ellas, creyéndose en seguida dichoso, como el cerdo que ha encontrado una trufa.

—¿Pero cómo ha venido aquí Simons, precisamente esta noche?

—Olvida usted los prospectos que yo hice distribuir en Maisons: «Dinero en el acto sobre toda clase de garantías. Señora Bicard, 16, rue Fragonard.» Simons ha corrido...

—Pues hemos dado una vuelta más a la cerradura de la puerta que guarda a Hexam en la cárcel.

—No cabe duda.

En aquel momento llamaron en la puerta exterior y *Buif* fué a abrir, encontrándose de manos a boca con un agente ciclista.

—¿Pero quién le ha llamado a usted? ¡Esto es una violación de domicilio! ¡Yo estoy en mi casa, y no he invitado a los guindillas! ¡Yo sólo recibo a gentes bien!

—Dispense usted—intervino el inspector—. Al salir de la Prefectura dejé la dirección de donde iba para que pudieran venir a buscarme en caso de urgencia.

Y dirigiéndose al agente:

—¿Qué ocurre?

—El jefe le llama a usted con urgencia. Acaban de asesinar, en la plaza de las Victorias, a un joyero llamado Goldenmayer...

CAPÍTULO X

DESENLACE

SON aproximadamente las doce de la noche. El inspector de Seguridad se encuentra con *Buif* y *Lafrita* en un departamento del último tren que sale de la estación de Saint Lazare para Maisons-Laffitte. *Lafrita* y *Buif* están ahora perfectamente tranquilos, pero el inspector se muestra muy nervioso. Tenía motivos para ello, pues acababa de pasar media hora en compañía de un caballero que había recibido dos balas en la cabeza, falleciendo poco antes de terminar su declaración.

—En fin—dijo bruscamente el inspector a *Lafrita*—, puesto que conocía usted el nombre del verdadero culpable, ¿por qué no lo dijo en seguida?

Fué *Buif* quien contestó:

—¡Ya lo creol! Pero si hemos intentado regalar la martingala a todos nuestros clientes. ¡Pero no hemos tenido suerte! La primera vez que *Lafrita* pronunció el nombre del doctor Boudon, los guindillas lo lleva-

ron a la enfermería del Depósito... ¡Y no quiera usted saber la de duchas que le dieron! Y menos mal, porque si lo llevan al puesto le dan una de golpes... La segunda vez fué en el despacho del juez Chennevert, y allí ni siquiera pudimos explicarnos. Era lo mismo que hablar con un saco de carbón. La tercera vez tuvimos una idea genial: coger a Boudon sin decir antes que él era el autor. ¡Patatras! Cuando encendimos una cerilla, nos encontramos con la simpática cabezota de Simons en vez del que esperábamos... Reconozca que no podíamos hacer más..., era la mala pata que nos perseguía sin descanso.

—De todas maneras—gruñó el inspector—, si hubiésemos detenido ayer a Boudon, Goldenmayer estaría vivo.

—¡Clarol Perogrullo también hubiera dicho lo mismo. Pues, entre nosotros sea dicho, el señor Goldenmayer no es una gran pérdida.

—No hable mal de él—contestó Lafrita—porque nos ha prestado un gran servicio sobreviviendo tres horas a sus heridas, la más leve de las cuales hubiera acabado en seguida con un cristiano, y gracias a esto ha podido denunciar a ese querido doctor.

—Sí que ha sido rencoroso... y Boudon no lo ha sido menos que él.

—Naturalmente... Por pura casualidad supo anoche que se le tendía un lazo en la calle Fragonard, lazo cuyo pretexto era las famosas alhajas. Para Boudon sólo un hombre conocía la historia de es-

tas alhajas; sólo un hombre tenía interés en deshacerse de él. Este hombre era Goldenmayer... Boudon comienza por esquivar el lazo, pero piensa muy acertadamente que el joyero, habiéndole vendido una vez, debe venderle fatalmente una segunda y una tercera, hasta conseguir su objeto, pues no hay que olvidar que existe la prima de veinte mil francos, prometida por el barón de Ripolin. Entonces Boudon encuentra que la solución más sencilla es suprimir a Goldenmayer. Penetra en el despacho del joyero por la puerta particular que da a la escalera de la casa, le suelta dos tiros en la cabeza y se vuelve tranquilamente por donde vino, mientras que al ruido de las detonaciones corren de la tienda por la escalera interior... Boudon cree que su víctima ha muerto instantáneamente. Todo el mundo creerá que se trata de un suicidio. Sin embargo, para mayor seguridad, se mezcla entre la gente que comienza a reunirse...

—¿Cómo sabe usted todo esto?—dijo el inspector estupefacto.

—He interrogado a la portera mientras usted se encontraba arriba—contestó Lafrita—, y me dijo que un caballero de cierta edad, cuyas señas coinciden con las del doctor Boudon, había preguntado con mucho interés noticias del herido, y que al saber que no había muerto, se alejó precipitadamente.

—Entonces debe esperar nuestra visita.

—Suponiendo que nos espere.

—Aunque se haya escapado no puede ir muy lejos, porque está sin blanca.

El tren llegó a la estación de Maisons-Laffitte. Los tres viajeros se apearon.

—Tenemos que ir al cuartel de la Guardia civil— dijo el inspector—. Allí tengo que mostrar la orden de detención que poseo y requerir el auxilio de la fuerza.

—Es un paseo—dijo Lafrita—. Hace una luna magnífica.

Anduvieron unos momentos en silencio.

Cuando pasaban bajo los árboles del parque...

—Allí es donde yo encontré, colgando de un árbol, al viejo Lardillon—dijo *Buif*—; les podré enseñar el árbol, pues la luna alumbra como en pleno día... allí, a la derecha, el cuarto árbol comenzando a contar desde... ¡Oh!...

Buif se detuvo como petrificado.

—¡Allí!... miren... ¡Oh!

—Si parece...—comenzó Lafrita, cuyas piernas temblaban.

—Pero es que sueño—dijo *Buif* en voz baja y ronca—. No, no es un sueño. ¡Todavía está allí!

—En todo caso—dijo el inspector—, hay un cuerpo colgando del árbol.

Se aproximaron... No había duda. Un cadáver se balanceaba de la misma rama de la que pendió el cuerpo del difunto conde Lardillon de Lestri-vière.

Cuando estuvieron muy cerca, lo bastante cer-

ca para reconocer la levita negra que había obsesionado los sueños de Lafrita, lo bastante cerca para distinguir los rasgos horriblemente convulsos, *Buif* se volvió al inspector y le dijo:

—No hace falta ir a buscar la Guardia civil.

Luego, dirigiéndose a Lafrita:

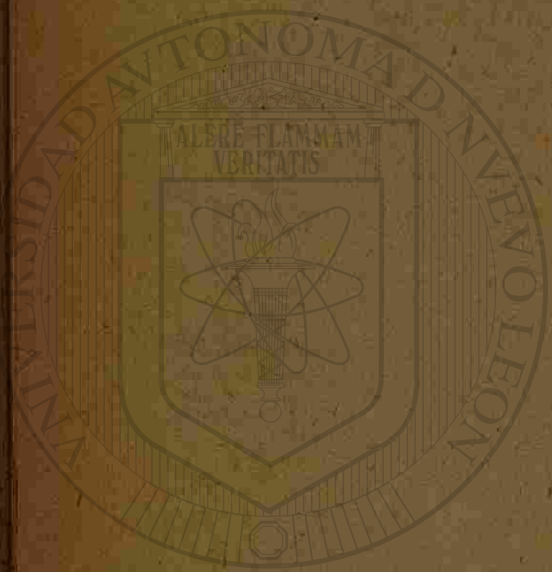
—¡Ya ve usted que hemos acabado por coger al doctor Boudon!

—Prefiero que todo haya terminado así—contestó el repórter.

—Yo también—dijo *Buif*—. ¡Y si fuéramos a tomar algo para reponernos de tantas emociones!...

Luego, reflexionando, añadió mirando el cuerpo:

—El caso es que no hay medio...; este pajarraco (¡que Dios lo haya acogido en su seno!) consiguió que cerraran a las once de la noche todas las tabernas de Maisons-Laffitte.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO XI

EPILOGO

EL lector no deseará conocer las emocionantes páginas que el jefe de la Sección de «Crímenes y Sátiros» de *El Gran Diario*, señor Bidasse, consagró al golpe de teatro final del crimen de Maisons-Laffitte. El lector ha leído con harta frecuencia el cliché sobre «el criminal que se hace justicia a sí mismo», y no quiero infligirle su lectura una vez más.

Que le baste saber que Lafrita y *Buif* se distribuyeron los veinte mil francos de premio ofrecidos por el barón de Ripolin. ¡Bien ganados los tenían!

Lafrita fundó con su parte esa ilustre Escuela de Detectives Privados, que es el vivero que prepara los Sherlock Holmes del porvenir, y la prosperidad de esta institución le permitió abandonar la ruda carrera de repórter.

Cuanto a *Buif*, reconciliado con su mujer por tiempo indeterminado, ha comprado una pequeña

taberna donde toma el aperitivo en compañía de sus clientes, juega a la manilla, y como propina ofrece a los clientes que le escuchan el nombre de los caballos ganadores en las carreras del día siguiente.

Además, y para colmo de felicidad, recibe en su establecimiento los resultados de las carreras, una por una, por servicio especial del *Paris-Sport*.

INDICE

	Páginas .
DEDICATORIA.....	5
ADVERTENCIA A LOS LECTORES.....	7

PRIMERA PARTE

TEMIS SIGUE UNA PISTA EQUIVOCADA

CAPÍTULO PRIMERO.—El árbol fatal.....	11
CAP. II.—La verdad en marcha.....	21
CAP. III.—El difunto Simons.....	33
CAP. IV.—Literatura.....	43
CAP. V.—El <i>pistador</i> despistado.....	51
CAP. VI.—Lafrita se pasea.....	75
CAP. VII.—Dentistas y médicos.....	87
CAP. VIII.—Presentación.....	105

SEGUNDA PARTE

¡LA SUERTE ESTÁ ECHADA!

CAPÍTULO PRIMERO.—El señor Lecoq recibe una visita.....	121
CAP. II.—Oraciones fúnebres.....	133
CAP. III.—La suerte se dibuja en el horizonte.....	149

taberna donde toma el aperitivo en compañía de sus clientes, juega a la manilla, y como propina ofrece a los clientes que le escuchan el nombre de los caballos ganadores en las carreras del día siguiente.

Además, y para colmo de felicidad, recibe en su establecimiento los resultados de las carreras, una por una, por servicio especial del *Paris-Sport*.

INDICE

	Páginas .
DEDICATORIA.....	5
ADVERTENCIA A LOS LECTORES.....	7

PRIMERA PARTE

TEMIS SIGUE UNA PISTA EQUIVOCADA

CAPÍTULO PRIMERO.—El árbol fatal.....	11
CAP. II.—La verdad en marcha.....	21
CAP. III.—El difunto Simons.....	33
CAP. IV.—Literatura.....	43
CAP. V.—El <i>pistador</i> despistado.....	51
CAP. VI.—Lafrita se pasea.....	75
CAP. VII.—Dentistas y médicos.....	87
CAP. VIII.—Presentación.....	105

SEGUNDA PARTE

¡LA SUERTE ESTÁ ECHADA!

CAPÍTULO PRIMERO.—El señor Lecoq recibe una visita.....	121
CAP. II.—Oraciones fúnebres.....	133
CAP. III.—La suerte se dibuja en el horizonte.....	149

	Páginas.
CAP. IV.—Los descubrimientos del señor Chennevert.	171
CAP. V.—Un cliente del doctor Boudon.....	183
CAP. VI.—Sobre la pista.....	211
CAP. VII.—La olla de barro y la olla de hierro.....	229
CAP. VIII.—La voz de alerta	239
CAP. IX.—Explicaciones.....	253
CAP. X.—Desenlace.....	259
CAP. XI.—EPÍLOGO.....	265

M. AGUILAR.—EDITOR

Marqués de
Urqujo, 39.



Apartado 8.011
Teléf. 842 J.

MADRID

EXTRACTO DEL CATALOGO

COLECCION LITERARIA
VIAJES — NOVELAS — AVENTURAS

	Pesetas.
<i>F. Ossendowski.</i> —Bestias, Hombres, Dioses.	5
— El Hombre y el Misterio en Asia	5
— De Presidente a la Cárcel.....	5
— La Sombra aterradora del Este.....	5
— Más allá de la Gran Muralla.....	5
— Fuego en el Desierto.....	5
— A través del país de los Simúns.....	5
<i>S. Palen.</i> —Cómo se escapó el Demonio	
Blanco del Mar Negro	5
— El Dragón Rojo.....	5
<i>Georg. Popoff.</i> —La Inquisición Roja.....	5
<i>H. G. Wells.</i> —Los rincones secretos del	
corazón.....	4
— El Nuevo Maquiavelo.....	6
— La Llama Inmortal.....	5
— El padre de Cristina Alberta.....	6
— Los Hombres Dioses.....	5
— Breve Historia del Mundo.....	10

	<u>Páginas</u>
<i>Marcel Prévost.</i> —Su querida y yo.....	5
<i>Ernest Pérochon.</i> —Los Hombres frenéticos.	5
<i>Edgard Rice Burroughs.</i> —Una princesa de Marte.....	5
— Los Dioses de Marte.....	5
— El Guerrero de Marte.....	5
— Thuvia, la Virgen de Marte.....	5
— El ajedrez vivo de Marte.....	5
<i>M. Leblanc.</i> —La vida extravagante de Baltasar.....	5
<i>L. Rossenthal.</i> —Hagamos fortuna.....	5
<i>B. Shaw.</i> —Comedias desagradables.....	5
— Comedias agradables.....	6
— Hombre y Superhombre.....	6
— Volviendo a Matusalén.....	6
— Tres comedias para puritanos.....	6
— La otra Isla de John Bull.....	6
<i>Mario Meunier.</i> —La leyenda dorada de los Dioses y de los Héroes.....	5
<i>Maurice Dekobra.</i> —Ha muerto una cortesana.....	5
— La Madona de los Cochés Camas.....	5
— Griselda, te amo.....	5
— La Góndola de las Quimeras.....	5
<i>W. Bonsels.</i> —Viaje a la India.....	5
<i>Gastón Leroux.</i> —Rouletabille y los Gitanos: I, El Libro de los Antepasados; II, El Pulpo. Cada tomo.....	5
<i>G de la Fourchardière.</i> —El crimen de Buif.	5

	<u>Páginas</u>
<i>F. Rabéals.</i> —Gargantúa y Pantagruel....	5
— Hechos y dichos del buen Pantagruel...	5
— Pantagruel, rey de los Dipsodas.....	5
<i>El Heptamerón.</i> —Cuentos de la Reina de Navarra.....	5
<i>S. Hernández.</i> —Lo Bueno y lo Malo que se ha dicho del Amor, del Matrimonio y de las Mujeres.....	5
<i>Brantôme.</i> —Vida de las Damas Galantes..	5

1911

DAL'AUTONOMIA DEL
CENTRO AL DEBITO

REC